EL SOMBRERO DEL MAGO

Tove Jansson

Los Mumin

Tras despertarse del largo sueño del invierno, el Mumintroll y sus amigos el Snusmumrik y Sniff deciden hacer algo excepcional para celebrar el prime día de la primavera. Durante su expedición matutina hacen un descubrimiento insólito que acaba dándoles no pocas sorpresas y algún que otro gran susto… Para cambiar de aires, toda la familia decide emprender un viaje en barco a una isla supuestamente desierta, pero ni siquiera tan lejos de casa logran eludir el hechizo en el que han caído, y la llegada de dos nuevos huéspedes a la vuelta sólo complicará aún más las cosas. Hace falta todo el buen juicio del Snork para evitar males mayores. Será un verano inolvidable para todos los animalitos de Valle Mumin…

Tove Jansson

El sombrero del mago

Los Mumin - 03

ePub r1.0
javinintendero 02.11.14

Título original: *Trollkarlens hatt*
Tove Jansson, 1948
Traducción: Peter Wessel
Ilustraciones: Tove Jansson
Diseño de cubierta: Mariana_Detri

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.2

Mapa de Valle Mumin

La Casa Mumin:
Planta baja
Planta piso

INTRODUCCIÓN

Una mañana gris, la primera nieve cayó sobre el Valle Mumin. Caía espesa y silenciosa, y al cabo de pocas horas todo estaba blanco.

El Mumintroll contemplaba desde la escalera cómo el valle se estaba poniendo el abrigo del invierno y pensaba melancólicamente cómo esa noche toda la familia empezaría el largo sueño de invierno. Porque esto es lo que hacen todos los mumintrolls en algún momento durante el mes de noviembre (y no es mala idea si a uno no le gusta la oscuridad y el frío). Cerró la puerta y, con pasitos suaves, fue en busca de su mamá y le dijo:

Ha llegado la nieve.

Lo sé, dijo la mamá del Mumintroll. Ya he preparado todas vuestras camas con las mantas más calentitas. Tú vas a dormir en la buhardilla oeste con el animalito Snif.

Pero Snif ronca una barbaridad, protestó el Mumintroll. Por favor, ¿puedo dormir con el Snusmumrik en vez de con Snif?

Como quieras, dijo Mamá Mumin. Dejaremos a Snif la buhardilla este.

Y así, meticulosamente y con gran solemnidad, la familia Mumin y todos sus amigos y conocidos se prepararon para el largo invierno. La mamá del Mumintroll puso la mesa para todos en la veranda, pero para cenar no había más que hojas de abeto (es muy importante tener el vientre lleno de hojas de abeto si se tiene la intención de dormir durante tres meses). Después de la cena, que no resultó especialmente sabrosa, se dieron las buenas noches con un poco más de ceremonia que de costumbre, y la mamá les recordó que debían limpiarse los dientes. A continuación, el papá del Mumintroll hizo la ronda de la casa cerrando puertas y ventanas. A la araña del comedor le puso una tela mosquitera para que no se llenara de polvo.

Luego cada uno se metió en su cama, se acurrucó, se tapó con las mantas hasta las orejas y pensó

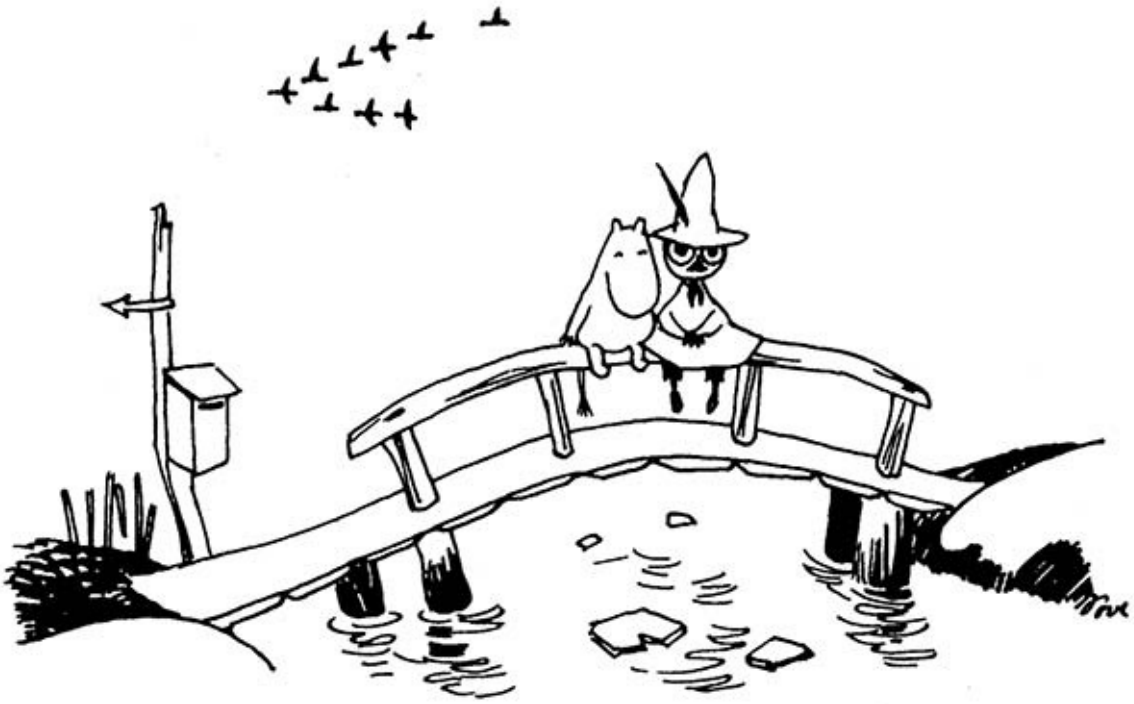
en algo agradable. Pero el Mumintroll lanzó un pequeño suspiro y dijo:

¡A mí me parece que vamos a perder un montón de tiempo!

¡No, hombre, qué va!, le contestó el Snusmumrik. Estaremos soñando y cuando nos despertemos será primavera…

Sí, murmuró el Mumintroll que ya se estaba deslizando hacia las lejanas penumbras de los sueños.

Afuera la nieve seguía cayendo, blanca y espesa. Ya cubría la escalera y colgaba pesada de tejados y alféizares. Pronto toda la Casa Mumin se convertiría en una enorme y blanda almohada de nieve. Los relojes, uno tras otro, acallaron su tic-tac. El invierno había llegado.



PRIMER CAPÍTULO

En el que se cuenta cómo el Mumintroll, el Snusmumrik y Snif encontraron el sombrero del Mago, cómo inesperadamente aparecieron cinco pequeñas nubes y cómo el Hemul encontró una nueva afición

A las cuatro en punto de una mañana de primavera el primer cuco sobrevoló el Valle Mumin. Se posó en el tejado azul de la Casa Mumin y cantó cucú siete veces, claro que con la voz un poco ronca, porque la primavera sólo acababa de empezar.

Luego siguió volando, rumbo al este.

El Mumintroll se despertó y permaneció largo rato mirando al techo sin entender dónde se encontraba. Había estado durmiendo cien días con sus cien noches y todavía tenía la cabeza llena de sueños que tiraban de él para que se volviera a dormir.

Pero en el momento en que se dio la vuelta en la cama para encontrar una postura más cómoda para seguir durmiendo algo le despertó de golpe: ¡la cama del Snusmumrik estaba vacía!

El Mumintroll se incorporó.

Sí, y el sombrero del Snusmumrik había desaparecido también. Más grave aún, se dijo el Mumintroll.

Se acercó remolonamente a la ventana abierta. ¡Claro, el Snusmumrik había bajado por la escalerilla de cuerda! El Mumintroll pasó por encima del alféizar y bajó con cuidado sobre sus patitas cortas. Reconoció sin dificultad las huellas del Snusmumrik en la tierra mojada. Iban por aquí y por allá sin rumbo fijo y era difícil seguirlas. A veces hacían un salto largo y luego se cruzaban. ¡Qué contento!, pensó el Mumintroll. Aquí ha hecho una voltereta, se ve claramente.

De repente el Mumintroll alzó la nariz y se puso a escuchar. A lo lejos, el Snusmumrik estaba tocando con su armónica la más alegre de sus canciones: «A todos los animalitos se les enrosca la

cola». El Mumintroll se puso a correr en dirección de la música.

Encontró al Snusmumrik al lado del río, sentado en el pretil del puente con las piernas colgando sobre el agua y su viejo sombrero calado hasta las orejas.

¡Hola!, dijo el Mumintroll sentándose a su lado.

¡Hola tú!, le contestó el Snusmumrik, y siguió tocando.

El sol acababa de asomarse sobre las copas de los árboles y les daba directamente en la cara. Con los ojos entrecerrados miraban hacia la luz, mientras sus piernas se balanceaban sobre el agua cristalina del río. Estaban despreocupados y se sentían a gusto, amigos como siempre.

Por aquel río se habían embarcado hacia muchas y azarosas aventuras, y en cada viaje habían conocido a nuevos amigos que luego habían vuelto con ellos a su casa en Valle Mumin. El papá y la mamá del Mumintroll siempre acogían a sus nuevas amistades con el mismo cariño, simplemente ponían más camas y agrandaban la mesa del comedor. De esta manera, la Casa Mumin se encontraba en un estado de permanente mudanza y casi siempre patas arriba; un hormiguero donde cada uno hacía lo que le venía en gana sin mucha preocupación por el día siguiente. Es cierto que, a veces, pasaban cosas sorprendentes y aterradoras, pero nadie tenía tiempo para aburrirse (y eso era una gran ventaja, claro).

Cuando el Snusmumrik acabó el estribillo de su canción de primavera, guardó la armónica en el bolsillo y preguntó:

¿Se ha despertado ya Snif?

Lo dudo mucho, contestó el Mumintroll. Siempre duerme una semana más que los demás.

¡Despertémosle pues!, dijo el Snusmumrik con aire resoluto, bajando de un salto del pretil del puente. Hará un día espléndido y tenemos que hacer algo especial.

Dicho y hecho. Poniéndose debajo de la ventana de la buhardilla este, el Mumintroll emitió la señal secreta: primero tres silbidos iguales y al final uno más largo. Eso quiere decir que algo se está cociendo. Oyeron que Snif dejó de roncar, pero arriba nada se movía.

¡Otra vez!, dijo el Snusmumrik. Y repitieron la contraseña, esta vez a coro y con fuerza redoblada.

De pronto la ventana se abrió con gran estrépito.

¡Estoy durmiendo!, gritó Snif indignado.

Anda, baja y no te enfades, dijo el Snusmumrik. Estamos organizando algo excepcional.

Snif sacudió sus orejas que habían quedado dobladas y arrugadas durante el sueño y bajó por su escalerilla (tal vez convenga aclarar que había una escalerilla de cuerda debajo de cada ventana, ya que es muy lento bajar por las escaleras).

Desde luego, prometía ser un día espléndido. La tierra era un hervidero de bichitos que acababan de despertar de su sueño invernal y que ahora estaban husmeando en todas las direcciones a la búsqueda de sus lugares preferidos. Algunos sacaban la ropa a airear, otros se cepillaban el bigote, y en general limpiaban y ordenaban las casas para tener todo listo para la primavera.

De vez en cuando los amigos se paraban para contemplar la construcción de una casa nueva o para escuchar un rifirrafe familiar (éstos son frecuentes durante los primeros días de primavera, ya que fácilmente se puede estar de mal humor cuando se acaba de despertar de un sueño tan largo).

Sentadas en las ramas, las hadas de los árboles peinaban sus largas cabelleras, y debajo de la

nieve que todavía quedaba en el lado norte de los troncos, bebés ratones y otros bichos horadaban largos túneles.

¡Feliz primavera!, les saludó un señor culebra ya entrado en años. ¿Qué tal han pasado el invierno?

Muy bien, gracias, le contestó el Mumintroll. ¿Y usted, señor, ha dormido bien?

Estupendamente, dijo el señor culebra. Saluda a tus padres de mi parte.

Mantuvieron conversaciones por el estilo con varias personas en su camino, pero a medida que iban subiendo la montaña había cada vez menos gente. Al final sólo vieron una o dos mamás ratón entreteniéndose con la limpieza de primavera.

Todo estaba mojado.

¡Uf, qué asco!, exclamó el Mumintroll levantando las patas lo más alto que podía en la nieve medio derretida. Tanta nieve no puede ser buena para un Mumintroll, lo ha dicho mamá.

Inmediatamente después estornudó.

Escucha Mumintroll, dijo el Snusmumrik. Tengo una idea. ¿Y si subimos a la cima de la montaña y hacemos un pilón de piedras para demostrar que nadie estuvo allí antes que nosotros?

¡Sí, vamos!, gritó Snif, echando a correr para llegar el primero.

En la cima el viento de marzo bailaba a su aire y alrededor se veían los horizontes azules. Al

oeste estaba el mar; al este el río desaparecía serpenteando entre las Montañas de la Soledad; al norte los grandes bosques extendían su verde manto primaveral y al sur el humo subía de la chimenea de la Casa Mumin, pues Mamá Mumin estaba preparando el desayuno. Pero Snif no vio nada de todo aquello. Porque en la cima de la montaña había un sombrero, un sombrero de copa negro.

¡Alguien ha estado aquí antes que nosotros!, gritó Snif.

El Mumintroll cogió el sombrero y lo examinó.

Es muy elegante, dijo. Tal vez sea de tu tamaño, Mumrik.

¡No, no! ¡Ni hablar!, protestó el Snusmumrik que adoraba su viejo sombrero verde. Es demasiado nuevo para mí.

A lo mejor le gustaría a papá, dijo el Mumintroll pensativo.

Pues llevémoslo, decidió Snif. Pero ahora quiero volver a casa. ¡Mis tripas piden a gritos un café! Y vosotros ¿no queréis desayunar?

¡Sí!, exclamaron sus dos amigos al unísono.

Así fue como encontraron el sombrero del Mago y se lo llevaron a casa, sin sospechar remotamente que iba a hechizar el Valle Mumin entero, convirtiéndolo en el escenario de toda clase de sucesos extraños.

Cuando el Mumintroll, el Snusmumrik y Snif llegaron a la veranda los demás ya habían terminado su desayuno y se habían dispersado en distintas direcciones. Tan sólo el papá del Mumintroll se había quedado allí, absorto en su periódico.

Vaya, vaya, así que vosotros también os habéis despertado, dijo. Curioso lo poco que hay en el periódico hoy. Un arroyo ha roto su presa y destruido un hormiguero. Rescataron a todos. El primer cuco llegó al Valle a las cuatro y siguió con rumbo al este (lo que augura que los problemas serán pasajeros, que no está mal, claro, aunque hubiera sido mejor todavía si el cuco hubiese volado hacia el oeste que es señal de buena fortuna; un cuco que vuela rumbo al norte o al sur, al contrario, trae mala suerte).

¡Mira lo que hemos encontrado!, dijo el Mumintroll orgulloso. ¡Un bonito sombrero negro de copa para ti!

Papá Mumin examinó el sombrero detenidamente. Luego fue al espejo del salón para ponérselo y ver qué tal le sentaba. Resultaba un poco grande y casi le tapaba los ojos, pero el aspecto general era impresionante.

¡Mamá!, gritó el Mumintroll. ¡Ven a ver a papá!

Mamá Mumin abrió la puerta de la cocina y se quedó estupefacta en el umbral.

¿Me sienta bien?, preguntó Papá Mumin.

Desde luego, dijo la madre del Mumintroll. Te da un aire muy masculino. No obstante, me parece un poquitín grande.

¿Mejor así?, preguntó el papá echándose el sombrero hacia atrás.

No sé qué decir, contestó Mamá Mumin. Tal vez sí, aunque en realidad casi tienes más estilo sin sombrero.

Papá Mumin se miró al espejo de frente, de espalda, de un lado y del otro. Al final puso el sombrero encima del tocador con un suspiro.

Tienes razón, dijo. Hay cosas que no necesitan embellecer.

El bienestar es bello en sí, dijo la mamá del Mumintroll amablemente. Terminad los huevos niños, habéis pasado todo el invierno nada más que con hojas de abeto en el estómago.

Y desapareció otra vez en la cocina.

Entonces ¿qué vamos a hacer con el sombrero?, preguntó Snif. ¡Es tan bonito!

Usarlo como papelera, dijo el papá del Mumintroll. Y dicho esto subió a su habitación para seguir escribiendo sus memorias (un libro muy gordo que cuenta la juventud tempestuosa de Papá Mumin).

El Snusmumrik puso el sombrero boca arriba entre el escritorio y la puerta de la cocina.

Tomad, otro mueble más, dijo riéndose porque siempre le había costado comprender la manía que tienen algunos para acumular trastos. Él era feliz con el viejo traje que había llevado desde el mismo día en que nació (nadie sabe muy bien dónde ni cuándo) y la única cosa de la que no estaba dispuesto a separarse era de su armónica.

Si habéis terminado el desayuno podemos ir a ver lo que están haciendo los Snork, dijo el

Mumintroll. Pero antes de salir al jardín echó las cáscaras del huevo que acababa de comer en la papelera porque, de vez en cuando, era un Mumintroll ordenadito.

Ya no quedaba nadie en el salón. En el rincón entre el escritorio y la puerta estaba el sombrero del Mago con las cáscaras de huevo al fondo. De pronto ocurrió algo realmente extraño: las cáscaras empezaron a transformarse.

Pasa lo siguiente: si algo permanece mucho tiempo en el sombrero de un mago se acaba transformando en otra cosa muy distinta. En qué, nunca se sabe de antemano. Suerte que el sómbrero resultó demasiado grande para Papá Mumin, porque sólo el Protector de Todos los Animalitos sabe en qué se hubiera convertido si se lo hubiera dejado puesto un rato más. Al final tan sólo le entró un pequeño dolor de cabeza, que a la hora de cenar ya se le había pasado.

Pero las cáscaras de huevo se habían quedado en el sombrero y poco a poco empezaban a tomar otra forma. No cambiaron de color, siguieron siendo blancas, pero crecían y crecían a la vez que se hacían cada vez más blandas y esponjosas. Al cabo de un rato habían llenado el sombrero por completo. Luego cinco nubecillas se desprendieron del ala del sombrero, volaron hasta la veranda, bajaron suavemente a saltitos los peldaños de la escalera y allí se quedaron, suspendidas en el aire un poco por encima de la hierba. El sombrero se había quedado vacío.

¡Truenos y centellas!, exclamó el Mumintroll.

¿Se está quemando algo?, preguntó preocupada la señorita Snork.

Las nubes permanecieron inmóviles y sin cambiar de forma delante de ellos, como si estuvieran esperando algo.

Muy cuidadosamente, la señorita Snork extendió la mano y tocó la nubecilla que tenía más cerca.

¡Parece algodón!, dijo sorprendida.

Los otros se acercaron para comprobar.

Es como una almohada. Exactamente igual, dijo Snif.

El Snusmumrik empujó suavemente una de las nubes. Ésta se deslizó un poco y luego se volvió a parar.

¿De quién son?, preguntó Snif. ¿Cómo han podido llegar a la veranda?

El Mumintroll no se lo podía creer y movía la cabeza de un lado a otro.

Es la cosa más rara que he visto en mi vida, dijo. Tal vez deberíamos ir a buscar a mamá.

No, no, dijo la señorita Snork. Mejor estudiarlas nosotros mismos. Y cogiendo una nube, la bajó cerca del suelo y la alisó con la mano.

Tan suave…, dijo la señorita Snork. Y al minuto se había subido en la nube haciéndola balacear arriba y abajo mientras reía de lo lindo.

¡Yo también quiero una!, chilló Snif saltando sobre otra nube: ¡Arre nubecilla!

Y al decir «arre», la nube despegó y dibujó una elegante curva en el aire.

¡Madre mía!, exclamó Snif. ¡Ha saltado!

Y sin más, cada uno montó sobre su nube y gritaron: ¡Arre! ¡Arre!

Las nubes iban dando largos saltos por aquí y por allá como grandes y dóciles conejos. Fue el Snork quien descubrió cómo hacer para conducirlas: al presionar un poco con un pie la nube se giraba, si se presionaba con ambos pies a la vez la nube avanzaba a toda velocidad, y para llegar a más altura sólo hacía falta menear un poco el trasero.

Lo estaban pasando en grande, subiendo hasta las copas de los árboles y el tejado de la Casa Mumin.

En algún momento el Mumintroll paró su nube delante de la ventana de Papá Mumin y gritó: ¡Quiquiriquí! (Estaba tan excitado que no se le ocurrió nada más inteligente).

Papá Mumin dejó caer la pluma con la que estaba escribiendo sus memorias y fue corriendo a la ventana.

¡Por la gracia de mi rabo!, exclamó. ¡Por la gracia de mi rabo!

Y se quedó sin habla.

¡Esto hará un excelente capítulo para tu libro!, gritó el Mumintroll mientras dirigía su nube hacia la ventana de la cocina para que le viera su mamá.

Mamá Mumin estaba ajetreada friendo trocitos de carne, cebollas y patatas.

A ver, ¿qué se te ha ocurrido esta vez, hijo mío?, dijo. ¡Cuidado, no te vayas a caer!

Mientras tanto, en el jardín, el Snork y el Snusmumrik habían inventado un juego nuevo. Se embestían el uno al otro a toda velocidad produciendo un ruido sordo cuando colisionaban. El que primero se caía de su nube había perdido.

¡Ahora verás!, gritó el Snusmumrik hincando sus patas en los flancos de la nube. ¡Arre!

Pero en un alarde de buena táctica el Snork logró esquivar el impacto y atacó con una maniobra maliciosa desde abajo.

La nube del Snusmumrik volcó y él cayó de cabeza sobre las flores, quedando su sombrero metido hasta la nariz.

¡Tercer asalto!, gritó Snif que era el árbitro y controlaba la contienda desde más arriba. ¡Dos a uno! ¿Preparados? ¿Listos? ¡A la una, a las dos… a las tres! ¡Ya!

¿Te gustaría volar conmigo a alguna parte?, preguntó el Mumintroll a la señorita Snork.

Me encantaría, contestó la señorita Snork acercando su nube a la de él. ¿Adónde quieres que vayamos?

Podríamos buscar al Hemul y darle un susto, propuso el Mumintroll.

Sobrevolaron el jardín, pero el Hemul no estaba en ninguno de sus lugares habituales.

No suele desplazarse mucho, dijo la señorita Snork. La última vez que le vi estaba ordenando su colección de sellos.

¡Pero si eso fue hace medio año!, le recordó el Mumintroll.

¡Ay!, tienes razón, dijo la señorita Snork. Olvidé los seis meses que hemos estado durmiendo.

¿Y dormiste bien?, preguntó el Mumintroll.

La señorita Snork sorteó con una maniobra elegante la copa de un árbol mientras pensaba su respuesta.

¡Tuve un sueño espantoso!, dijo. Había un tipo horrible con un sombrero de copa negro que estaba riéndose de mí.

¡Qué raro!, exclamó el Mumintroll. He tenido exactamente el mismo sueño. ¿Y el señor de tu sueño también llevaba guantes blancos?

¡Efectivamente!, dijo la señorita Snork, asintiendo a la vez con la cabeza.

Pensaban en esa extraña coincidencia mientras, lentamente, se dejaban deslizar a través del bosque.

De pronto vieron al Hemul que andaba pensativo con las manos detrás de la espalda y la nariz apuntando al suelo. El Mumintroll y la señorita Snork dejaron planear sus nubes y, bajando a cada lado del Hemul, gritaron al unísono:

¡Buenos días!

¡Uy!, soltó el Hemul. ¡Qué susto me habéis dado! ¡Sabéis muy bien que no se me debe tratar de forma brusca! ¡Hubiera podido atragantarme el corazón!

Cuánto lo siento, dijo la señorita Snork. Mira, ¿has visto en qué estamos montados?

De lo más extraordinario, dijo el Hemul. Lo admito, pero ya estoy acostumbrado a vuestras cosas raras. Además, estoy muy melancólico.

Pero ¿por qué?, preguntó compasivamente la señorita Snork. ¿En un día tan espléndido?

El Hemul movió la cabeza de un lado a otro y dijo:

Aunque os lo explicara no me comprenderíais.

Anda, inténtalo, le pidió el Mumintroll. ¿No será que has vuelto a perder un sello con un defecto de imprenta?

Todo lo contrario, se lamentó el Hemul. Los tengo todos. Absolutamente todos. No falta ni uno. Mi colección está completa.

Entonces, ¿por qué te quejas? Si has logrado tu meta no tienes por qué estar triste. ¡Alégrate!, dijo la señorita Snork intentando animarle.

Ya os dije que no me comprenderíais, suspiró el Hemul.

El Mumintroll y la señorita Snork se miraron preocupados y, en señal de respeto hacia alguien que llora su destino, colocaron sus nubes detrás del Hemul y siguieron sus tristes pasos con la esperanza de que en algún momento se detuviera para hablarles de lo que tanto le apenaba el corazón.

Y al rato el Hemul estalló:

¡Ay, que locura!

Un momento después añadió:

¿Todo eso para qué? ¡Podrán usar mi colección como papel de váter!

¡Hemul, pero qué dices!, dijo indignada la señorita Snork. ¡No hables de esa forma! ¡Tu colección es la mejor del mundo!

¡Eso es!, gritó desesperado el Hemul. Está completa. No hay sello ni error de imprenta que no tenga en mi colección. Ni uno solo. Ahora ¿a qué me voy a dedicar?

Creo que empiezo a comprenderte, dijo pausadamente el Mumintroll. Has dejado de ser coleccionista para convertirte en propietario y eso ya no es tan emocionante.

No, masculló el Hemul contrariado. Tienes toda la razón. Se paró y giró su compungida cara hacia ellos.

Querido Hemul, dijo la señorita Snork, dándole palmaditas suaves en la mano. Tengo una idea. ¿Y si empezaras a coleccionar algo totalmente diferente, algo completamente nuevo?

Es una idea, admitió el Hemul. Pero seguía estando compungido, porque no le parecía correcto ser feliz tan rápidamente después de tanta preocupación.

Mariposas por ejemplo, propuso el Mumintroll.

Imposible, dijo el Hemul, poniéndose triste otra vez. Mi primo paterno, al que no puedo soportar, colecciona mariposas.

O guirnaldas, dijo la señorita Snork.

El Hemul se limitó a arrugar la nariz con desprecio.

¿Joyas?, continuó la señorita Snork esperanzada. Son infinitas.

¡Bah!, dijo el Hemul.

Pues no sé, dijo la señorita Snork.

No te preocupes. Encontraremos algo, dijo el Mumintroll consolándole. Si no, mamá tendrá alguna idea. Hablando de otra cosa, ¿has visto al Desmán?

Todavía duerme, contestó el Hemul con voz apagada. Dijo que no hace falta levantarse tan temprano, y sin duda tenía razón.

Y el Hemul siguió su paseo solitario a través del bosque.

El Mumintroll y la señorita Snork dirigieron sus nubes por encima de las copas de los árboles dejándose mecer suavemente bajo el sol. Estaban pensando en algo que pudiera coleccionar el Hemul.

¿Conchas?, sugirió la señorita Snork.

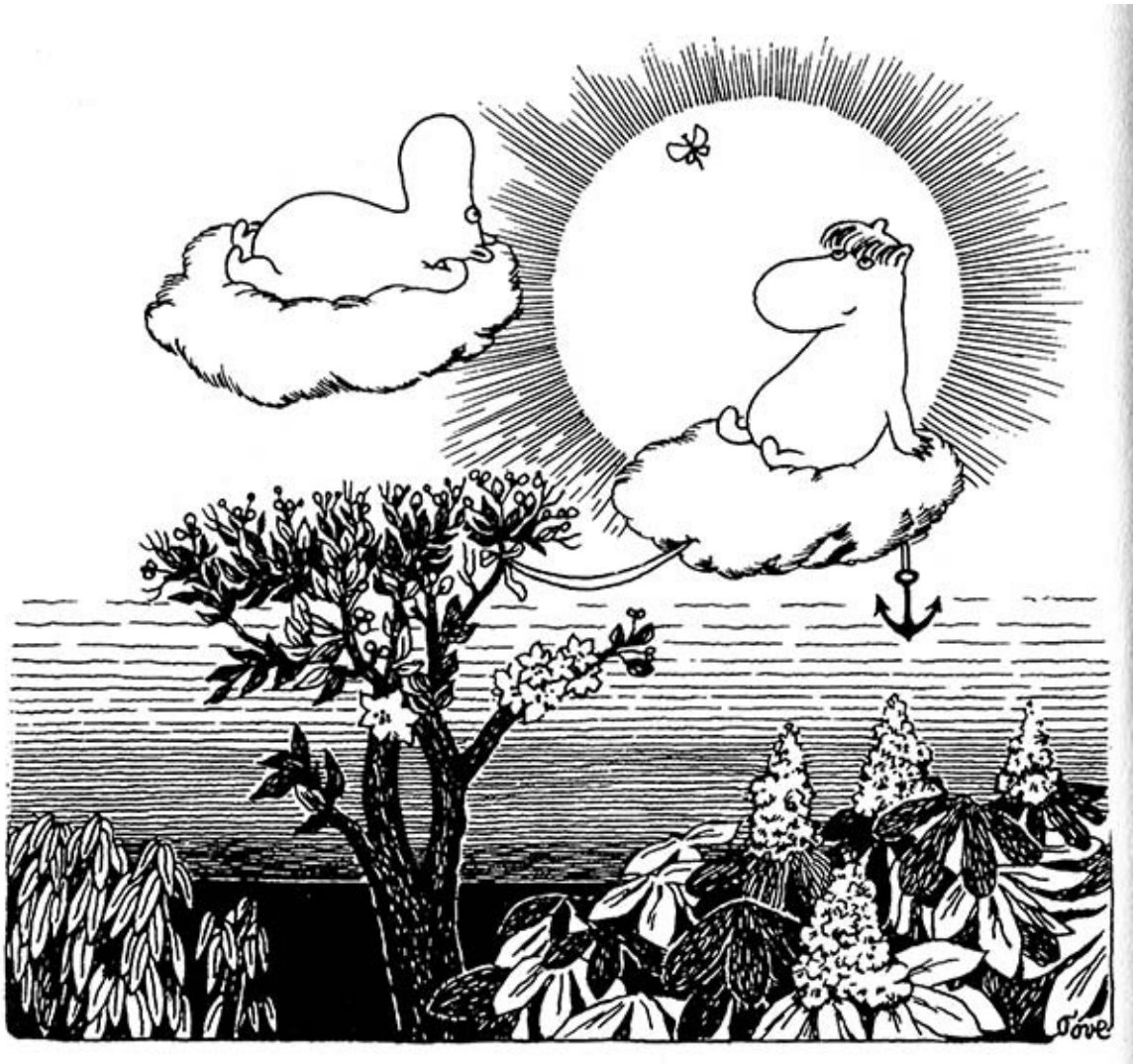
O botones de pantalón, dijo el Mumintroll.

Pero con el calor les entraba sueño. Era imposible pensar. Se tumbaron panza arriba en sus nubes mirando el cielo de primavera, donde cantaban las alondras.

De repente vieron la primera mariposa. Como todo el mundo sabe, si la primera mariposa que ves volar es amarilla el verano será feliz. Si es blanca el verano será simplemente tranquilo. De las mariposas negras o marrones mejor no hablar, es demasiado triste.

Pero esta mariposa era dorada.

¿Qué significará?, se preguntó el Mumintroll. Es la primera vez que veo una mariposa de oro.



Oro es mejor que amarillo. ¡Ya verás!

Cuando el Mumintroll y la señorita Snork volvieron a casa a la hora de cenar, se encontraron al Hemul en las escaleras. Estaba radiante de felicidad.

¿Y por fin qué?, preguntó el Mumintroll. ¿Qué vas a coleccionar?

¡Plantas!, gritó el Hemul. ¡Voy a hacerme botánico! Fue idea del Snork. ¡Coleccionaré el mejor herbario del mundo!

Y el Hemul desplegó sus faldas[1] para enseñarles su primer hallazgo. Entre unas hojas y un poco de tierra había un pequeño y delgado narciso amarillo.

Gagea lútea, dijo el Hemul lleno de orgullo. El número uno de mi colección. ¡Un ejemplar perfecto!

Y al entrar en la casa vació todo lo que llevaba en la falda sobre la mesa del comedor.

Allí iba a poner la sopera, dijo la mamá del Mumintroll. Muévelo un poco. ¿Está todo el mundo? ¿Sigue durmiendo el Desmán?

Como un tronco, dijo Snif.

¿Lo habéis pasado bien hoy?, preguntó Mamá Mumin llenando los platos.

¡Estupendamente!, gritó toda la familia a coro.

Al día siguiente por la mañana, cuando el Mumintroll fue al cobertizo para soltar a las cinco nubes que había encerrado allí, no encontró ninguna, todas habían desaparecido. Y a nadie se le pasó por la cabeza que podía tener que ver con las cáscaras de huevo que de nuevo se encontraban en el

fondo del sobrero del Mago.

SEGUNDO CAPÍTULO

En el que el Mumintroll es convertido en un monstruo, promete venganza contra la Hormiga-León, y emprende una expedición secreta nocturna junto al Snusmumrik

Un día tranquilo de verano en que llovía y hacía mucho calor en el Valle Mumin, todos decidieron quedarse en casa para jugar al escondite.

Snif estaba en un rincón tapándose la cara con las manos mientras contaba en alto. Cuando llegó a diez se dio la vuelta y empezó a buscar, primero en los sitios de siempre y luego en los más raros.

El Mumintroll se había escondido debajo de la mesa de la veranda pero no estaba contento. No era un buen sitio, estaba seguro de ello. A Snif sólo le hacía falta levantar el mantel y le habría descubierto. El Mumintroll miraba a su alrededor y de pronto sus ojos se fijaron en el alto sombrero negro que alguien había puesto en un rincón.

¡Una idea estupenda! Seguramente a Snif nunca se le ocurriría levantar el sombrero. Rápidamente y sin hacer ruido, el Mumintroll se arrastró hasta el rincón y se puso el sombrero encima. Sólo le llegaba hasta la barriga, pero si se encogía mucho y recogía el rabo, sin duda quedaba totalmente invisible.

Al Mumintroll le divertía escuchar cómo los demás eran descubiertos uno tras otro. Obviamente, el Hemul había vuelto a esconderse debajo del sofá, era incapaz de imaginar otro lugar. Ahora todos corrían por todas partes buscando al Mumintroll.

Después de un largo rato empezaba a temer que al final se cansaran de buscarle. Se deslizó de debajo del sombrero y se asomó a la puerta gritando:

¡Estoy aquí! ¡Mira!

Snif le miró un buen rato y luego dijo de forma bastante brusca:

¡Mírate tú!

¿Quién es ése?, susurró la señorita Snork.

Los demás movieron la cabeza, incapaces de reconocer al Mumintroll.

¡Pobre pequeño Mumintroll! ¡Se había convertido en un bicho de lo más raro dentro del sombrero del Mago! Todas sus partes redondas se habían vuelto flacas y lo que tenía de pequeño se había vuelto grande. Y lo más extraño de todo era que él mismo no se daba cuenta de lo que había ocurrido.

¡Quería daros una sorpresa!, dijo y dio un paso adelante, no muy seguro, sobre sus largas y delgadísimas patas. ¡No os podéis imaginar dónde he estado!

No nos interesa, dijo el Snork. Pero desde luego eres tan feo que puedes darle una sorpresa a cualquiera.

¡Qué poco amable estás!, dijo el Mumintroll con voz abatida.

Supongo que estáis molestos por no haberme encontrado. Jugamos a otra cosa?

Antes de nada deberías tal vez presentarte, dijo la señorita Snork con frialdad. Al fin y al cabo, no tenemos ni idea de quién eres.

El Mumintroll la miró estupefacto. Luego, dándose cuenta de que probablemente se trataría de otro juego, estalló en risas y gritó: ¡Soy el rey de California!

Y yo soy la hermana del Snork, dijo la señorita Snork señalando a su hermano.

Yo me llamo Snif, dijo Snif.

Soy el Snusmumrik, dijo el Snusmumrik.

¡Vaya juego más aburrido!, dijo el Mumintroll. ¿No podíais haber inventado algo más original? Anda, vamos afuera, creo que la lluvia ha pasado.

Y empezó a bajar la escalera delante de los demás, que le seguían con mucho recelo y sin salir de su asombro.

¿Y ése quién es?, preguntó el Hemul que estaba sentado en el jardín contando los estambres de un girasol.

Es el rey de California, dijo la señorita Snork sin mucha convicción.

¿Va a quedarse a vivir aquí?, preguntó el Hemul.

Eso lo tiene que decidir el Mumintroll, dijo Snif. Estaba justo preguntándome dónde se habrá escondido.

El Mumintroll soltó una carcajada y dijo:

Desde luego, a veces tienes mucha gracia. ¡Imaginaos si por fin logramos dar con el Mumintroll!

¿Le conoces?, preguntó el Snusmumrik.

¡Pues, de alguna manera sí que le conozco! En realidad le conozco bastante bien.

Estaba que no cabía en la piel del gusto que le producía este nuevo juego y lo bien que creía representar su papel.

¿Le conoces desde hace mucho tiempo?, preguntó la señorita Snork.

Nacimos los dos al mismo tiempo, contestó el Mumintroll muerto de risa. ¡Es un tipo tremendamente creído, sabes! ¡No hay quien lo aguante!

¡Te prohíbo que hables así del Mumintroll!, gritó la señorita Snork con vehemencia. ¡Es el mejor troll del mundo y le queremos muchísimo!

El Mumintroll estaba extasiado:

¿De verdad?, dijo. Pues yo opino que es peor que la peste.

Entonces la señorita Snork se puso a llorar.

¡Lárgate!, le dijo el Snork, amenazador. ¡Lárgate o te vamos a moler!

¡Tranquilos!, dijo el Mumintroll atónito. Si no era más que un juego. Estoy muy contento de que me tengáis tanto aprecio.

¡No te apreciamos para nada!, gritó Snif furioso. ¡Al ataque! ¡A expulsar de aquí a ese asqueroso rey que se atreve a insultar a nuestro Mumintroll!

Y todos a una se echaron sobre el pobre Mumintroll. Estaba demasiado sorprendido para defenderse, y cuando por fin empezó a enfadarse y a devolver los golpes, era ya demasiado tarde: se hallaba debajo de un tumulto de brazos, manos y rabos.

Mamá Mumin se asomó por la escalera.

¡Pero hijos! ¿Qué os pasa, os habéis vuelto locos?, gritó. ¡Dejad de pelearos! ¡Ahora mismo!

Están dando una buena lección al rey de California, sollozó la señorita Snork.

¡Y la tiene bien merecida!

El Mumintroll se arrastró desde debajo del montón, enfadado y con golpes por todo el cuerpo.

¡Mamá!, gritó. ¡Han sido ellos los que empezaron! ¡Tres contra uno, no es justo!

Tienes razón, dijo Mamá Mumin muy seria. Aunque me imagino que algo les habrás dicho. Por cierto ¿tú quién eres, animalito mío?

¡Por favor! ¡Dejemos ya este estúpido juego!, chilló el Mumintroll. No tiene ninguna gracia. Yo soy el Mumintroll y la que está en la escalera es mi mamá.

¡Cómo vas a ser tú el Mumintroll!, dijo la señorita Snork con sorna. Él tiene unas orejitas monísimas, y las tuyas son como soplillos.

Confuso, el Mumintroll se llevó las manos a la cabeza y palpó un par de enormes orejas, llenas de pliegues.

Pero soy el Mumintroll, exclamó desesperado. ¿No me creéis?

El rabo del Mumintroll es fino y bien proporcionado, dijo el Snork. El tuyo parece una escoba de limpiar chimeneas.

¡Y era cierto! El Mumintroll se tocó su parte trasera con manos temblorosas.

¡Tienes unos ojos como dos platos soperos!, dijo Snif. Los del Mumintroll son dulces y pequeñitos.

Sí, así es, afirmó el Snusmumrik.

¡Eres un impostor!, zanjó el Hemul.

¿No me va a creer nadie?, sollozó el Mumintroll. ¡Mírame bien, mamá, tú seguramente reconocerás a tu hijo Mumintroll!

Mamá Mumin le miró fijamente. Contempló durante largo rato sus aterrorizados ojos como platos y al final dijo con voz muy bajita:

Sí, tú eres el Mumintroll.

Enseguida empezó a transformarse. Los ojos, las orejas y el rabo encogieron, y la nariz y el trasero crecieron. Poco a poco iba apareciendo delante de todo el mundo el Mumintroll en todo si esplendor.

Ven a mis brazos, hijo, dijo Mamá Mumin. Ya ves, yo siempre reconoceré a mi niño Mumintroll.

Un poco más tarde aquel día, el Mumintroll y el Snork estaban charlando en uno de sus

escondites, el de debajo del jazmín, donde uno se encuentra como dentro de una gruta de hojas verdes.

Bueno, pero seguramente hubo alguien que te transformó. No veo otra explicación, dijo el Snork.

El Mumintroll movió la cabeza negativamente.

No vi nada extraño, dijo, y tampoco comí ninguna planta rara ni pronuncié ninguna fórmula peligrosa.

Quizá pisaste un círculo mágico, sugirió el Snork.

No que yo sepa, dijo el Mumintroll. Estuve todo el rato escondido debajo de aquel sombrero negro que usamos como papelera.

¿Quieres decir que estuviste *dentro* del sombrero?, preguntó el

Snork receloso.

Eso es, dijo el Mumintroll.

Permanecieron un rato pensando. Luego, repentinamente, exclamaron al unísono: ¡Debe de ser…!, y se quedaron mirándose el uno al otro.

¡Vamos!, dijo el Snork.

Subieron a la veranda y con mucha precaución se aproximaron al sombrero.

Parece normal y corriente, dijo el Snork. Normal y corriente, claro, para un sombrero de copa que siempre es algo extraordinario. Pero cómo vamos a saber si fue él?, preguntó el Mumintroll. ¡Yo, desde luego, no volveré a meterme dentro!

A lo mejor podríamos preparar una trampa para que otro entre, dijo el Snork.

Pero sería jugarle una muy mala pasada, protestó el Mumintroll. No podemos estar seguros de que vuelva a ser como antes.

Eso no importa si se trata de un enemigo, replicó el Snork.

¡Hum!, el Mumintroll se lo pensaba. ¿Se te ocurre alguien?

La rata gorda que suele merodear en el compost, dijo el Snork.

El Mumintroll negó con la cabeza:

Imposible. Es muy lista. No se dejará engañar.

¿La Hormiga-León, entonces?, propuso el Snork.

¡Me parece una idea estupenda!, dijo el Mumintroll entusiasta. Una vez metió a mi mamá en su hoyo y le echó arena a los ojos.

Se fueron a buscar a la Hormiga-León llevándose un gran tarro. Las hormigas-león suelen hacer sus traicioneros hoyos en la playa, por lo que los dos amigos pusieron rumbo al mar. No había pasado mucho rato cuando el Snork descubrió un agujero redondo enorme e hizo señales entusiastas al Mumintroll.

¡Aquí está!, susurró el Snork. ¿Qué vamos a hacer para que entre en el tarro?

Yo me encargaré de ello, contestó el Mumintroll en voz baja.

Cogió el tarro y fue a enterrarlo en la arena, no muy lejos de allí, con la boca hacia arriba.

Luego dijo en voz muy alta:

¡Qué débiles e insignificantes criaturas son las hormigas-león!

Hizo una seña al Snork y los dos se quedaron mirando con expectación el agujero. La arena se movía un poco al fondo del hoyo, pero no aparecía la Hormiga-León.

¡Pero que muy débiles!, repitió el Mumintroll. Tardan varias horas en cavar un agujerito donde meterse, ¿sabes?

Sí, pero…, empezó el Snork no muy convencido.

¡Pues sí!, insistió el Mumintroll haciéndole desesperadas señas con las orejas. ¡Varias horas!

En aquel preciso instante, una amenazadora cabeza con ojos asesinos asomó por el agujero.

¿Has dicho débiles?, bufó la Hormiga-León. ¡Yo desaparezco en la arena en tres segundos, ni más ni menos!

Tal vez puedas hacernos una demostración para que veamos cómo semejante hazaña es posible. Hay que verlo para creerlo, dijo retándole el Mumintroll.

¡Os voy a echar arena a los ojos!, chilló furiosa la Hormiga-León. ¡Y cuando os tenga metiditos aquí en mi agujero, os devoraré!

¡Oh, no! Por favor, no hagas eso, suplicó el Snork asustado. Prefiero que nos enseñes cómo desaparecer marcha atrás en tres segundos.

Hazlo aquí arriba para que te podamos ver mejor, dijo el Mumintroll, indicándole el lugar donde había enterrado el tarro.

¿Qué os hace creer que voy a demostrar mis artes a un par de críos?, dijo sarcástica la Hormiga-León.

Sin embargo, no pudo resistir la tentación de demostrarles lo fuerte y rápida que era. Así que, dando bufidos de desprecio, salió de su agujero y preguntó altiva:

A ver, ¿dónde queréis que me entierre?

¡Allí!, contestó el Mumintroll señalándole el lugar con el dedo.

La Hormiga-León alzó los hombros y encrespó la crin tomando un aspecto aterrador.

¡Quitaos de en medio!, gritó. Ahora voy a desaparecer bajo tierra, pero en cuanto salga os devoraré. ¡Uno, dos, tres!

Y como una hélice rotando a toda velocidad, la Hormiga-León penetró en la arena marcha atrás hasta que acabó dentro del tarro escondido debajo de ella. Y, efectivamente, sólo tardó tres segundos, o tal vez fueran dos y medio de tan furiosa que estaba.

¡La tapa! ¡Rápido, pon la tapa!, gritó el Mumintroll, y escarbando debajo de la arena enroscaron la tapa con mucha fuerza.

Luego levantaron el tarro entre los dos y, como si fuera una rueda, lo hicieron rodar hasta casa con la Hormiga-León dentro dando tumbos y gritando maldiciones; pero la arena entraba en su boca y ahogó su voz.

¡Madre mía, qué rabia! ¡Da miedo!, dijo el Snork. No me atrevo a pensar lo que pasaría si se escapara.

Por el momento no saldrá, dijo el Mumintroll con calma. Y cuando salga espero que se convierta en algo espantoso.

Al llegar a casa, el Mumintroll convocó a sus amigos. Llevándose las manos a la boca dio tres silbidos largos (lo que significa que algo excepcional ha ocurrido).

Todo el mundo vino corriendo de todas las direcciones para congregarse alrededor del famoso tarro con su tapa de rosca.

¿Qué hay dentro?, preguntó Snif.

Una hormiga-león, dijo el Mumintroll rebosante de orgullo.

¡Una auténtica y muy colérica hormiga-león que hemos hecho prisionera!

¡Pero qué valientes sois!, exclamó la señorita Snork admirada.

Y ahora pensamos meterla dentro del sombrero negro, dijo el Snork.

Para que se convierta en un animal monstruoso como me pasó a mí, dijo el Mumintroll.

¿No podéis expresaros de una forma más clara?, les rogó el Hemul. ¡No entiendo nada!

El Snork y yo hemos llegado a la conclusión de que fue porque me metí dentro del sombrero de copa por lo que me transformé en aquel bicho raro, explicó el Mumintroll. Ahora queremos comprobar nuestra teoría metiendo a la Hormiga-León dentro y ver si a ella le ocurre lo mismo que a mí.

¡Pero puede convertirse en cualquier cosa!, chilló Snif. ¡Puede llegar a ser algo mucho más peligroso que una hormiga-león y comernos a todos!

Todos se quedaron mudos mirando el tarro y escuchando los ruidos apagados que salían de su interior.

¡Oh!, exclamó la señorita Snork temerosa perdiendo el color[2].

Propongo que nos escondamos debajo de la mesa mientras se transforma, y para evitar que salga podemos tapar la boca del sombrero con un libro grueso, dijo el Snusmumrik. Cuando se experimenta siempre hay que estar dispuesto a correr riesgos. Así que, sin más tardar, ¡volquémosla dentro del sombrero!

Snif fue corriendo a esconderse debajo de la mesa mientras el Mumintroll, el Snusmumrik y el Hemul sostenían el tarro en alto encima del sombrero del Mago y la señorita Snork, preocupadísima, desenroscaba la tapa. La Hormiga-León cayó dentro envuelta en una nube de arena, y rápido como el rayo el Snork puso un diccionario con palabras extranjeras encima. Después todos se metieron debajo de la mesa a esperar.

Al principio no ocurría nada. Asomaron sus narices por debajo del mantel, cada vez más inquietos. Nada había cambiado.

¡Pamplinas!, dijo Snif.

Nada más decir esto Snif, el diccionario con las palabras extranjeras empezó a arrugarse. De pura excitación, Snif mordió el pulgar al Hemul.

¡Mira lo que haces!, dijo el Hemul enfadado. ¡Me estás mordiendo el pulgar!

¡Oh, lo siento!, dijo Snif. Creía que era el mío.

El diccionario se iba arrugando cada vez más y entre las páginas, que estaban tomando el aspecto de hojas marchitas, empezaron a salir las palabras extranjeras. De pronto todo el suelo estaba lleno de palabras extranjeras arrastrándose en todas las direcciones.

¡Rayos!, exclamó el Mumintroll.

Pero no acababa ahí la cosa. Del ala del sombrero empezó a caer agua. Mucha agua. Chorros de agua caían en cascadas sobre la alfombra, inundando todo y obligando a las palabras extranjeras a subirse por las paredes para no perecer ahogadas.

¡La Hormiga-León se ha convertido en agua!, dijo el Snusmumrik decepcionado.

Será la arena, susurró el Mumintroll. La Hormiga-León debe de estar a punto de salir.

Se quedaron esperando con el alma en vilo. La señorita Snork escondía su rostro en el regazo del Mumintroll y Snif gemía de miedo.

Hasta que de repente apareció en el borde del sombrero el erizo más pequeño del mundo. Olisqueaba el aire y parpadeaba. Se le habían enredado las púas y estaba totalmente empapado.

Durante un par de segundos reinó un silencio de muerte. Luego el Snusmumrik empezó a reír, y su risa contagió a los demás. Al rato todos estaban riéndose a carcajadas y rodando por el suelo en un jolgorio generalizado. El único que no se divertía era el Hemul. Miró consternado a sus amigos y dijo: ¡Pero si ya dábamos por seguro que la Hormiga-León se iba a transformar! Realmente no entiendo por qué siempre hacéis tanto ruido por tan poca cosa.

Mientras tanto, el diminuto erizo se había acercado a la puerta con un aire un poco triste y solemne. Bajó la escalera. El agua ya había dejado de brotar del sombrero del Mago, pero el suelo se había convertido en un lago y el techo estaba lleno de palabras extranjeras.

Cuando les explicaron todo, Papá y Mamá Mumin lo tomaron muy en serio y decidieron que había que deshacerse del sombrero del Mago. Con mucho cuidado lo hicieron rodar hasta el río y lo dejaron caer al agua.

¡Adiós a las nubes y al animal monstruoso!, dijo la mamá del Mumintroll mientras contemplaban el sombrero alejarse en el río.

Las nubes eran muy divertidas, dijo el Mumintroll un poco melancólico. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor hubieran salido otras!

¡Sí, claro! ¡Y también las inundaciones y las palabras extranjeras, supongo!, contestó su madre. ¡Dios mío, cómo ha quedado la veranda! Y no sé qué hacer con aquellos bichitos. ¡Están por todas partes y dejan la casa hecha un desastre!

¡De todas maneras, las nubes eran divertidísimas!, insistió el Mumintroll.

Aquella noche el Mumintroll no podía conciliar el sueño. Estaba contemplando la pálida luz de la noche veraniega con sus ruidos misteriosos, sus solitarias voces que llamaban desde lejos y sus bailes de los elfos. Entraba por la ventana un delicioso aroma de flores.

El Snusmumrik todavía no había vuelto. En noches como ésta le gustaba pasear en compañía sólo de su armónica. Pero esta noche no se oía ninguna canción. Probablemente se había ido a descubrir algún valle desconocido. Enseguida levantaría su tienda de campaña a la orilla de un río, reacio como era a dormir entre paredes… El Mumintroll suspiró. Se sentía triste sin saber exactamente por qué.

De repente oyó un suave silbido desde debajo de su ventana. Su corazón dio un salto de alegría, se acercó de puntillas a la ventana y se asomó. El silbido quería decir: ¡secretos!

El Snusmumrik le estaba esperando al pie de la escalerilla de cuerda.

¿Podrás guardar un secreto?, susurró cuando el Mumintroll puso el pie en el césped.

El Mumintroll asintió enérgicamente con la cabeza.

Inclinándose hacia él, el Snusmumrik susurró con la voz ya casi inaudible: el sombrero se ha quedado en un banco de arena río abajo.

Los ojos del Mumintroll brillaron.

¿Quieres?, preguntó el Snusmumrik con las cejas.

¡Claro!, contestó el Mumintroll con un leve movimiento de las orejas.

Como un par de sombras se deslizaron en dirección al río a través del jardín, en el que ya amanecía.

Se encuentra a dos meandros de aquí, dijo el Snusmumrik en voz muy baja. En realidad es nuestro deber salvarlo, pues toda el agua que entra en él se vuelve roja. Los que viven río abajo se morirán del susto si ven esa agua tan espantosa.

Podríamos haber imaginado que algo así podía ocurrir, dijo el Mumintroll. Se sentía feliz y orgulloso caminando así, en medio de la noche, en compañía del Snusmumrik, que en sus paseos nocturnos siempre había preferido la soledad.

Está por aquí, en alguna parte, dijo el Snusmumrik. Sí, ya lo veo. ¿Ves dónde empieza esa franja oscura en el agua?

No muy bien, contestó el Mumintroll que iba a trompicones en la penumbra. ¡No tengo ojos de gato como tú que distingues todo en la noche!

Me pregunto qué vamos a hacer para llegar ahí, dijo el Snusmumrik mirando a través del río. ¡Qué tontería que tu padre no tenga una barca!

El Mumintroll vacilaba.

Nado bastante bien si el agua no está muy fría, dijo.

¿Te atreves?, preguntó el Snusmumrik.

¡Claro que me atrevo!, exclamó el Mumintroll, sintiendo que ese era el momento para demostrar su valentía. ¿En qué dirección está?

Por allí, en diagonal, señaló el Snusmumrik. El banco de arena no está muy lejos y enseguida harás pie. Pero ten cuidado y no pongas las manos dentro del sombrero. Cógelo por la copa.

El Mumintroll se deslizó en el agua que tenía una temperatura agradable de verano y, nadando al estilo perruno, empezó a cruzar el río. Había una corriente fuerte y empezó a sentir miedo. Pero pronto avistó el banco de arena y algo negro que podía ser el sombrero. Con el rabo como timón se acercó y enseguida sintió la arena debajo de sus pies.

¿Todo bien?, gritó el Snusmumrik desde la otra orilla.

¡Todo bien!, contestó el Mumintroll subiendo a la playa.

Vio cómo el río, a partir del lugar donde el sombrero había encallado, llevaba un caudal ondulado más oscuro. El Mumintroll metió un dedo en el agua teñida que salía del sombrero y lo chupó con precaución.

Madre mía, no me lo puedo creer, murmuró. ¡Es refresco de bayas rojas! ¡A partir de ahora podemos beber todo el refresco que queramos con sólo llenar el sombrero de agua!

¿Lo tienes?, gritó el Snusmumrik preocupado.

¡Ya voy!, contestó el Mumintroll y volvió a meterse en el río, esta vez con el sombrero del Mago bien atado a su rabo. Le costó trabajo nadar contra la corriente, y además arrastrando el peso del sombrero, y el Mumintroll estaba totalmente agotado cuando llegó a la playa del otro lado.

¡Aquí está!, resopló lleno de orgullo.

¡Estupendo!, dijo el Snusmumrik. Pero ¿dónde lo vamos a esconder?

En casa no, dijo el Mumintroll. Y tampoco en el jardín. Alguien podría encontrarlo.

¿Y en la cueva?, especuló el Snusmumrik.

En ese caso tendríamos que contarle el secreto a Snif, dijo el Mumintroll. Es su cueva.

Tienes razón, supongo que no hay más remedio, dijo el Snusmumrik resignado. Pero me parece un poco pequeño para confiarle un secreto tan grande.

Sí, dijo el Mumintroll con voz muy seria. ¿Sabes una cosa? Es la primera vez que hago algo que no puedo decir a mis padres.

El Snusmumrik cogió el sombrero en sus brazos y comenzó el camino de regreso bordeando el río. Cuando llegaron al puente se paró de repente.

¿Qué pasa?, susurró el Mumintroll inquieto.

¡Canarios!, exclamó el Snusmumrik. ¡Mira, hay tres canarios amarillos posados en el pretil del puente! ¡Qué extraño que salgan por la noche!

¡No soy ningún canario, soy una perca!, pió el pájaro que estaba más cerca.

Los tres somos peces respetables, gorjeó su amigo.

El Snusmumrik se rascó la cabeza.

Fíjate de lo que es capaz este sombrero, dijo. Probablemente esos tres pececitos entraron en él cuando estaba volcado en el río y fueron transformados en pájaros. ¡Vayamos directamente a la cueva a esconderlo!

El Mumintroll se mantenía muy cerca del Snusmumrik mientras cruzaban el bosque. Se oían crujidos y pasos a cada lado del camino y casi daba un poco de miedo. De vez en cuando pequeños ojos brillantes se posaban en ellos desde detrás de los árboles, de vez en cuando algo o alguien les llamaba entre los helechos o desde las copas de los árboles.

¡Una noche hermosa!, dijo una voz justo detrás del Mumintroll.

¡Sí, preciosa!, le contestó armándose de valor.

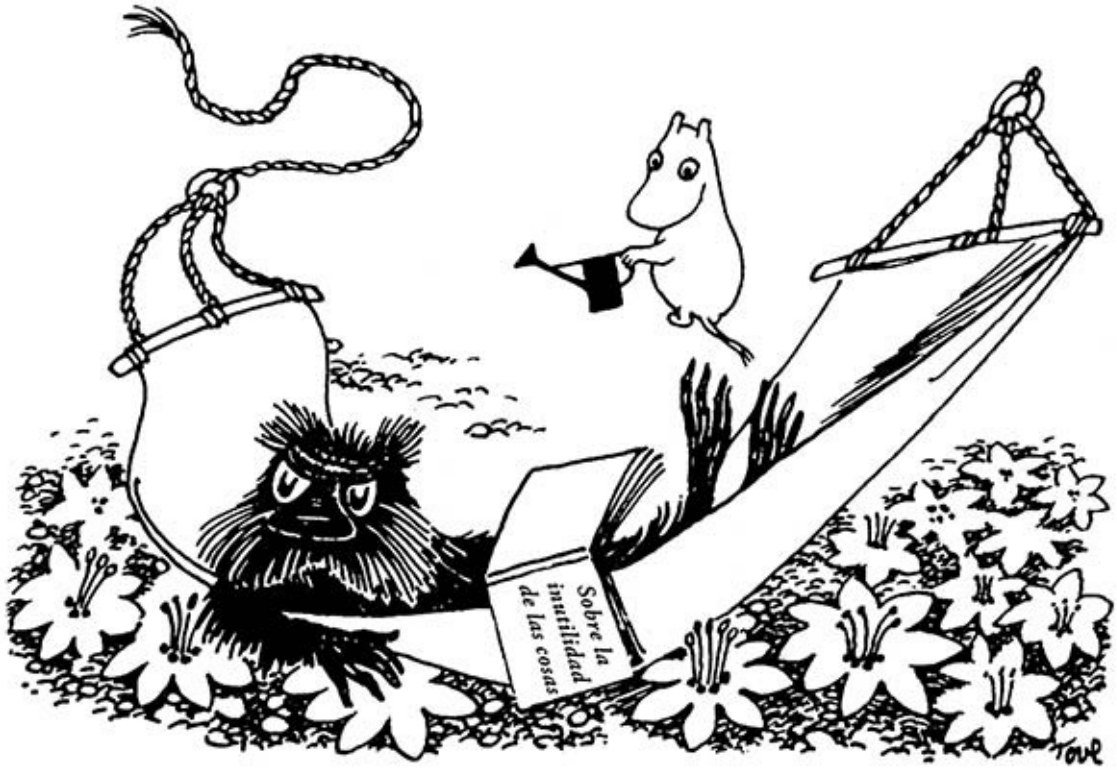
Una pequeña sombra se deslizó junto a él y desapareció en la oscuridad del sotobosque.

En la playa había más luz. El mar y el cielo se fundían en un solo lienzo azul pálido y con una superficie resplandeciente. Muy lejos se oía el solitario cri-cri de los pájaros marinos. Estaba amaneciendo.

El Snusmumrik y el Mumintroll metieron el sombrero del Mago en la cueva, poniéndolo al fondo del todo y boca abajo para que nada o nadie pudiera caer en su interior.

Creo que hemos encontrado una buena solución, dijo el Snusmumrik. Y ¿quién sabe? ¡A lo mejor volvemos a ver las cinco nubecillas!

¡Ojalá!, dijo el Mumintroll contemplando la noche desde la boca de la cueva. Pero este momento es maravilloso y no creo que con las nubes lo pasáramos mejor.



TERCER CAPÍTULO

En el que se cuenta cómo el Desmán experimentó algo indescriptible después de haber retomado la vida en solitario, cómo la familia Mumin descubre la isla solitaria de los hatifnat donde el Hemul protagoniza una huida muy complicada, y cómo una terrible tormenta pone a todos en peligro

A la mañana siguiente, cuando el Desmán como de costumbre salió con su libro y se puso en la hamaca para leer acerca de la inutilidad de todas las cosas, la cuerda se rompió y el pobre animal cayó al suelo con un gran estruendo.

¡Imperdonable!, exclamó el Desmán liberándose de su manta. ¡Oh, cuánto lo siento!, dijo el padre del Mumintroll que estaba regando sus plantas de tabaco. Espero que no se haya hecho daño.

¡No se trata de *eso*!, replicó el Desmán sombrío mesando su bigote. Que la Tierra se hunda no me quita el sueño. Pero no me gusta que me pongan en situaciones comprometidas. ¡No es digno de un filósofo!

¡Pero si yo soy el único que lo ha visto!, protestó Papá Mumin.

¡Ya es bastante!, dijo el Desmán. No es poco lo que he tenido que aguantar en su casa. El año pasado, sin ir más lejos, un cometa me cayó encima. Eso no tuvo importancia, ¡pero tal vez recuerde que me senté en el pastel de chocolate de su señora! ¡Fue muy, pero que muy perjudicial para mi dignidad! Y no son pocas las veces que algún invitado me ha puesto un cepillo en la cama. Una broma que no tiene ninguna gracia. Y eso no es todo…

Sí, ya lo sé, interrumpió Papá Mumin vencido, ésta no es una casa pacífica. En cuanto a la hamaca, pues ya tiene sus años, y las cuerdas se gastan…

No hay que esperar hasta que haya un accidente, dijo el Desmán. Que me hubiera matado no tiene importancia. Pero ¡imagínese que los demás lo hubiesen presenciado! En fin, ahora tengo la intención

de retirarme a un lugar desierto y vivir una vida de paz y soledad y renunciar a todo. ¡Es una decisión irrevocable!

¡Vaya!, exclamó el padre del Mumintroll impresionado. ¿Y se puede saber dónde piensa establecer su retiro?

En la cueva, dijo el Desmán. Allí nadie vendrá a interrumpir mis pensamientos con bromas de mal gusto. Le doy permiso para que me traiga de comer dos veces al día. Pero que no sea antes de las diez.

Muy bien, dijo afable el papá. ¿Querrá que le llevemos algunos muebles?

Si usted quiere, no me voy a oponer, dijo el Desmán un poco más complaciente. Pero sólo dos o tres cosas sencillas. Sé muy bien que tiene las mejores intenciones, pero su familia me ha llevado al límite de mi paciencia.

Dicho esto, el Desmán cogió su libro y su manta y se marchó satisfecho en dirección del acantilado.

Papá Mumin suspiró y siguió regando sus plantas de tabaco. Pronto no quedaría en su memoria nada de todo lo sucedido.

El Desmán se sintió muy a gusto cuando entró en la cueva. Extendió su manta por el suelo, se sentó encima y enseguida se puso a pensar. Siguió pensando durante aproximadamente dos horas. Se respiraba paz y quietud, y a través de la grieta en el techo el sol iluminaba suavemente su escondite. Estaba sentado justo en el rayo de luz y cuando se quedaba fuera de él se movía un poco para volver a

sentir cómo le calentaba los huesos.

Aquí me quedaré para siempre jamás, pensaba. ¡Qué inútil estar siempre corriendo por todas partes, hablando sin parar, buscando casa, preparando comida y coleccionando trastos!

Se quedó mirando con satisfacción su nuevo hogar y de pronto vio el sombrero del Mago que el Mumintroll y el Snusmumrik habían escondido en el fondo de la cueva.

¡La papelera!, se dijo a sí mismo. ¡De modo que está aquí! Bueno, siempre le encontraré algún uso.

Se quedó pensando un rato más, y luego decidió echarse una siesta. Se tapó con la manta dejó sus dientes postizos dentro del sombrero, para que no se llenaran de arena, y se durmió tranquilo y feliz.

En casa de los Mumin había panqueque para desayunar, un gran *crépe* amarillo con mermelada de frambuesa. Mamá Mumin también sacó las gachas del día anterior, pero como no interesaban a nadie las volvió a guardar para el día siguiente.

Hoy tengo ganas de hacer algo especial, dijo. Hay que celebrar que por fin hemos logrado deshacernos de aquel dichoso sombrero, y además uno acaba cansándose de estar siempre metido en casa.

¡Tienes toda la razón del mundo!, dijo Papá Mumin. ¿Qué os parece si vamos de excursión a alguna parte?

Ya hemos estado en todas partes. No queda ningún sitio por conocer, dijo el Hemul.

Pero algún lugar nuevo debe haber, si no nos lo inventaremos, contestó el papá. Terminad el desayuno, niños, llevaremos lo que quede para comer.

¿Hay que terminar lo que se tiene en la boca?, preguntó Snif.

¡No seas tonto!, dijo Mamá Mumin. Coged lo que queráis llevar y daos prisa que papá quiere salir ya. Pero no llevéis nada innecesario. Tendremos que dejar una nota para el Desmán para que sepa dónde estamos.

¡Por la gracia de mi rabo!, exclamó el padre del Mumintroll llevándose la mano a la frente. ¡Se me había olvidado que teníamos que llevarle comida y muebles a la cueva!

¡¿A la cueva?!, gritaron a la vez el Mumintroll y el Snusmumrik.

Sí, resulta que se le rompió la cuerda de la hamaca, explicó el papá. Y entonces el Desmán dijo que ya no podía pensar y quería renunciar a todo. Le pusisteis cepillos en la cama y le gastasteis todo tipo de bromas. De manera que decidió mudarse a la cueva.

El Mumintroll y el Snusmumrik palidecieron y aterrorizados intercambiaron una mirada de complicidad. ¡El sombrero!, pensaron.

Bueno, no es tan problemático, dijo Mamá Mumin. Podemos hacer una excursión a la playa y de paso llevarle la comida al Desmán.

¡La playa es tan aburrida! ¡Ya la hemos visto mil veces!, refunfuñó Snif. ¿No podemos ir a otro sitio?

¡Chsss! ¡A callar, niños!, dijo el papá con energía. Mamá quiere nadar. ¡En marcha!

La madre del Mumintroll se dio prisa para preparar la cesta de la playa. Cogió mantas, cacerolas, corteza de abedul para hacer luego, la cafetera, comida para un año, crema para el sol, fósforos y todo con lo que se come y en lo que se come. También metió paraguas, ropa de abrigo, bicarbonato, una varilla para batir, edredones, mosquiteras, trajes de baño, un mantel y su bolso. Iba de un lado a

otro haciendo memoria para no olvidarse de nada. Al final dijo: ¡Ya está! ¡Va a ser maravilloso descansar al borde del mar!

El papá del Mumintroll se limitó a coger su pipa y su caña de pescar.

¿Por fin estáis listos?, preguntó. ¿Estáis seguros de que no os olvidáis nada? ¡Ahora nos vamos!

Salieron desfilando hacia la playa. Snif iba el último arrastrando seis barcos de juguete atados a una cuerda.

¿Crees que el Desmán se habrá metido en algún lío?, susurró el Mumintroll al Snusmumrik.

¡Espero que no, pero estoy algo inquieto!, le contestó el Snusmumrik susurrando también.

De repente, todos se pararon tan bruscamente que casi el Hemul se mete la caña de pescar en el ojo.

¿Quién grita?, exclamó alarmada Mamá Mumin.

Todo el bosque temblaba con los salvajes gritos. Algo o alguien se acercaba hacia ellos galopando por el sendero, aullando de terror o de rabia.

¡Escondeos!, gritó Papá Mumin. ¡Que viene una bestia!

Pero antes de que nadie pudiera moverse, delante de ellos apareció el Desmán con los ojos dilatados y los bigotes de punta.

Agitaba las manos y decía palabras inconexas que nadie lograba entender, pero se podía deducir que estaba enfadado o tenía miedo o estaba enfadado porque tenía miedo. Luego siguió a trompicones hacia Valle Mumin.

¿Qué le habrá pasado al Desmán?, preguntó impresionada Mamá Mumin. ¡Él que siempre es tan digno y sereno!

Cuesta creer que se haya puesto así por el sólo hecho de que se rompiera la cuerda de la hamaca, dijo Papá Mumin moviendo la cabeza.

Creo que estaba enfadado porque no le habíamos traído la comida, dijo Snif. Ahora nos la podemos comer nosotros.

Prosiguieron el camino a la playa algo preocupados. Pero el Mumintroll y el Snusmumrik se adelantaron tomando un atajo a la cueva.

Mejor no entrar por la puerta, dijo el Snusmumrik, por si acaso AQUELLO está todavía ahí dentro. Subamos a la roca y miremos por la grieta del tejado.

Subieron a la roca sin hacer ruido, arrastrándose como pieles rojas hasta la grieta. Con extremo cuidado se asomaron para ver qué había en la cueva.

Vieron el sombrero del Mago. Estaba vacío. La manta estaba tirada en un rincón, el libro en otro. La cueva estaba abandonada.

Pero por todas partes había huellas extrañas, como si alguien hubiera bailado o dado brincos en la arena.

¡Estas no son las huellas de las patas del Desmán!, dijo el Mumintroll.

Tengo dudas de si en realidad son patas y no otra cosa, dijo el Snusmumrik. Son rarísimas.

Bajaron la roca mirando con temor alrededor. Pero no vieron nada peligroso.

Nunca llegaron a saber qué fue lo que aterrorizó al Desmán, porque se negó a hablar de ello[3].

Mientras tanto los otros habían llegado a la playa y estaban hablando y gesticulando agrupados cerca de la orilla.

¡Han encontrado un barco!, gritó el Snusmumrik. ¡Corramos a ver!

Era cierto. ¡Un auténtico barco de vela, muy grande y construido en tingladillo, pintado en blanco y verde y con remos y un depósito de agua de mar para los peces!

¿De quién es?, jadeó el Mumintroll cuando llegó.

¡De nadie!, contestó Papá Mumin triunfante. El agua lo ha traído hasta la playa. Es un regalo del mar.

¡Habrá que bautizarlo!, gritó la señorita Snork. ¿No creéis que *Acostado* es un nombre muy dulce?

¿*Acostado*?, dijo su hermano con desprecio. ¡Acuéstate tú! Yo propongo *Águila de Mar*.

¡No! ¡Tiene que ser un nombre en latín!, gritó el Hemul. ¡*Muminates Marítima*!

¡Yo lo vi primero!, chilló Snif. ¡Me toca a mí ponerle nombre! ¿Qué os parece Snif? Es corto y bonito.

¡Eso es lo que tú crees!, dijo el Mumintroll.

¡Calma, niños!, dijo el papá. Calma, calma. Está claro que tiene que ser mamá la que escoja el nombre. ¡Después de todo es su excursión!

Mamá Mumin se sonrojó.

A ver si puedo, dijo tímidamente. El Snusmumrik tiene tanta imaginación. Seguro que acertará mejor.

Pues, no sé, dijo el Snusmumrik halagado. Pero la verdad es que yo desde el principio pensé que *El Lobo Sigiloso* sería un nombre con mucho estilo.

¡No!, gritó el Mumintroll. ¡Que mamá elija!

Muy bien, hijos míos, dijo Mamá Mumin. Pero no digáis después que soy tonta o pasada de moda. A mí me parece que habría que darle al barco un nombre que nos recuerde todas las experiencias que con él vamos a tener y por eso creo que *Aventura* podría ser un buen nombre.

¡Estupendo! ¡Maravilloso!, gritó el Mumintroll. ¡Vamos a bautizarlo! Mamá, ¿tienes algo que pueda hacer las veces de una botella de champán?

Mamá Mumin miró entre todos sus cestos a ver si encontraba la botella de refresco de bayas

rojas.

¡Qué pena!, exclamó. Creo que he dejado el refresco en casa.

¡Vaya! ¡Pero ya te pregunté si no habías olvidado algo!, dijo Papá Mumin.

Todos se pusieron muy tristes. ¡Ir de viaje en un barco que no ha sido bautizado en toda regla puede traer mala suerte!

De pronto se le ocurrió una idea genial al Mumintroll.

¡Dame las cacerolas!, dijo.

Las cogió, las llenó de agua del mar, y se fue a la cueva donde estaba el sombrero del Mago.

Cuando el Mumintroll volvió con el agua convertida en refresco, dejó a su papá que lo probara.

Papá Mumin bebió un sorbo y con un ademán divertido dijo:

¿Dónde demonios has encontrado esto?

¡Secreto!, dijo el Mumintroll.

Entonces llenaron un tarro de mermelada con el agua convertida y lo rompieron contra la proa mientras Mamá Mumin, orgullosa, declamó: ¡Yo te bautizo desde aquí y desde ahora (expresión mumin que se emplea en los bautizos) con el nombre de *Aventura*!

Todos gritaron hurra y enseguida empezaron a meter a bordo cestos, mantas, paraguas, cañas de pescar, edredones, cacerolas y trajes de baño. Cuando todo estuvo dentro, la familia Mumin y sus amigos se hicieron al bravo y verde mar.

Era un día espléndido, aunque no del todo claro, ya que una leve neblina velaba el sol. El *Aventura* desplegó su vela blanca y como una flecha se lanzó hacia el horizonte. Las olas lamían los flancos del barco, el viento cantaba, y troles y doncellas del mar bailaban alrededor de la proa.

Snif había atado sus seis barquitos uno detrás de otro, y ahora toda la flota navegaba en la estela del velero. El papá del Mumintroll llevaba el timón y su mamá echaba una siestecita sentada. Rara vez podía disfrutar de tanta tranquilidad. En lo alto volaban en círculos grandes pájaros blancos.

¿Adónde podríamos ir?, dijo el Snork.

¡A una isla!, pidió la señorita Snork. ¡Nunca he estado en una isla!

Cumpliremos tu deseo, dijo Papá Mumin. Echaremos el ancla en la primera isla que veamos.

El Mumintroll estaba sentado delante. Miraba hechizado la profundidad verde y observaba cómo la proa del *Aventura* la iba cortando en blancos bigotes.

¡A la orden, mi capitán!, gritó extasiado. ¡Vamos a una isla!

A lo lejos, rodeada de arrecifes y rompeolas, se encontraba la isla solitaria de los hatifnat. Una vez al año, los hatifnat se congregaban allí antes de emprender su interminable expedición alrededor del mundo. Llegaban de todos los puntos cardinales, silenciosos y serios con sus pequeños y vacíos rostros blancos. Es difícil saber por qué celebran esta reunión anual ya que ni oyen ni hablan y nunca fijan su mirada en nada salvo en su lejano destino.

Quizá lo que les gusta es el hecho de tener por lo menos un lugar donde sentirse como en casa, descansar un poco y encontrarse con conocidos. La reunión siempre es en junio y eso explica por qué la familia Mumin y los hatifnat llegaron más o menos al mismo tiempo a la isla solitaria. Emergía del mar, salvaje y tentadora, rodeada, como para ir a una fiesta, de una guirnalda de espuma blanca de las olas al romper contra los arrecifes y coronada por verdes árboles.

¡Tierra a la vista!, gritó el Mumintroll.

Todos se asomaron a la borda para mirar.

¡Hay una playa de arena!, gritó entusiasmada la señorita Snork.

Y un puerto natural perfecto, dijo Papá Mumin maniobrando con destreza entre los arrecifes. El *Aventura* se deslizó suavemente en la arena y el Mumintroll saltó a la playa con la amarra. Al rato la playa bullía de actividad. Mamá Mumin iba trayendo piedras para hacer un hogar donde calentar los panqueques. Luego empezó a recoger leña y a extender el mantel en la arena poniendo una piedrecilla en cada esquina para que no se lo llevara el viento. Puso los vasos y en la arena mojada a la sombra de una roca hizo un hoyo para el bote de la mantequilla, y finalmente adornó la mesa con un ramo de lirios de playa.

¿Te podemos ayudar con algo?, preguntó el Mumintroll cuando todo estaba listo.

Tenéis que explorar la isla, contestó la mamá, sabiendo muy bien qué era lo que deseaban hacer. Es importante saber dónde ha ido a parar uno. Puede que sea un lugar peligroso.

Tienes razón, dijo el Mumintroll y se marchó junto a los hermanos Snork y Snif a lo largo de la playa sur, mientras que el Snusmumrik, que prefería explorar en solitario, puso rumbo a la playa norte. El Hemul cogió su pala de botánico, su lupa, se colgó al cuello su bote de lata verde para coleccionar plantas, y fue directamente al bosque. Sospechaba que allí encontraría plantas raras que todavía nadie había descubierto.

El papá del Mumintroll se sentó en una piedra para pescar. Lentamente el sol se deslizaba hacia el atardecer. En la lejanía, una masa de nubes se hacía cada vez más espesa sobre el mar.

En el centro de la isla, en un claro del bosque, había una pradera verde rodeada de matorrales en flor. Éste era el lugar secreto donde los hatifnat se congregaban una vez al año por san Juan. Ya habían llegado unos trescientos de ellos y se esperaban alrededor de cuatrocientos más. Se movían silenciosamente por la hierba haciéndose reverencias ceremoniosas para saludarse. En medio de la pradera habían levantado un poste alto en el que habían colgado un enorme barómetro.

Cada vez que pasaban delante del barómetro hacían una gran reverencia, lo que no dejaba de parecer gracioso.

Mientras tanto el Hemul vagaba feliz por el bosque, extasiado ante tantas flores raras. No se parecían en nada a las flores de Valle Mumin, sus colores eran más fuertes y más oscuros y tenían formas extrañas.

Pero el Hemul no veía que eran bonitas, él estaba contando estambres y hojas y murmurando para sus adentros: ¡Ésta es la número doscientos diecinueve de mi colección!

Por fin llegó a la pradera de los hatifnat. Estaba husmeando la hierba tan ensimismado que no levantó la cabeza hasta darse con el poste de los hatifnat. Sorprendido, miró alrededor. En su vida había visto tantos hatifnat juntos. Pululaban por todas partes y todos le miraban con sus diminutos y pálidos ojos.

Me pregunto si están enfadados, pensó el Hemul preocupado. ¡Son pequeños, pero hay una multitud!

Entonces vio el enorme y brillante barómetro de caoba. Indicaba lluvia y viento.

¡Curioso!, dijo el Hemul parpadeando en el sol. Dio unos golpecitos en el barómetro, que bajó bastante. Al instante, los hatifnat dieron un paso hacia el Hemul produciendo un frufrú amenazador.

¡Por Dios!, dijo el Hemul asustado. ¡No voy a coger vuestro barómetro!

Pero los hatifnat no le escucharon. Formando filas, se le iban acercando paso a paso con su constante frufrú a la vez que agitaban las manos. Al Hemul se le atragantaba el corazón y oteaba el

horizonte en busca de salvación.

El enemigo formaba un muro que no hacía más que estrechar el cerco por momentos. Y de entre los árboles seguían saliendo más hatifnat, silenciosos y con sus inexpresivos rostros.

¡Fuera!, gritó el Hemul chistándoles. ¡Hala! ¡Fuera!

Pero, silenciosamente, los hatifnat se acercaron más. Entonces el Hemul recogió sus faldas y empezó a subir el poste. Estaba sucio y resbaladizo, pero el susto le dio fuerzas impropias de un Hemul y al final llegó a la cima y se sentó tembloroso abrazándose al barómetro.

Los hatifnat habían llegado al pie del poste. Allí se quedaron esperando. Toda la pradera estaba cubierta de hatifnat como si fuera un manto blanco y el Hemul se ponía enfermo pensando en lo que ocurriría si se caía.

¡Socorro!, gritó con una voz débil. ¡Socorro! ¡Socorro! Pero el bosque no contestaba.

Desesperado puso dos dedos en la boca y silbó: tres silbidos cortos, tres largos y tres cortos. SOS.

El Snusmumrik, que caminaba a lo largo de la playa norte, oyó la señal del Hemul pidiendo auxilio. Cuando tuvo localizada la dirección de donde procedía la señal se lanzó como una flecha a socorrerle. El silbido se oía cada vez más cerca. «Debe de estar aquí mismo», pensó el Snusmumrik avanzando con cautela. El bosque se iba clareando y de repente vio la pradera, los hatifnat y el Hemul aferrado al poste.

¡Mal asunto!, murmuró el Snusmumrik. Luego gritó: ¡Hola! ¡Aquí estoy! ¿Qué has hecho para enfadar tanto a los simpáticos hatifnat?

Sólo he dado un par de golpecitos a su barómetro, gimió el Hemul. ¡Por cierto, bajó un poco! ¡Querido Mumrik, haz algo para quitarme de encima estos repugnantes bichos!

Déjame pensar un momento, dijo el Snusmumrik.

(Los hatifnat no oían nada de esta conversación, claro, ya que no tienen orejas).

Al rato gritó el Hemul:

¡Piensa rápido, Mumrik, que me resbalo!

¡Escúchame!, dijo el Snusmumrik. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando los topos invadieron el jardín? Entonces Papá Mumin clavó un montón de estacas en la tierra y les puso unos molinillos. Cuando giraban las aspas la tierra temblaba de tal forma que los topos se pusieron nerviosos y se fueron.

Tus historias siempre son muy interesantes, dijo el Hemul amargamente. ¡Pero no veo qué tienen que ver con mi triste situación!

¡Bastante!, dijo el Snusmumrik. Pero ¿no entiendes? Los hatifnat no pueden ni oír ni hablar y ven muy mal, pero su tacto es extraordinario. ¡Intenta sacudir el poste de un lado para otro, pero con movimientos pequeños! Seguramente los hatifnat notarán que el suelo vibra y se asustarán. Les hará temblar las tripas, ¿sabes?

El Hemul intentó balancear el poste.

¡Me voy a caer!, se lamentó.

¡Más rápido! ¡Más rápido!, gritó el Snusmumrik. ¡Movimientos cortos y rápidos!

El Hemul se balanceó hacia todos los lados, y pasado un rato los hatifnat empezaron a notar unas vibraciones desagradables en las plantas de los pies. Se movieron alborotados y se intensificó el

frufrú. Y repentinamente huyeron a toda prisa igual que habían hecho los topos.

En un abrir y cerrar de ojos la pradera se había quedado vacía.

El Snusmumrik sintió cómo los hatifnat rozaban sus piernas cuando pasaban corriendo hacia el bosque quemándole como si fueran ortigas.

El Hemul estaba tan aliviado que le fallaron las fuerzas y cayó en la hierba.

¡Oh, mi corazón!, gimió. ¡Otra vez se me ha atragantado! ¡Desde que formo parte de la familia Mumin no hay más que penas y fatigas!

¡Tranquilo, cálmate!, dijo el Snusmumrik. Después de todo, te has defendido muy bien.

¡Repugnantes bichos!, refunfuñó el Hemul. ¡Se van a acordar de mí! ¡Les castigaré llevándome su barómetro!

¡No, deja! ¡No lo hagas!, le aconsejó el Snusmumrik.

Pero el Hemul no le hizo caso y descolgó el enorme y reluciente barómetro y con aire triunfante se lo llevó bajo el brazo.

Vamos a volver, dijo. Tengo muchísima hambre.

Cuando llegaron, los demás estaban comiendo un lucio que Papá Mumin había pescado.

¡Hola!, gritó el Mumintroll. ¡Hemos dado la vuelta a la isla y al otro lado hay unos acantilados tremendos que bajan directamente al mar!

Y hemos visto un montón de hatifnat, dijo Snif. ¡Por lo menos cien!

¡Ni los nombres!, dijo con vehemencia el Hemul. No puedo soportar hablar del tema ahora mismo. ¡Pero os voy a mostrar mi trofeo de guerra!

Y orgulloso el Hemul puso su barómetro en medio del mantel.

Oh, ¡qué preciosidad, y cómo brilla!, exclamó la señorita Snork. ¿Es un reloj?

No, es un barómetro, dijo Papá Mumin. Indica si va a hacer buen tiempo o si va a haber tormenta. ¡A veces incluso acierta!

Dio dos golpecitos con los nudillos en el barómetro y puso cara de preocupación.

¡Habrá tormenta!, dijo.

¿Una tormenta grande?, preguntó Snif inquieto.

Míralo tú mismo, dijo Papá Mumin. El barómetro marca 00 y es lo más bajo que puede marcar un barómetro. A no ser que nos esté gastando una broma.

Realmente parecía que no estaba gastando ninguna broma. Las nubes habían crecido y adquirido un color entre amarillo y gris y el mar era extrañamente negro.

Tenemos que volver a casa, dijo el Snork.

¡Todavía no!, suplicó la señorita Snork. ¡Aún no hemos podido explorar los acantilados al otro lado de la isla! ¡Y no nos hemos bañado!

Creo que podemos esperar un momento a ver lo que pasa, dijo el Mumintroll. ¡Sería una lástima volver nada más haber descubierto la isla!

Pero si hay tormenta no podremos navegar, razonó el Snork.

¡Mejor!, exclamó Snif. ¡Así nos quedaremos aquí para siempre!

Silencio niños, necesito pensar, dijo el papá del Mumintroll. Bajó a la orilla y olisqueó el aire, movió la cabeza en todas las direcciones y frunció el ceño.

Algo retumbaba en la lejanía.

¡Truenos!, dijo Snif. ¡Oh, qué espanto!

Sobre el horizonte se estaba levantando un amenazador muro de nubes. Era azul oscuro y empujaba algunas nubecillas más claras. De vez en cuando se veía un pequeño resplandor sobre el mar.

¡Nos quedamos!, zanjó el papá.

¿Toda la noche?, chilló Snif.

Creo que sí, dijo Papá Mumin. ¡Daos prisa, hay que levantar sin pérdida de tiempo una cabaña, porque la lluvia estará aquí enseguida!

Subieron arrastrando el *Aventura* todo lo que pudieron por la arena, y en la entrada del bosque hicieron con toda rapidez una tienda con la vela y las mantas. Mamá Mumin selló con musgo las juntas y el Snork cavó un foso alrededor para desviar el agua de la lluvia y que no entrara en la tienda. Todo el mundo se afanaba para poner sus cosas bajo techo. Un vientecillo pasó a través del bosque haciendo susurrar inquietos a los árboles. Los truenos se iban acercando.

Voy allí, a la punta, a ver qué tiempo hace, dijo el Snusmumrik calándose el sombrero hasta las orejas, y se puso en marcha. Feliz y solitario caminó hasta la punta más extrema de la isla. Se detuvo y contempló el mar con la espalda apoyada contra una roca.

El mar había cambiado de cara. Ahora estaba entre negro y verde, las crestas de las olas estaban cubiertas de espuma y las rocas brillaban amarillas como el fósforo. Con un rumor solemne, la tempestad progresaba desde el sur. Tendía su vela negra sobre el mar cubriendo la mitad del cielo y los relámpagos relucían como un mal presagio.

¡Se dirige directamente a la isla!, pensó el Snusmumrik, estremeciéndose con una mezcla de alegría y emoción. ¡Estaba solo frente a la tempestad que avanzaba sobre el mar! De repente vio contra el borde blanco del nubarrón un pequeño jinete negro sobre un caballo negro. La capa del jinete se extendía como un ala, iba cabalgando cada vez más alto… y, luego desapareció en un fuego cruzado de rayos. La visión apenas había durado un instante.

El sol había desaparecido y una cortina gris de lluvia caía sobre el mar.

¡He visto al Mago!, pensó el Snusmumrik. ¡Seguro que era el Mago y su pantera negra! Así que realmente existen, no es sólo algo que nos cuentan en las sagas…

El Snusmumrik se giró y se puso a correr saltando por encima de las piedras de la playa. Llegó a la tienda justo a tiempo. Gruesas gotas caían ya sobre la vela que batía al azote del viento. El mundo entero estaba envuelto en la oscuridad aunque todavía faltaban varias horas para el atardecer. A Snif le daban miedo los truenos y se había escondido enrollándose del todo en la manta. Los otros estaban sentados acurrucados el uno al lado del otro. La tienda olía fuerte a las flores del Hemul. Ahora un horroroso estruendo se oía sobre sus cabezas y una y otra vez su escondite se inundaba de la luz blanca de los rayos. Atronando, la tormenta arrastraba sus vagones de hierro por el cielo y el mar lanzaba furioso sus olas más grandes contra la isla solitaria.

Gracias a dios que no estamos en el mar, dijo Mamá Mumin. ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué tiempo hace!

La señorita Snork temblaba y cogió la mano del Mumintroll, lo que le hacía sentirse muy protector y caballeroso.

Snif estaba chillando debajo de la manta.

¡Ahora está justo encima!, dijo Papá Mumin.

En ese mismo momento un gigantesco rayo rasgó la noche seguido por un estruendo espantoso.

¡Ha caído muy cerca de aquí!, dijo el Snork.

Era de veras excesivamente terrorífico. El Hemul estaba sentado con la cabeza entre las manos.

¡Penas y fatigas! ¡Siempre penas y fatigas!, murmuró.

La tempestad se alejaba hacia el sur. Los truenos se oían cada vez más lejos, los rayos perdían fuerza, y al final sólo quedaba el murmullo de la lluvia y el batir del mar contra la playa.

No les voy a contar lo del Mago ahora, pensó el Snusmumrik. Están bastante asustados.

Sal Snif, dijo. Ya pasó.

Snif se desenrolló de las mantas. Parpadeó. Estaba un poco avergonzado por haber chillado tanto y bostezaba y se rascaba detrás de la oreja.

¿Qué hora es?, preguntó.

Casi las ocho, dijo el Snork.

Entonces creo que nos vamos a acostar, dijo Mamá Mumintroll. Ha sido un día lleno de

emociones.

¿Pero no sería interesante investigar dónde ha caído el rayo?, dijo el Mumintroll.

¡Mañana!, dijo su mamá. Mañana investigaremos todo y nos iremos a bañar. Ahora mismo la isla está mojada, gris y desagradable.

Después tapó con las mantas a los niños y se durmió con su bolso debajo de la almohada.

Fuera la tormenta iba en aumento. Sonidos extraños iban mezclándose con el estruendo de las olas. Voces, pies corriendo, risas y el repiqueteo de grandes campanas en el mar. El Snusmumrik, quieto, escuchaba y soñaba y recordaba sus viajes alrededor del mundo.

Pronto tendré que partir otra vez, pensó. Pero todavía no.

CUARTO CAPÍTULO

En el que la señorita Snork pierde el pelo debido a un ataque nocturno de los hatifnat y en el que se cuenta el descubrimiento más extraordinario que se hizo en la isla solitaria

En medio de la noche la señorita Snork se despertó con una extraña sensación. Algo había rozado su cara. No se atrevía a mirar, pero olfateaba inquieta a su alrededor. ¡Olía a quemado! Se tapó la cabeza con la manta y gritó a media voz: ¡Mumintroll! ¡Mumintroll!

El Mumintroll se despertó enseguida.

¿Qué pasa?, preguntó.

¡Algo peligroso ha entrado!, dijo la señorita Snork desde debajo de la manta. ¡Siento que hay algo peligroso aquí dentro!

El Mumintroll intentaba ver en la oscuridad. ¡Había algo! Siluetas con una luz pálida se paseaban entre todos los que estaban allí durmiendo. El Mumintroll sacudió al Snusmumrik para despertarle.

¡Mira!, susurró aterrorizado. ¡Fantasmas!

No, dijo el Snusmumrik. Son los hatifnat. La tormenta los ha electrizado, por eso brillan. ¡No te muevas, te puedes electrocutar!

Los hatifnat parecían estar buscando algo. Hurgaban en todos los cestos y el olor a quemado se hacía más intenso. De repente todos se juntaron en el rincón donde dormía el Hemul.

¿Crees que le harán algo?, preguntó el Mumintroll sobresaltado.

Estarán buscando el barómetro, dijo el Snusmumrik. Le dije que no se lo llevara. ¡Ahora lo han encontrado!

Juntando fuerzas los hatifnat lograron sacar el barómetro. Subieron sobre el Hemul para sujetarlo mejor, y ahora el olor a quemado era insoportable.

Snif se despertó y empezó a lloriquear.

Entonces un grito llenó la tienda. Un hatifnat había pisado la nariz del Hemul.

De pronto todo el mundo estaba despierto y levantado. Un caos indescriptible se apoderó de la

tienda. Preguntas inquietas se mezclaban con lamentos cuando alguien pisaba un hatifnat y se quemaba o recibía una descarga eléctrica. El Hemul se movía perturbado de un lado a otro gritando de miedo, y antes de darse cuenta se enredó en la vela y toda la tienda se derrumbó sobre ellos. Fue absolutamente espantoso.

Más adelante Snif mantuvo que habían tardado por lo menos una hora en lograr salir de la tienda (puede que exagerara un poco).

Pero cuando al fin pudieron desenredarse de ella, los hatifnat habían desaparecido con el barómetro y a nadie le apetecía perseguirlos.

El Hemul, con lamentos desgarradores, hundió su nariz en la arena mojada.

¡Esto ya es demasiado!, gritó. ¿Por qué un pobre e inocente botánico no podrá vivir una vida en paz y tranquilidad?

¡La vida no es tranquila!, dijo el Snusmumrik satisfecho.

Ha dejado de llover, dijo Papá Mumin. ¡Mirad, niños, el cielo está despejado! Pronto amanecerá.

La madre del Mumintroll estaba destemplada y se aferraba a su bolso mirando a través de la noche el mar revuelto.

¿Hacemos otra cabaña e intentamos dormir un poco más?, preguntó.

No merece la pena, dijo el Mumintroll. Podemos envolvernos en las mantas y esperar a que salga el sol.

Se sentaron en fila en la playa, muy juntitos. Snif quería estar en medio ya que pensaba que era más seguro.

No os podéis imaginar lo desagradable que fue cuando algo me rozó la cara en la oscuridad, dijo la señorita Snork. ¡Fue peor que la tormenta!

Estaban contemplando cómo la noche se aclaraba sobre el mar. La tormenta se había calmado algo, pero las olas continuaban rompiendo con fuerza en la playa. El cielo empezaba a palidecer en el este y hacía mucho frío. Y entonces, con la primera luz del amanecer, vieron a los hatifnat partir de la isla. Barco tras barco, se deslizaban como sombras detrás de la punta rumbo al mar abierto.

¡Maravilloso!, exclamó el Hemul. ¡Con suerte nunca volveré a ver un hatifnat en mi vida!

Seguramente buscarán otra isla, dijo el Snusmumrik. ¡Una isla secreta que nadie podrá encontrar! Sus ojos seguían con añoranza las ligeras embarcaciones de los pequeños trotamundos.

La señorita Snork dormía con la cabeza sobre las rodillas del Mumintroll. Al este, en el horizonte, se veía el primer rayo de luz. Unas nubecillas que la tormenta había olvidado se sonrosaron como flores y poco después el sol levantó su brillante cabeza del mar.

El Mumintroll se inclinó para despertar a la señorita Snork y entonces descubrió algo terrible. ¡Su precioso flequillo se había quemado! Debió de ocurrir cuando los hatifnat la rozaron. ¿Cómo reaccionaría? ¿Qué podría hacer él para tranquilizarla y consolarla? ¡Era una catástrofe!

La señorita Snork abrió los ojos y sonrió.

¿Sabes?, dijo el Mumintroll apresuradamente. Es curioso, pero cada vez me gustan más las chicas sin pelo que las que lo tienen.

¿Y eso?, preguntó sorprendida la señorita Snork. ¿Por qué?

El pelo da un aspecto muy descuidado, dijo el Mumintroll.

La señorita Snork levantó instintivamente las manos para peinarse pero, ¡ay, lo único que encontró fue un pequeño mechón chamuscado! Lo miró horrorizada.

Te has quedado calva, dijo Snif.

Te va muy bien, dijo el Mumintroll para consolarla. ¡Oh, no! ¡No llores!

Pero la señorita Snork se arrojó de bruces sobre la arena y lloraba desconsoladamente la pérdida de su principal encanto.

Todos se congregaron alrededor de ella intentando en vano que recuperara su felicidad.

Mira, yo nací calvo y me encuentro estupendamente, dijo el hemul.

Te frotaremos con aceite y probablemente volverá a crecer, dijo el padre del Mumintroll.

¡Y será ondulado!, dijo Mamá Mumin.

¿De veras?, hipaba la señorita Snork.

¡De veras!, le aseguró la mamá. ¡Figúrate lo guapa que vas a estar con el pelo ondulado!

La señorita Snork dejó de llorar y se sentó.

Mira el sol, dijo el Snusmumrik.

El sol se levantaba del mar pulcro y recién bañado. Toda la isla brillaba y relucía después de la lluvia.

Ahora voy a tocar una canción de la mañana, dijo el Snusmumrik sacando su armónica. Y con mucha fuerza todos cantaron:

La noche se ha ido
el sol ha salido.
Los hatifnat
han desaparecido.
No estés triste,

todo ha pasado,
la señorita Snork
tendrá el pelo rizado.

¡Y ahora a nadar!, dijo el Mumintroll.

Todos se pusieron el bañador y fueron corriendo a lanzarse a las olas, menos el Hemul, Papá Mumin y la madre del Mumintroll que pensaba que el agua aún estaría demasiado fría.

Las olas blancas y verde esmeralda rodaban sobre la playa.

¡Oh, qué felicidad ser un Mumintroll recién despierto bailando en las olas verdes cristalinas mientras se levanta el sol!

Todos ya se habían olvidado de la noche, y un nuevo y largo día de junio los esperaba. Atravesaban las olas como delfines dejándose llevar sobre sus crestas hacia la playa donde Snif jugaba en los charcos. El Snusmumrik flotaba panza arriba a cierta distancia de la costa mirando un cielo azul y transparente.

Mientras tanto, Mamá Mumin hacía café y buscaba el tarro de mantequilla que había resguardado del sol en la arena, cerca de la orilla. No tuvo suerte: la tormenta se lo había llevado.

¿Qué les pondré sobre el pan?, se lamentó.

Verás, la tormenta nos habrá dejado algo a cambio, dijo Papá Mumin. Después de desayunar haremos una expedición a lo largo de la costa para ver lo que el mar ha traído.

Y así lo hicieron.

Al otro lado de la isla se alzaba una antiquísima formación rocosa cuyas pulidas espaldas caían al mar. Entre ellas se podían encontrar plataformas de arena sembrada de conchas (las secretas pistas de baile de las doncellas de mar) y negros precipicios con el mar rugiendo al fondo como si golpeara contra una puerta de hierro. A veces se abría una pequeña gruta entre las rocas, otras veces el agua se arremolinaba formando torbellinos espumosos en los huecos excavados en las rocas.

Cada uno cogía un camino distinto para ver lo que la tempestad había traído para ellos.

Esto era lo más emocionante de todo porque se podían encontrar las cosas más insólitas y a menudo resultaba bastante difícil o peligroso sacarlas del mar.

La mamá del Mumintroll bajó a una pequeña cala al abrigo de una imponente roca. En la arena crecían matas de claveles de mar y espigas secas que susurraban y silbaban cuando el viento entraba en sus tallos huecos. Mamá Mumin se tumbó para resguardarse del viento. Desde allí sólo veía el cielo y los claveles de mar que se balanceaban encima de su cabeza. Me echaré una pequeña siesta, pensó. Pero pronto la mamá estaba profundamente dormida en la arena caliente.

El Snork subió a la cima más alta de la isla y miró alrededor. Podía ver toda la isla de punta a punta. Parecía un ramillete flotando en el mar revuelto. Vio a Snif, que parecía un puntito, buscar tesoros de mar. Vio el sombrero del Snusmumrik. Vio al Hemul que estaba arrancando una orquídea rara. Y allí… ¡Allí era exactamente donde había caído el rayo! El rayo había partido en dos, como si fuese una manzana, una enorme roca, más grande que diez casas mumin. Cada mitad había caído hacia un lado, creando un corredor vertical entre ellas.

Estremecido, el Snork entró en el pasillo y alzó sus ojos para mirar las paredes oscuras de la roca. ¡Por ahí había pasado el rayo! Negra como el carbón se veía su trayectoria en el interior expuesto de la piedra. Pero al lado de esta línea había otra, clara y brillante. ¡Era oro! ¡No podía ser otra cosa que oro!

El Snork hurgó un poco con su navaja en la veta. Un trocito de oro se desprendió y cayó en su mano. Sacó otro trocito, y luego otro más. Poco a poco se iba acalorando y los trocitos de oro eran cada vez más grandes. Pronto se había olvidado de todo y sólo pensaba en la brillante veta de oro que el rayo había dejado al descubierto. Ya había dejado de ser buscador de tesoros de mar para

convertirse en buscador de oro.

Mientras tanto, Snif había encontrado un tesoro bastante modesto, pero la sencillez de su descubrimiento no afectaba a su felicidad. Era un flotador de corcho. Estaba algo podrido por el agua de mar, lo que le parecía perfecto. ¡Ahora puedo ir donde no hago pie!, pensó Snif. Aprenderé a nadar igual de bien que los otros. ¡Se va a sorprender el Mumintroll!

Un poco más lejos, entre cortezas de abedul, flotadores de red y algas marinas, encontró una esterilla de rafia, un cazo casi entero y una vieja bota sin tacón. ¡Tesoros maravillosos cuando los has podido rescatar del mar!

Vio al Mumintroll a lo lejos. El agua le llegaba hasta la cintura y estaba esforzándose en acercar algo. ¡Algo muy grande! ¡Qué lástima que no lo vi primero!, pensó Snif. ¿Qué diablos puede ser?

Ahora el Mumintroll había logrado arrastrar hasta la playa su hallazgo y lo estaba haciendo rodar sobre la arena. Snif estiró su cuello y entonces vio lo que era. ¡Una boya! ¡Una boya estupenda!

¡Toma ya!, gritó el Mumintroll. ¿Qué te parece?

No está mal, dijo Snif sin dejarse impresionar. ¿Y qué dices de esto?

Colocó sus hallazgos en la playa.

El flotador está muy bien, dijo el Mumintroll. Pero ¿qué vas a hacer con medio cazo?

Pues, si no puedo sacar toda el agua con él, por lo menos la mitad. ¡Escucha! ¿Qué te parece un trueque: la esterilla, el cazo y la bota por esa vieja boya?

¡Eso nunca!, dijo el Mumintroll. Pero tal vez aceptaría cambiar el flotador por este misterioso talismán que ha venido flotando hasta aquí desde un país lejano.

Sacó una extraña cosa redonda de cristal hueco y la sacudió. Una nube de copos de nieve se levantó revoloteando dentro de la bola de cristal. Luego se posaron sobre una casita con una ventana de papel de aluminio.

¡Oh!, exclamó Snif. Y una batalla feroz tuvo lugar en su corazón que adoraba en grado extremo atesorar objetos.

¡Mira!, dijo el Mumintroll, y volvió a agitar la bola de cristal.

¡No lo sé!, dijo Snif desesperado. ¡Realmente no sé qué es lo que más me gusta: si el flotador o el talismán invernal! ¡Mi corazón se está rompiendo!

Probablemente es el único talismán de nieve que existe en el mundo en este momento, dijo el Mumintroll.

¡Pero no *puedo* deshacerme del flotador!, se lamentó Snif. Querido Mumintroll, ¿no podríamos compartir el temporalcito de nieve…?

Humm, dijo el Mumintroll.

¿No me lo podrías dejar de vez en cuando?, le suplicó Snif. ¿Los domingos por ejemplo?

El Mumintroll se lo pensó un momento. Luego dijo:

Bien. Te lo dejaré los domingos y los miércoles.

Lejos de allí paseaba el Snusmumrik. Caminaba muy cerca de las embravecidas olas. Cada vez que una ola intentaba alcanzar sus botas, daba un salto esquivándola y se reía. ¡Las olas estaban pasando un mal rato!

No lejos de la punta, el Snusmumrik se encontró con el papá del Mumintroll que estaba recogiendo tablas y trozos de madera.

¿No está mal, eh?, dijo jadeando Papá Mumin. Con esto construiré un embarcadero para el *Aventura*.

¿Quieres que te ayude a sacarlas del agua?, preguntó el Snusmumrik.

¡De ninguna manera!, dijo sorprendido Papá Mumin. Lo puedo hacer yo solo. ¡Ve a ver si sacas algo del mar para ti!

Había muchísimas cosas que se podían sacar del mar pero nada que le gustara al Snusmumrik. Pequeños barriles, media silla, una cesta sin fondo y una tabla de planchar. Trastos pesados y molestos.

Se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar mientras esquivaba las olas que trataban de alcanzarle y, cuando se retiraban, corría detrás de ellas. Y así proseguía hasta el final de la larga playa solitaria.

En el cabo, la señorita Snork saltaba entre las rocas. Había escondido su flequillo chamuscado con una corona de lirios de mar y estaba buscando algo que dejaría a los demás atónitos y llenos de envidia. Y cuando ya lo hubieran admirado, se lo regalaría al Mumintroll (siempre que no fuera una joya, claro). Era complicado trepar entre las rocas y la corona estaba constantemente a punto de irse volando. Por suerte, el viento ya había amainado algo y el mar había cambiado de verde furioso a tranquilo azul y las olas llevaban sus coronas de espuma más como un adorno que como un penacho de guerra.

La señorita Snork descendió a una estrecha playa de guijarros, pero allí sólo había algas, carrizo y trozos de tabla. Desanimada, seguía camino del cabo. Qué pena que los otros siempre logran tanto y yo nada, pensaba la señorita Snork. Saltan sobre los témpanos que flotan en el mar, represan arroyos y capturan hormigas-león. Me gustaría hacer algo excepcional, yo sólita, para impresionar al Mumintroll.

Suspiró contemplando la playa desierta. De repente se detuvo y su corazón empezó a latir con fuerza. En la punta del cabo… ¡oh, no, era demasiado espantoso! ¡Alguien estaba flotando entre las rocas con la cabeza debajo del agua! ¡Y ese alguien era tremendamente grande, diez veces una pequeña señorita Snork!

Voy corriendo a buscar a los demás, pensó. Pero no lo hizo.

¡Esta vez no vas a tener miedo!, se dijo. ¡Debes mirar quién es!

Y temblando se acercó a lo terrorífico. Era una gran dama…

Una gran dama sin piernas… ¡Qué horror! Estremecida, la señorita Snork dio un par de pasos y se detuvo sorprendida. ¡La gran dama estaba hecha de madera! Y era increíblemente bella. Su sereno y sonriente rostro con sus rosadas mejillas, labios rojos y redondos ojos azules muy abiertos, resplandecía a través del agua transparente. El pelo, que le caía sobre los hombros en largos mechones pintados, también era azul.

¡Es una reina!, dijo la señorita Snork con veneración. Las manos de la preciosa dama estaban cruzadas sobre su pecho donde brillaban flores y cadenas de oro, y su vestido caía desde su fina cintura en suaves pliegues rojos. ¡Y todo era de madera pintada! ¡Lo realmente extraño era que no tenía espalda!

Casi es un regalo demasiado bonito para el Mumintroll, pensó. Pero se lo daré de todas maneras.

La señorita Snork, muy orgullosa, entró remando hacia el atardecer en la ensenada sentada sobre la barriga de la reina de madera.

¿Has encontrado tú un barco?, preguntó el Snork.

Es sorprendente que hayas podido traerlo hasta aquí tú sólita, dijo admirado el Mumintroll.

¡Es un mascarón de proa!, dijo Papá Mumin, que había sido marinero en su juventud. A los marineros les gusta adornar la proa de su barco con una bella reina de madera.

¿Por qué?, preguntó Snif.

Para que se luzcan, dijo el papá.

¿Pero por qué no tiene espalda?, se preguntó el Hemul

Porque es por donde está sujeta a la proa, obviamente, dijo el Snork. ¡Esto lo entiende hasta un ratoncito recién nacido!

Es demasiado grande para colocarla en el *Aventura*. ¡Qué lástima!

¡Oh, la pobre bella dama!, suspiró la mamá del Mumintroll. ¡Es tan bella y no le sirve de nada!

¿Qué piensas hacer con ella?, preguntó Snif.

La señorita Snork bajó tímida la mirada y sonrió. Luego dijo: Se la voy a dar al Mumintroll.

El Mumintroll se quedó mudo. Rojo como un tomate se acercó a ella y le hizo una reverencia. La señorita Snork se inclinó turbada. Era como si estuvieran en un baile.

¡Hermana!, dijo el Snork. ¡Todavía no has visto lo que yo he encontrado!

Señaló orgulloso hacia un montón de oro que brillaba en la arena.

Los ojos de la señorita Snork se salieron de sus órbitas.

¡Oro auténtico!, exclamó embelesada.

¡Hay mucho, mucho más!, se vanaglorió el Snork. ¡Una montaña de oro!

¡Y yo puedo quedarme con todo el oro que se caiga solo!, dijo Snif.

¡Qué felices eran admirando allí, en la playa, lo que los unos y los otros habían encontrado! De repente la familia Mumin era rica. Pero lo más valioso seguía siendo el mascarón de proa y la tempestad de nieve en la bola de cristal.

El velero, muy cargado, zarpó por fin de la isla solitaria siguiendo la estela de la tormenta. Arrastraba una balsa de troncos y tablas e iba cargado con oro, un talismán de invierno, una boya grande, una bota, medio cazo, un flotador y una esterilla de rafia. En la proa descansaba tumbada la reina de madera mirando al mar. A su lado estaba sentado el Mumintroll con su mano encima de su precioso pelo azul. ¡Se sentía tan feliz!

De vez en cuando, la señorita Snork les miraba.

¡Ojalá fuese tan bella como la reina de madera!, pensó. Ahora ni siquiera tengo mi flequillo…

Ya no estaba tan alegre, incluso se sentía un poco triste.

¿Te gusta la reina de madera?, preguntó.

¡Muchísimo!, contestó el Mumintroll sin alzar la mirada.

¡Pero dijiste que no te gustaban las chicas con pelo!, dijo la señorita Snork. Y, por cierto ¡no es más que una madera pintada!

¡Pero tan bien pintada!, dijo el Mumintroll.

La señorita Snork estaba apesadumbrada. Observaba el mar con la mirada perdida y tenía un nudo en la garganta. Poco a poco se estaba volviendo de color gris.

¡Esa reina de madera tiene cara de tonta!, dijo disgustada.

Entonces el Mumintroll levantó la cabeza.

¿Por qué estás gris?, preguntó sorprendido.

¡Por nada en particular!, dijo la señorita Snork.

El Mumintroll bajó de la proa y se sentó a su lado.

¿Sabes?, dijo después de un rato. Tienes razón. ¡La reina de madera realmente tiene cara de muy tonta!

¿A que sí?, dijo la señorita Snork recuperando su color rosado.

Poco a poco el sol bajaba hacia el atardecer y las largas y lisas olas se iban tiñendo de amarillo y oro. Todo se volvía amarillo y oro: la vela, el barco y los que estaban sentados en él.

¿Te acuerdas de la mariposa dorada que vimos?, preguntó el Mumintroll.

La señorita Snork asintió con la cabeza, cansada y feliz.

A lo lejos, la isla solitaria se encendía con los últimos rayos del sol.

¿Y qué pensáis hacer con el oro del Snork?, dijo el Snusmumrik.

Podríamos utilizarlo para decorar los bordes de los arriates, dijo la mamá del Mumintroll. Sólo los trozos más grandes, claro, los más pequeños darían un aspecto un poco pobre.

Después todos se quedaron sentados en silencio, contemplando cómo el sol se hundía en el mar y cómo el azul del cielo se tornaba violeta mientras el *Aventura* se mecía despacito hacia casa.

QUINTO CAPÍTULO

En el que se habla del Rubí Rey, del palangre del Snork y la muerte del Mameluco y de cómo la Casa Mumin se convirtió en una selva

Era finales de julio y hacía mucho calor en Valle Mumin. Tanto calor que nadie tenía ganas de hacer nada, hasta las moscas habían perdido la energía para zumbar. Los árboles tenían un aspecto cansado y polvoriento, el río se había agotado y no era más que un hilo fino de agua marrón que atravesaba las praderas marchitas. Su agua ya no servía para hacer refresco de bayas rojas en el sombrero del Mago (que había sido perdonado y había encontrado su sitio sobre la cómoda, debajo del espejo).

Día tras día un sol de justicia caía directamente encima del valle que intentaba en vano esconderse entre las colinas. Todos los bichitos buscaban el frescor en los corredores de sus cuevas y los pájaros no decían ni pío. Pero a los amigos del Mumintroll el calor les alteraba el humor y pasaban el día peleándose entre ellos.

Mamá, dijo el Mumintroll, ¿qué podemos hacer? ¡Piensa en algo, no hacemos más que pelearnos y hace tanto calor!

Sí, hijo mío, ya lo he notado, dijo Mamá Mumin. No me importaría perderos de vista un par de días. ¿Por qué no vais a acampar en la cueva? Hace más fresco allí y si queréis podéis pasar todo el día calmándoos en el mar.

¿Y nos dejarás dormir en la cueva también?, preguntó el Mumintroll excitadísimo.

¡Claro que sí! ¡Y no os quiero volver a ver hasta que hayáis cambiado de cara! ¡Quiero ver niños felices!

Era muy emocionante ir a la cueva para vivir en ella de verdad. En el centro del suelo de arena pusieron la lámpara de petróleo y cada cual cavó un hoyo con la forma de su cuerpo en posición de dormir y preparó su cama allí. Luego dividieron las provisiones en seis montones de igual tamaño. Había pudín de pasas, puré de calabaza, plátanos, figuritas de mazapán en forma de cerdito, mazorcas de maíz y también un panqueque para el desayuno del día siguiente.

Hacia el atardecer se levantó una leve brisa, que iba volando sola a lo largo de la playa. El sol se fundía en rojo sobre el horizonte llenando la cueva con su cálida luz. El Snusmumrik tocaba canciones por la noche y la señorita Snork yacía con su cabeza de pelo rizado apoyada en las rodillas del Mumintroll.

Todos se sentían a gusto después de comer el pudín de pasas y miraban con un dulce estremecimiento cómo el crepúsculo se iba acercando lentamente.

¡Fui yo quien encontró la cueva!, dijo Snif.

Y a nadie le apetecía decir que eso ya lo habían oído más de cien veces.

¿Queréis oír algo espantoso?, preguntó el Snusmumrik encendiendo la lámpara.

¿Cómo de espantoso?, quiso saber el Hemul.

Más o menos como de aquí hasta la puerta o un poco más, si sabes lo que te quiero decir, contestó el Snusmumrik.

No, al contrario, dijo el Hemul. Ve contando y ya te diré cuándo me asusto.

Muy bien, dijo el Snusmumrik. Os contaré una historia que me contó una urraca cuando yo era pequeño:

Al final del mundo hay una montaña muy, muy alta. Es negra como el carbón y suave como la seda. Cae abrupta hacia un abismo sin fondo y las nubes se agarran a ella. En lo más alto de la cima está la casa del Mago. Es más o menos así.

Y el Snusmumrik dibujó una casa en la arena.

¿No tiene ventanas?, preguntó Snif.

No, dijo el Snusmumrik. Y tampoco puertas, ya que el Mago siempre vuelve volando por el aire montado en una pantera negra. Por las noches sale a recoger rubíes que pone en su capa.

¡Qué dices!, gritó Snif aguzando el oído. ¡Rubíes! ¿Y dónde los encuentra?

El Mago se puede transformar en cualquier cosa y así penetrar en la tierra o caminar sobre el fondo del mar donde se encuentran los tesoros escondidos.

¿Qué hace con tantas joyas?, preguntó Snif lleno de envidia.

Nada. Sólo las colecciona, dijo el Snusmumrik. Igual que el Hemul, que colecciona plantas.

¿Has dicho algo?, exclamó desde su hoyo el Hemul que se había despertado.

Estaba contando que el Mago tiene toda la casa llena de rubíes, dijo el Snusmumrik. Hay montones en todas las habitaciones y están incrustados en las paredes como si fueran los ojos de una bestia. La casa del Mago no tiene tejado y las nubes que pasan por encima de ella son rojas como la sangre por el reflejo de los rubíes. Sus ojos también son rojos y brillan en la oscuridad.

Muy pronto me voy a asustar, dijo el Hemul. ¡Sigue contando, pero con mucho cuidado, por favor!

¡Debe de ser muy feliz ese Mago!, suspiró Snif.

En absoluto, dijo el Snusmumrik. Y no lo será hasta que encuentre el Rubí Rey. Casi es tan grande como la cabeza de la pantera y mirarlo es como si vieras fuego líquido. El Mago lo ha buscado en todos los planetas, incluso en Neptuno, pero no lo ha encontrado. Ha ido a la Luna para buscarlo en los cráteres pero no se hace muchas ilusiones, porque en el fondo cree que está en el Sol y allí no puede llegar. Ha intentado ir varias veces, pero hace demasiado calor. Eso es lo que me contó la Urraca.

Ha sido un buen cuento, dijo el Snork. Pásame otro cerdo de mazapán.

El Snusmumrik se quedó un momento en silencio. Luego dijo:

No es ningún cuento. ¡Todo lo que he contado es verdad!

¡Yo no lo he dudado en ningún momento!, exclamó Snif. ¡Lo de las joyas suena tan real!

Y ¿cómo podemos estar seguros de que existe el Mago?, preguntó escéptico el Snork.

Lo vi con mis propios ojos, dijo el Snusmumrik encendiendo su pipa. Vi al Mago y a su pantera en la isla de los hatifnat. Cabalgaban a través del aire en medio de la tormenta.

¡Pero no nos dijiste nada!, exclamó el Mumintroll.

El Snusmumrik se encogió de hombros.

Me gusta tener secretos, dijo. Por cierto, la Urraca me dijo que el Mago lleva un sombrero de copa negro.

¿De veras?, gritó el Mumintroll.

¡Ha de ser él!, chilló la señorita Snork.

Desde luego, dijo el Snork

¿Qué?, preguntó el Hemul. ¿De qué estáis hablando?

Del sombrero, ¿de qué vamos a hablar?, dijo Snif. Del sombrero de copa negro que encontré la primavera pasada. ¡El sombrero mágico! ¡El viento se lo habrá arrancado cuando voló a la Luna!

El Snusmumrik asintió con la cabeza.

¡Figúrate si el Mago vuelve para buscar su sombrero!, dijo temerosa la señorita Snork. ¡Yo no me atrevería nunca a mirarle a sus ojos rojos!

Probablemente seguirá en la Luna, dijo el Mumintroll. ¿Está muy lejos la Luna?

Bastante lejos, dijo el Snusmumrik. Por cierto, me imagino que le llevará mucho tiempo mirar en todos los cráteres.

Hubo un momento de silencio intranquilo. Todos pensaban en el sombrero negro que estaba en casa sobre la cómoda, debajo del espejo.

Sube un poco la luz de la lámpara, dijo Snif.

Creo que he oído un ruido, dijo la señorita Snork. Ahí, afuera…

Miraron hacia la negra boca de la cueva, aguzando el oído. Unas ligeras y delicadas pisadas… ¿tal vez las de una pantera?

Llueve, dijo el Mumintroll. Ha empezado a llover. Vamos a dormir.

Cada cual se colocó en su respectivo hoyo, tapándose con las mantas. El Mumintroll apagó la lámpara y se quedó dormido con el suave susurro de la lluvia.

El Hemul se despertó con la sensación de que su hoyo estaba lleno de agua.

La cálida lluvia de verano repiqueteaba sobre la lona de la tienda y formaba pequeños arroyos y cascadas sobre las paredes, y toda el agua, la de fuera y la de dentro, había ido a parar precisamente a su hoyo.

¡Miseria!, se quejaba para sí. ¡Nada más que miseria! Estrujó sus faldones y salió a ver qué tiempo hacía. Estaba igual por todas partes: gris, mojado y triste. El Hemul se preguntó si no tenía ganas de bañarse y recibió una respuesta negativa: no tenía ninguna.

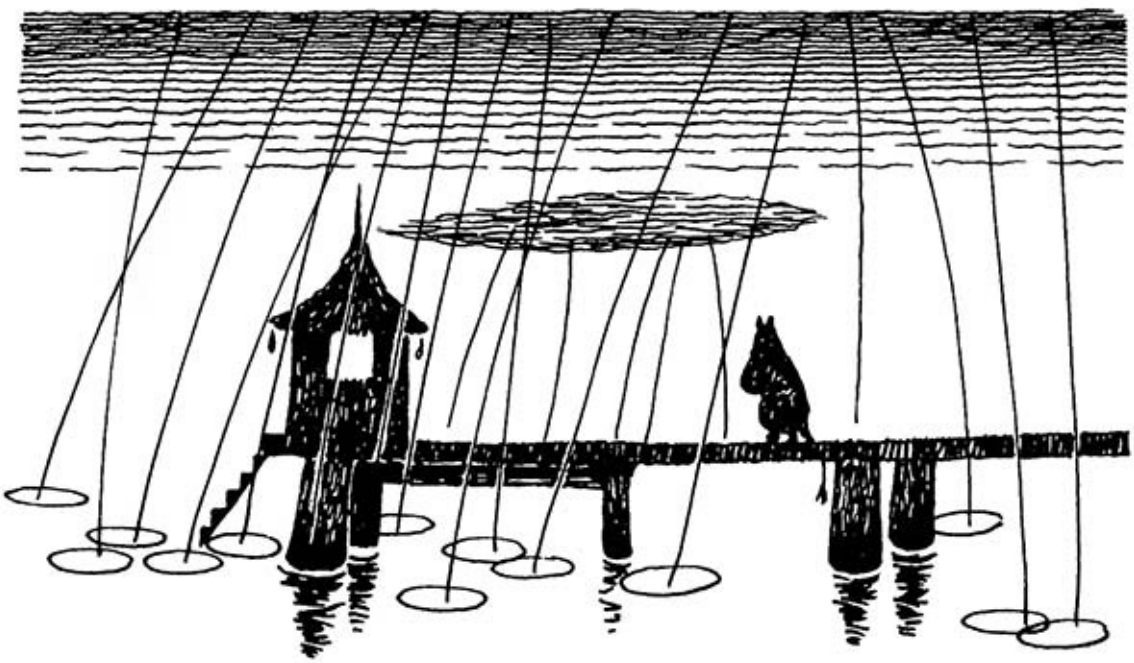
¡Este mundo no tiene arreglo!, pensó sombrío. ¡Ayer hacía demasiado calor y hoy está todo mojado! Me voy a volver a acostar.

El hoyo que parecía más seco era el del Snork.

Muévete un poco, dijo el Hemul. Ha llovido en mi cama.

¡Mala suerte!, murmuró el Snork, y se volvió del otro lado.

Por eso pensaba dormir un poco en tu hoyo, le explicó el Hemul. ¡Anda! ¡No seas tan Snork!



El Snork emitió un pequeño gruñido y volvió a dormir. Disgustado, y con el corazón lleno de

deseos de venganza, el Hemul se puso a cavar un canal en la arena entre su hoyo y el del Snork.

¡Esto ha sido un acto impropio de un hemul!, dijo el Snork sentándose sobre su manta mojada. ¡No te creía capaz de inventar algo así de ingenioso!

Se me ocurrió así, sin querer, dijo el Hemul contento. Y ahora dime ¿qué vamos a hacer hoy?

El Snork asomó la nariz por la boca de la cueva y observó el cielo y el mar. Y con la autoridad de un entendido en tales asuntos dijo: ¡Pescar! ¡Despierta a todo el mundo mientras yo preparo el barco!

Dicho esto, el Snork se fue a través de la arena mojada hasta el embarcadero que había construido Papá Mumin. Se quedó un rato olisqueando el mar. Estaba como un espejo, sólo unas gotas esparcidas rompían la superficie creando pequeños círculos donde caían. Convencido de su decisión, el Snork asintió con la cabeza y fue al cobertizo para sacar el palangre más grande. Sacó la red de debajo del embarcadero y empezó a poner el cebo en los anzuelos mientras silbaba la canción de caza del Snusmumrik.

Todo estaba listo cuando los demás salieron de la cueva.

¡Bueno, ahí estáis por fin!, dijo el Snork. Hemul, baja el mástil y fija los toletes.

¿Realmente es necesario pescar?, preguntó su hermana. Nunca pasa nada cuando vamos a pescar y me dan tanta pena los pequeños lucios.

Puede ser, pero hoy sí va a pasar algo, dijo el Snork. Ponte en la proa, allí molestarás menos.

¡Dejadme ayudar!, chilló Snif, y agarró el palangre. Saltó sobre la borda, el barco se ladeó y la mitad del palangre cayó al suelo enredándose en los toletes y el ancla.

¡Estupendo!, dijo el Snork. ¡Realmente estupendo! Perfectamente acostumbrado al mar, la paz en el barco y todo eso. Sobre todo respeto por el trabajo de los demás. ¡Ja, ja!

¿No le vas a reñir?, preguntó sorprendido el Hemul.

¿Reñirle? ¿Yo?, se rió el Snork sarcásticamente. ¿Desde cuándo importa la opinión del capitán? Nunca. Sacad el palangre como está, y puede que pesquemos una bota vieja. Y diciendo esto se retiró hacia popa y se tapó la cabeza con un toldo.

¡Rayos y centellas!, dijo el Mumintroll. Coge los remos, Mumrik, tenemos que desenredar este lío. ¡Snif, eres un burro!

Ya lo sé, dijo Snif agradecido. ¿Por qué cabo quieres que empiece?

Por el del medio, dijo el Mumintroll. ¡Pero ten cuidado, no te vayas a enredar también el rabo!

Y remando despacito el Snusmumrik, el *Aventura* se hizo a la mar.

Mientras todo esto sucedía, la mamá del Mumintroll trajinaba en casa sintiéndose muy feliz. La lluvia caía mansamente sobre el jardín. Se respiraba paz, orden y tranquilidad.

¡Ahora todo crecerá!, se dijo Mamá Mumin. Y ¡oh, qué alivio saber que están todos en la cueva! Decidió dedicarse a ordenar un poco y empezó a recoger calcetines, pieles de naranja, piedras raras, pedazos de corteza y más cosas así. En la cajita de música encontró unas criptógamas que el Hemul había olvidado poner en su prensa de plantas. Hizo una bola con ellas mientras, pensativa, escuchaba el susurro de la lluvia.

¡Ahora todo crecerá!, se dijo otra vez y, sin darse cuenta de lo que hacía, dejó caer la bola en el sombrero del Mago. Luego se fue a su habitación para dormir porque no había nada que más le gustase que dormir mientras la lluvia repiqueteaba sobre el tejado.

Pero en las profundidades del mar el palangre del Snork estaba al acecho. Llevaba esperando allí

un par de horas y la señorita Snork se estaba muriendo de aburrimiento.

En el arte de pescar todo depende de la paciencia, le explicó el Mumintroll. ¡Cuanto más esperas, más gusto te da! En teoría puede haber algo en cada anzuelo, ¿sabes?

La señorita Snork suspiró un poquito.

De todas maneras, dijo, cuando echas el anzuelo lleva media sardina y cuando lo sacas lleva una perca entera. Sabes que hay una perca entera.

¡O nada de nada!, dijo el Snusmumrik.

O un pez escorpión, un *myoxocephalus scorpius*, dijo el Hemul.

¡Eso jamás lo entenderá una mujer!, zanjó el Snork. Ahora podemos empezar a sacarlo. ¡Pero que nadie grite! ¡Despacito! ¡Despacito!

Salió el primer anzuelo.

Estaba vacío.

Salió el segundo anzuelo.

También estaba vacío.

Esto prueba que están en aguas más profundas, dijo el Snork.

Y que son grandísimos. ¡Y ahora todo el mundo en silencio, por favor!

Sacó otros cuatro anzuelos vacíos y dijo:

Es listísimo. Se ha comido todos los cebos. ¡Madre mía! ¡Debe de ser enorme!

Todos se asomaron por la borda y miraron la oscura profundidad donde desaparecía el palangre.

¿Qué tipo de pez crees que será?, preguntó Snif.

Un mameluco, por lo menos, dijo el Snork. ¡Mira! ¡Otros diez anzuelos vacíos!

¡Vaya! ¡Vaya!, dijo la señorita Snork con desaire.

¡Que te vayas tú!, dijo su hermano enfadado, y continuó tirando del sedal. ¡Callaos, que lo vais a espantar!

A medida que sacaban los anzuelos los iban colocando en su caja. Sacaron muchas algas pero ningún pez. Peces, ni uno.

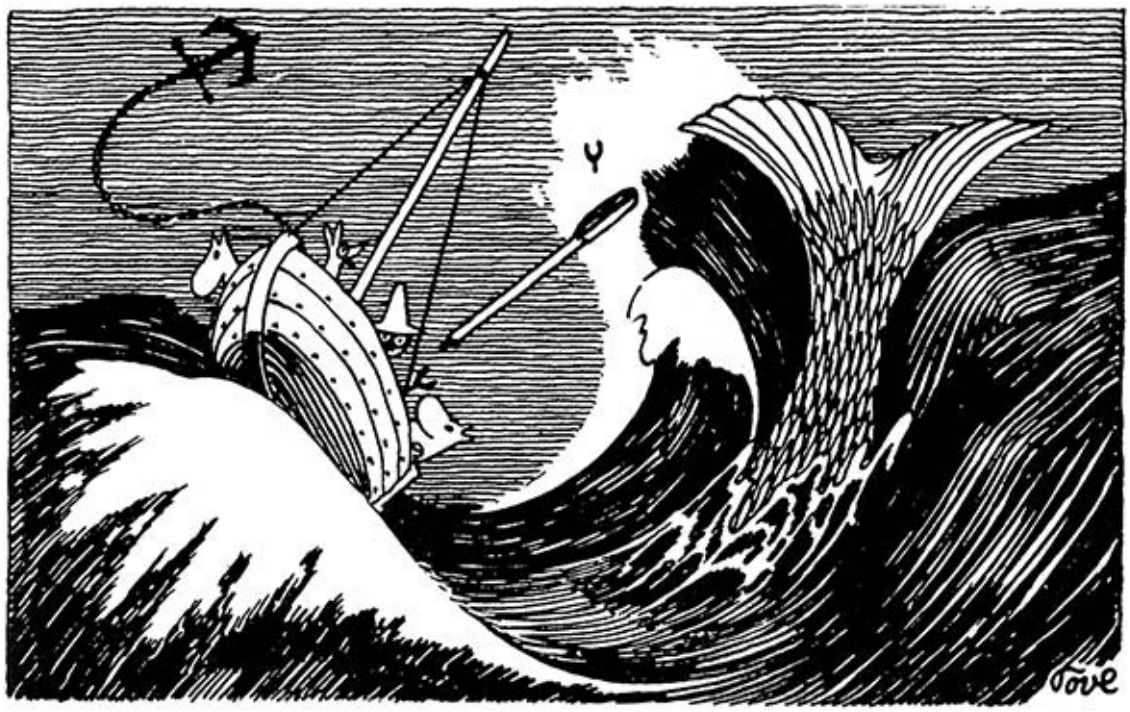
De pronto gritó el Snork:

¡Cuidado! ¡Algo tira! ¡Ha picado! ¡Estoy seguro que ha picado!

¡El Mameluco!, chilló Snif.

¡No perdáis la calma!, les pidió el Snork, al que le estaba costando mantener la suya. ¡Silencio absoluto! ¡Ahí viene!

El sedal se había aflojado pero en la oscura profundidad verde algo blanco brillaba. ¿Sería la pálida tripa del mameluco? Como la espalda de una montaña salida del misterioso paisaje del fondo del mar algo subía hacia la superficie. Algo enorme, amenazador e inmóvil. Verde y musgoso, como el tronco de un árbol colosal, se deslizaba debajo del barco.



¡El salabardo!, gritó el Snork. ¿Dónde está el salabardo?

En aquel preciso instante el aire se llenó de estruendo y espuma blanca. Una enorme ola alzó al *Aventura* sobre su cresta e hizo que la caja de los anzuelos cayera rebotando sobre la cubierta. Luego todo volvió a la calma.

Tan sólo el palangre roto colgaba tristemente de la borda y gigantescos remolinos en el agua indicaban el camino por donde se había ido la maravilla marina.

¿Y ahora sigues pensando que era una perca?, preguntó con retintín el Snork a su hermana. Nunca volveré a ver un pez como este. Y nunca volveré a ser completamente feliz.

Aquí es donde se rompió, dijo el Hemul enseñando el palangre. Algo me dice que el sedal era demasiado fino.

¡Vete a nadar!, dijo el Snork, y escondió los ojos con sus manos.

El Hemul quería decir algo, pero el Snusmumrik le dio una patada en la espinilla. Todos quedaron en silencio. Luego dijo la señorita Snork tímidamente:

¿Y si hiciéramos otro intento? La boza sin duda es suficientemente fuerte ¿no creéis?

El Snork bufó. Pasado un momento dijo:

¿Y como anzuelo?

Tu navaja, dijo la señorita Snork. Si abres la hoja, el sacacorchos, el destornillador y el punzón a la vez seguramente en algo se enganchará.

El Snork quitó las manos de sus ojos y dijo:

De acuerdo. ¿Y el cebo?

El panqueque, dijo su hermana.

El Snork se quedó un rato pensativo mientras todos, expectantes, contenían la respiración. Al final dijo:

Si es que al Mameluco le gustan los panqueques, entonces…, y todos supieron que la caza continuaría.

Ataron la navaja a la boza con un poco de alambre que el Hemul tenía en un bolsillo de su faldón,

después clavaron la navaja en el panqueque y echaron todo al mar. Empezó la espera…

De repente el *Aventura* zozobró.

¡Chsss!, chistó el Snork. ¡Ha picado! Otra sacudida. Más fuerte. Y entonces hubo un tirón tan violento que echó a todos por el suelo.

¡Socorro!, gritó Snif. ¡Nos va a engullir!

El *Aventura* hundió la proa en el mar, pero se volvió a enderezar y salió navegando a toda velocidad. La boza tiraba fuerte en la proa y donde desaparecía en el mar se levantaban dos bigotes blancos de espuma.

Era obvio que al Mameluco le gustaban los panqueques.

¡Calma!, gritó el Snork. ¡Paz en el barco! ¡Cada uno a su puesto!

¡Ojalá que el Mameluco no se sumerja!, gritó el Snusmumrik que se había arrastrado hasta la proa.

Pero el Mameluco puso rumbo mar adentro alejándose cada vez más de la playa que pronto no era más que una línea fina detrás de ellos.

¿Hasta cuándo creéis que podrá continuar?, preguntó el Hemul.

En el peor de los casos tendremos que cortar la cuerda, dijo Snif. ¡Si no será vuestra responsabilidad!

¡Nunca!, exclamó la señorita Snork agitando su flequillo.

De pronto el Mameluco dio una brusca sacudida en el aire con su enorme cola, giró y puso rumbo a la costa.

¡Ahora va un poco más despacio!, gritó el Mumintroll que estaba de rodillas en la popa observando la estela del barco. ¡Creo que se está cansando!

En efecto, el Mameluco estaba cansado, pero también estaba más furioso. Tiraba de la cuerda en una y otra dirección haciendo que el *Aventura* se balanceara del modo más peligroso.

A veces, como para engañarles, se quedaba completamente quieto y, de repente, se ponía a nadar con tanta fuerza que las olas inundaban el barco.

Para animar a todos y desviar la atención del peligro, el Snusmumrik sacó su armónica y empezó a tocar la canción de la caza. Los demás cantaban el estribillo mientras marcaban el compás, y lo hacían con tanta energía que la cubierta del barco temblaba.

¡Y hete aquí que de pronto el Mameluco se puso a flotar sobre el lomo, volviendo su enorme tripa a la luz!

¡Nunca existió una cosa tan grande!

Se quedaron mirándolo un rato en silencio.

Luego dijo el Snork:

¡Bueno, por fin lo conseguí!

¡Sí!, dijo orgullosa su hermana.

Mientras remolcaban al Mameluco a tierra, la lluvia arreciaba. La ropa del Hemul estaba empapada y el sombrero del Snusmumrik había perdido su forma elegante.

Seguramente la cueva también está mojada, dijo el Snusmumrik que remaba destemplado.

Tal vez mamá está preocupada, añadió al rato.

Lo que quieres decir es que podíamos pensar en volver a casa, dijo Snif.

Sí, y enseñarle el pez, dijo el Snork

¡Vayamos a casa!, zanjó el Hemul. Está muy bien experimentar cosas nuevas de vez en cuando, contar historias de miedo, mojarse y desenvolverse solos. Pero a la larga acaba siendo un poco pesado.

Habían puesto tablas debajo del Mameluco y, juntando sus fuerzas, lo llevaban a través del bosque. La enorme boca del pez se había quedado abierta y las ramas de los árboles se enganchaban entre sus dientes. Pesaba varios cientos de kilos y no tenían más remedio que descansar en cada curva del camino. Cada vez llovía más. Cuando llegaron a Valle Mumin la lluvia era tan intensa que no se podía ver la casa.

Dejemos al pez aquí por el momento, propuso Snif.

¡Jamás en la vida!, dijo el Mumintroll indignado.

De modo que siguieron a través del jardín. De repente se paró el Snork y dijo:

Nos hemos equivocado de camino.

¡Bah!, dijo el Mumintroll. ¡Imposible! Ahí está el cobertizo y allá el puente.

Sí, pero ¿dónde está la casa?, preguntó el Snork.

Extraño. Muy extraño. La Casa Mumin había desaparecido. Sencillamente no existía. Pusieron al Mameluco sobre la arena dorada, delante de la escalera. Es decir, delante de la escalera que tampoco existía. En su lugar…

Pero primero tenemos que explicar lo que pasó en Valle Mumin mientras ellos estaban cazando al Mameluco.

Cuando hablamos la última vez de Mamá Mumin, ésta se había ido a dormir. Pero antes había hecho una bola con las criptógamas del Hemul y, sin darse cuenta, la había tirado en el sombrero del Mago. ¡Nunca hubiera debido ponerse a ordenar!

Porque mientras la casa estaba sumida en su siesta, las criptógamas empezaron a crecer como embrujadas.

Poco a poco salían serpenteando del sombrero, extendiéndose por el suelo, trepando por las paredes, las cortinas y la cadena de la chimenea. Zarcillos y retoños atravesaban rejillas, grietas y cerraduras. Con la humedad, las flores se abrían y las frutas maduraban con una velocidad fantasmagórica. Un follaje exuberante subía por la escalera y las trepadoras se enredaban entre las patas de las mesas y colgaban como serpientes de las arañas de cristal.

Las plantas llenaban la casa con un suave susurrar. De vez en cuando se oía el chasquido de una flor gigante al abrirse o de una fruta madura al caer sobre la alfombra. Pero Mamá Mumin pensaba que era la lluvia, se dio la vuelta y siguió durmiendo.

En la habitación de al lado, el papá del Mumintroll estaba escribiendo sus memorias. No había ocurrido nada excepcional desde que construyera el embarcadero, así que se puso a escribir sobre su infancia. Eso le emocionó tanto que casi se puso a llorar. Siempre había sido un niño inteligente y un poco raro al que nadie entendía. Cuando se hizo mayor seguía siendo igual de incomprendido y pasó muchas penas. Papá Mumin escribía y escribía y pensaba en cómo se arrepentirían cuando leyeran sus memorias. Esto le devolvió la alegría y se dijo: ¡Eso les enseñará!

En aquel momento una ciruela cayó sobre el papel dejando una gran mancha azul.

¡Por la gracia de mi rabo!, exclamó Papá Mumin. ¡Ya han vuelto!

Pero al girarse se encontró con un frondoso matorral lleno de bayas amarillas. Se levantó precipitadamente y enseguida una lluvia de ciruelas azules cayó sobre el escritorio. En el techo un denso entramado de ramas extendía sus brotes hacia la ventana.

¡Mamá!, gritó el papá del Mumintroll. ¡Despiértate! ¡Ven a ver!

Mamá Mumin se incorporó sobresaltada. Vio con asombro cómo su habitación estaba llena de pequeñas flores blancas. Colgaban del techo en guirnaldas con delicadas rosetas de hojas entre las flores.

¡Oh, qué bonito!, dijo Mamá Mumin. Seguro que lo ha hecho el Mumintroll para darme una sorpresa. Y con mucho cuidado corrió la fina cortina de flores que caía sobre la cama y se levantó.

¡Eh! ¡Eh!, gritó Papá Mumin al otro lado de la pared. ¡Abridme esta puerta! ¡No puedo salir!

La madre del Mumintroll intentó empujar la puerta, pero fue en vano. Los tallos fuertes de las enredaderas habían formado una barricada y estaba irremediablemente bloqueada. De modo que rompió un cristal en la puerta de la escalera y con gran dificultad logró pasar a través del boquete. En la escalera había un bosque de higueras y el salón era una auténtica selva.

¡Vaya por dios!, dijo. ¡Sin duda ha sido otra vez aquel dichoso sombrero! Y se sentó para abanicarse con una hoja de palmera.

El Desmán apareció entre las flores naranjas del bosque del cuarto de baño y dijo con voz quejumbrosa:

¡Éstas son las consecuencias de coleccionar plantas! ¡El Hemul nunca me ha inspirado mucha confianza!

Las lianas salían por la chimenea y cubrieron el tejado tapando la Casa Mumin con un espeso manto verde.

Pero afuera, bajo la lluvia, el Mumintroll estaba contemplando el gran montículo verde lleno de flores que constantemente abrían sus cálices y de frutas que maduraban de verde a amarillo, de amarillo a rojo.

En todo caso, aquí es donde estaba la casa, dijo Snif.

¡Está ahí dentro!, dijo el Mumintroll sombrío. Nadie puede entrar y nadie puede salir. ¡Nunca más!

Interesado por ello, el Snusmumrik se adelantó y empezó a investigar el montículo. No encontró ni puerta ni ventanas. Sólo un denso entramado de vegetación salvaje. Agarró con determinación un zarcillo y tiró. Era fuerte y resistente como la goma y no se dejaba cortar. Logró, en cambio, echar un lazo alrededor de su sombrero y quitárselo.

Más brujería, murmuró el Snusmumrik. ¡Empieza a cansarme un poco!

Mientras tanto Snif intentaba penetrar la jungla por el lugar donde debía estar la veranda.

¡La ventana de la cava!, gritó. ¡La veo y está abierta!

El Mumintroll vino corriendo y miró a través del agujero negro. ¡Entrad!, dijo impaciente, ¡pero deprisa antes de que se cierre también con otra planta! Entraron, arrastrándose uno tras otro, en la oscuridad de la cava.

¡Esperad!, gritó el Hemul que era el último. ¡No puedo pasar!

En ese caso tendrás que quedarte fuera y vigilar al Mameluco, dijo el Snork. ¡Siempre puedes botanizar la casa!

Y mientras el pobre Hemul lloriqueaba afuera bajo la lluvia, los otros subían a tientas la escalera de la cava.

¡Estamos de suerte!, dijo el Mumintroll. La puerta está abierta. ¡Como veis a veces no viene mal un poco de desorden!

Fui yo quien se olvidó de cerrar con llave, dijo Snif. ¡Así que me podéis dar las gracias a mí!

Una curiosa escena les esperaba. El Desmán estaba sentado en una rama comiendo peras.

¿Dónde está mamá?, le preguntó el Mumintroll.

Está por allí dando hachazos, intentando sacar a tu padre de su habitación, dijo el Desmán amargamente. ¡Espero que haya un lugar tranquilo en el cielo de los desmanes porque pronto vais a acabar conmigo!

Escucharon.

Enormes hachazos hacían temblar el follaje que los rodeaba. Un estruendo.

Un grito de felicidad.

¡El padre del Mumintroll había sido liberado!

¡Mamá! ¡Papá!, gritó el Mumintroll abriéndose camino a través de la jungla hasta la escalera. ¡Pero qué habéis hecho mientras yo estaba fuera!

Sí, hijo mío, dijo Mamá Mumin. Supongo que una vez más nos hemos descuidado con el sombrero del Mago. ¡Pero sube! ¡He encontrado una zarza con moras en el armario ropero!

Fue una tarde emocionante. Jugaban a la selva y el Mumintroll era Tarzán y la señorita Snork, Jane. A Snif le tocó el papel del hijo de Tarzán y al Snusmumrik el de la mona Chita. El Snork se arrastraba entre ramas y matojos con una dentadura hecha con piel de naranja[4]. Él era el Enemigo.

Tarzán hungry, dijo el Mumintroll trepando una liana. *Tarzán eat now*!

¿Qué dice?, preguntó Snif.

Dice que ahora va a comer, dijo la señorita Snork. Verás, es lo único que sabe hacer. Habla en

inglés como todos los que viven en la selva.

Desde la cima del armario Tarzán lanzó su grito de la jungla y enseguida le contestaron Jane y sus amigos selváticos.

¡Menos mal que esto ya no puede empeorar más!, murmuró el Desmán, y volvió a desaparecer en el bosque de las flores naranjas del cuarto de baño. Se había puesto una toalla alrededor de la cabeza para evitar que las plantas entraran en sus orejas.

¡Ahora voy a raptar a Jane!, gritó el Snork arrastrando a la señorita Snork por el rabo hasta la cueva debajo de la mesa del salón. Cuando el Mumintroll volvió a su guarida en la araña del techo, se dio cuenta enseguida de lo que había sucedido. Ingeniando un fantástico sistema de poleas logró bajarse en un tiempo récord y corrió a rescatar a Jane haciendo temblar la jungla con su grito de guerra.

¡Vaya!, dijo la mamá del Mumintroll. Se lo están pasando bomba.

¡Y yo!, dijo Papá Mumin. Pásame un plátano ¿quieres?

Así siguieron divirtiéndose hasta el anochecer. A nadie le preocupó que nuevas plantas crecieran bloqueando la puerta de la cava y nadie se acordó del pobre Hemul.

Él seguía vigilando al Mameluco con el faldón mojado pegado a las piernas. De vez en cuando se comía una manzana o contaba los estambres de una flor de la jungla, pero más que nada suspiraba.

Había dejado de llover y pronto caería la noche. En el preciso momento en el que el sol se ponía algo ocurrió con el tentáculo verde que cubría la Casa Mumin.

Perdía vigor y se secó tan rápido como había crecido. Las frutas se encogieron y cayeron al suelo. Las flores se marchitaban y las hojas se abarquillaban. Una vez más la casa se llenó de crujidos y crepitaciones. El Hemul contempló un rato el espectáculo. Luego se adelantó y tiró de una rama que se quebró. Estaba seca como la estopa. Entonces el Hemul tuvo una idea. Hizo una gran pila con sarmientos y ramas secas, fue al cobertizo a buscar cerillas e hizo un fuego chisporroteante en medio

del camino del jardín.

Alegre y contento el Hemul se sentó junto al fuego para secar su ropa. Al rato tuvo otra idea. Con fuerzas sobrehemules puso la cola del Mameluco en el fuego. El pescado a la brasa era su plato favorito.

Cuando la familia Mumin y sus amigos selváticos lograron hacerse camino a través de la veranda y abrieron la puerta, vieron a un Hemul felicísimo que ya se había comido una séptima parte del Mameluco.

¡Serás cretino!, exclamó el Snork. ¡Ya nunca podré pesar el pez!

Pésame y añade al peso del Mameluco lo que yo he ganado, dijo el Hemul que tenía uno de sus días más brillantes.

Vamos a quemar la jungla, dijo Papá Mumin. Y sacaron todo el tinglado de la casa e hicieron el fuego más grande que jamás se ha visto en el Valle Mumin.

Al Mameluco lo asaron entero en las brasas y se lo zamparon de cabo a rabo. Pero aún mucho después, los unos y los otros discutían cómo había sido de grande aquel Mameluco: ¿llegaba desde los escalones de la terraza hasta el cobertizo o sólo hasta las matas de las lilas?

SEXTO CAPÍTULO

En el que Tofelán y Vifelán, huyendo de la Bu, entran en la historia trayendo una misteriosa maleta y en el que el Snork es nombrado Juez

Una mañana temprano, a principios de agosto, Tofelán y Vifelán llegaron andando por el mismo camino de monte que habían tomado el Mumintroll y sus amigos el día que Snif encontró el sombrero del Mago.

Se detuvieron en la cima y contemplaron Valle Mumin. Tofelán se había puesto una gorra roja y Vifelán llevaba una maleta muy grande. Habían venido desde muy lejos y estaban algo cansados. Bajo sus pies, entre abedules y manzanos, estaba la Casa Mumin y el humo de la chimenea señalaba que Mamá Mumin estaba preparando el café.

Muho, dijo Vifelán.

Están papreando mikoda, dijo Tofelán asintiendo con la cabeza. Y empezaron a bajar al valle mientras conversaban en ese extraño idioma que hablan entre ellos todos los Tofelés y Vifelés. (No todos los comprenden, pero eso no importa tanto, lo principal es que entre ellos se entiendan).

¿Crees que depomos traren?, preguntó Tofelán.

Pendede, dijo Vifelán. No te sustesa si se poncortan mal con nosotros.

Se acercaron de puntillas a la casa, parándose tímidamente delante de las escaleras.

¿Mallamos a la puerta?, dijo Tofelán. ¿Y si alguien lase y tigra?

En ese mismo momento Mamá Mumin sacó la cabeza por la ventana y gritó:

¡Café!

Tofelán y Vifelán se asustaron tanto que se tiraron por el ventanuco de la cava de patatas.

¡Dios mío!, exclamó Mamá Mumin con un sobresalto. Estoy segura de que acabo de ver un par de ratas entrar en la cava. ¡Snif, llévales un platito de leche!

Entonces vio la maleta que estaba junto a la escalera y pensó:

¡Y equipaje, además! ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Han venido para quedarse!

Y se fue en busca de Papá Mumin para pedirle que preparara dos camas más. Pero muy, muy

chiquitinas.

Mientras tanto, Tofelán y Vifelán se habían escondido entre las patatas de modo que sólo se veían sus ojos, y allí se quedaron esperando a ver lo que les iba a ocurrir.

No hay dadu: Están papreando faké, murmuró Vifelán.

¡Nieve alguien!, susurró Tofelán. ¡Toquiet!

La puerta de la cava chirrió y en lo alto de las escaleras apareció Snif con una linterna en una mano y una taza de leche en la otra.

¡Hola! ¿Dónde estáis?, dijo.

Tofelán y Vifelán se escondieron un poco más y se abrazaron fuertemente el uno al otro.

¿No queréis leche?, dijo Snif un poco más alto.

Es una patrán, susurró Vifelán.

¡Os equivocáis si creéis que es mi intención quedarme aquí todo el día!, dijo Snif muy enfadado. ¡Malicia o ignorancia! ¡Viejas estúpidas ratas que ni siquiera saben entrar por la puerta principal!

Vifelán, harto ya de insultos, dijo:

¡Tara tú, totón!

O sea, además son forasteros, dijo Snif. Más vale que vaya a buscar a la mamá del Mumintroll.

Cerró con llave la puerta de la cava y se fue corriendo a la cocina.

¿Qué? ¿Les ha gustado la leche?, preguntó Mamá Mumin.

Hablan una lengua extranjera, dijo Snif. ¡No se entiende nada de lo que dicen!

¿Cómo suena?, preguntó el Mumintroll que estaba sentado junto al Hemul machacando cardamomo.

¡Tara tú, totón!, repitió Snif.

Mamá Mumin suspiró.

¡La que me espera!, dijo. ¡No va a ser precisamente coser y cantar de aquí en adelante!, dijo. ¿Cómo voy a saber qué postre querrán para su cumpleaños o cuántas almohadas necesitarán para dormir?

Tenemos que aprender su idioma, dijo el Mumintroll. Suena fácil: Tarati, taratú, taratón.

Creo que les comprendo, dijo el Hemul pensativo. Probablemente dijeron a Snif que era rata y tonto.

Snif se ruborizó y sacudió la cabeza en señal de desprecio.

Puesto que eres tan listo, vete a hablar con ellos tú mismo, dijo.

El Hemul se acercó parsimonioso a la escalera de la cava y gritó amablemente:

¡Venbienidos! ¡Venbienidos!

Vifelán y Tofelán asomaron sus cabezas entre las patatas y le miraron con asombro.

¡Chele! ¡Nabue!, continuó el Hemul.

Tofelán y Vifelán corrieron escaleras arriba y entraron en el salón.

Snif los miró y, viendo que eran mucho más pequeños que él, se sintió más generoso y dijo condescendiente:

¡Hola! Encantado de conoceros.

¡Igualtemen! ¡Ciasgra!, dijo Tofelán.

¿Paprean faké?, preguntó Vifelán.

¿Y ahora qué dicen?, preguntó Mamá Mumin.

Tienen hambre, dijo el Hemul. Pero siguen pensando que Snif tiene mala pinta.

Diles de mi parte que en mi vida he visto dos tipos con semejantes caras de arenque, dijo Snif furioso. ¡Y adiós! ¡Me voy!

Snif endafado, dijo el Hemul. ¡Totón!

¡No pasa nada!, dijo nerviosa Mamá Mumin. ¡Venid a tomar el café! Enseñó a Tofelán y Vifelán el camino a la veranda mientras el Hemul les seguía muy orgulloso de su nuevo rango de intérprete.

De esta manera, Tofelán y Vifelán entraron a formar parte de la vida de la Casa Mumin. Casi siempre iban cogidos de la mano y pasaban más bien desapercibidos. Llevaban la maleta por todas partes, Pero al anochecer se ponían visiblemente inquietos y subían y bajaban las escaleras para esconderse finalmente debajo de la alfombra.

¿Os sapa lago?, preguntó el Hemul.

¡Nieve la Bu!, susurró Vifelán.

¿La Bu? ¿Quién se?, dijo el Hemul un poco asustado.

Tofelán abrió los ojos de par en par, enseñó los dientes, y se hizo tan grande como pudo.

¡Crule y retrible!, dijo Vifelán. ¡Racie la puetra para no netre la Bu!

El Hemul corrió a ver a Mamá Mumin y dijo:

¡Dicen que una Bu cruel y terrible viene hacia aquí! ¡Esta noche tenemos que cerrar todas las puertas con llave!

Pero ¡si ninguna puerta tiene llave más que la de la cava!, dijo Mamá Mumin con voz muy preocupada. ¡Siempre pasa lo mismo con los forasteros! Y fue a comentar el caso con Papá Mumin.

Tenemos que armarnos y poner los muebles contra las puertas, dijo el papá del Mumintroll. Una Bu así de enorme puede ser peligrosa. Pondré un despertador en el salón y Tofelán y Vifelán dormirán debajo de mi cama.

Pero Tofelán y Vifelán ya se habían metido en un cajón de la cómoda y no querían salir.

Papá Mumin movió resignado la cabeza y fue a buscar su escopeta al cobertizo.

Era agosto, los días eran más cortos y el jardín estaba ya lleno de sombras aterciopeladas. Un susurro ominoso pasaba a través del bosque y las luciérnagas habían encendido sus linternas.

El papá no podía evitar sentir un poco de miedo al cruzar el jardín para buscar la escopeta. ¡Y si esa Bu estaba al acecho detrás de un arbusto! No se sabía qué aspecto tenía y sobre todo cómo era de grande. Cuando Papá Mumin volvió a la veranda puso el sofá delante de la puerta y dijo:

¡Hay que dejar la luz encendida toda la noche y todos tenemos que estar preparados para una emergencia! ¡Esta noche el Snusmumrik ha de dormir dentro!

¡Era terriblemente excitante! Papá Mumin dio un par de golpes en el cajón de la cómoda y dijo:

¡Os protegeremos!

Pero nadie contestó. Papá Mumin abrió el cajón para ver si Tofelán y Vifelán ya habían sido raptados, pero dormían tranquilamente con la maleta a su lado.

Creo que es hora de acostarnos, dijo Papá Mumin. ¡Pero antes armaos todos!

Con gran barullo y mucho miedo todos se retiraron a sus habitaciones y poco a poco se hizo el silencio en la Casa Mumin. Solitaria, la lámpara de petróleo ardía sobre la mesa del salón.

Dieron las doce. Luego la una. Un poco después de las dos el Desmán sintió necesidad de salir de

la cama. Somnoliento, salió a la veranda. Allí se detuvo sorprendido viendo que el sofá estaba tapando la puerta. ¡Qué ideas!, murmuró y tiró todo lo que pudo del sofá que era muy pesado. Y ¡claro! el despertador que Papá Mumin había preparado como alarma se puso a sonar.

Al instante la casa se llenó de gritos, disparos y estampidos de muchos pies. Armados con hachas, tijeras, piedras, palas, navajas y rastrillos bajaron al salón donde se pararon asombrados al ver al Desmán.

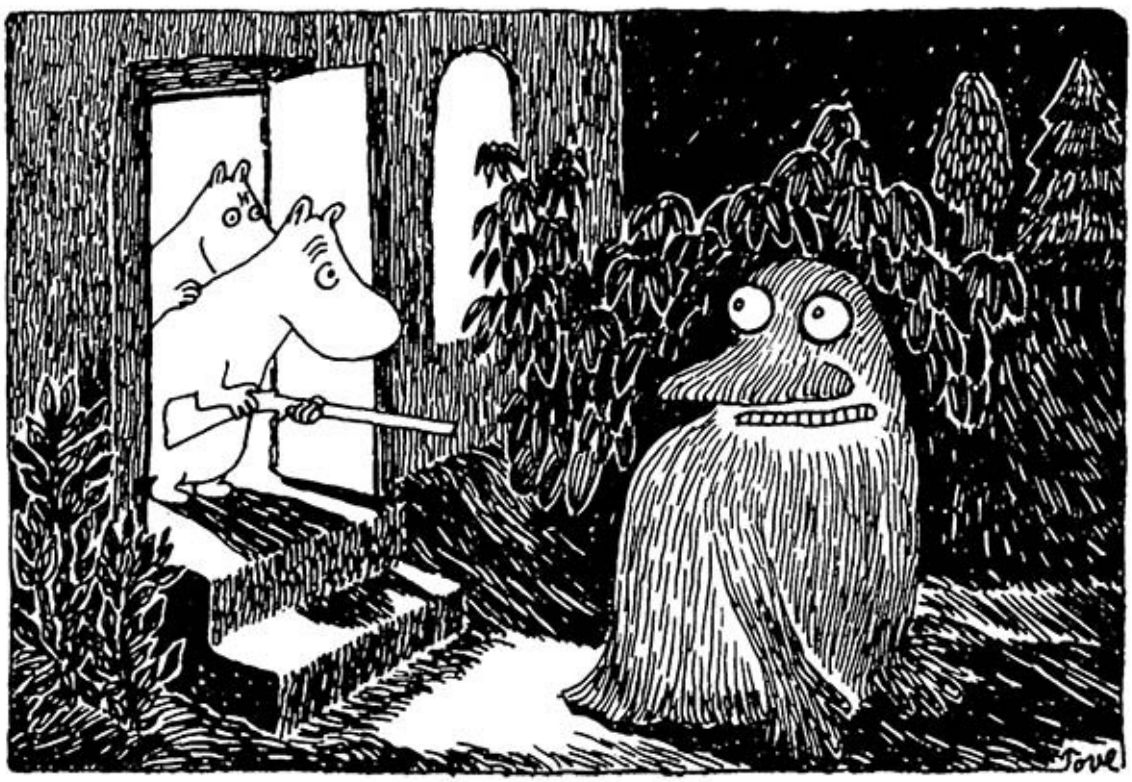
¿Dónde está la Bu?, gritó el Mumintroll.

¡Bah!, he sido yo, dijo indignado el Desmán. Sólo quería salir para hacer pipí. No me acordaba de vuestra estúpida Bu.

Pues sal corriendo ¡y que no se vuelva a repetir!, dijo el Snork abriendo la puerta de la veranda de par en par.

En ese preciso momento vieron a la Bu. Todos y cada uno la vieron. Estaba sentada inmóvil en el camino de arena al pie de la escalera contemplándoles con redondos e inexpresivos ojos.

No era especialmente grande y tampoco parecía peligrosa. Simplemente daba la impresión de que era tremendamente mala y que podía esperar todo el tiempo que hiciera falta.



Y eso era lo estremecedor. A nadie se le ocurrió atacarla. Estuvo sentada un rato, luego se deslizó hacia las sombras del jardín. Pero donde había estado sentada, la hierba se había helado.

El Snork cerró la puerta con un escalofrío.

¡Pobres Tofelán y Vifelán!, dijo. Hemul, vete a ver si se han despertado.

Estaban despiertos.

¿Se ha odi?, preguntó Vifelán.

Pideos mirdor tranquilos, dijo el Hemul.

Tofelán dio un pequeño suspiro y dijo: ¡Ciasgras al cielo! Y arrastraron la maleta hasta el fondo

del cajón para volverse a quedar dormidos.

¿Entonces, me puedo volver a acostar?, preguntó Mamá Mumin deponiendo su hacha.

Sí, mamá, vete a dormir, dijo el Mumintroll. El Snusmumrik y yo pensamos montar guardia toda la noche. Pero ponte el bolso debajo de la almohada, a buen recaudo.

Se quedaron a solas en el salón jugando al póquer hasta el amanecer. Nada más se supo de la Bu aquella noche.

Al día siguiente el Hemul, muy preocupado, se fue a la cocina y dijo:

He tenido una conversación con Tofelán y Vifelán.

Bueno, ¿y ahora qué pasa?, suspiró la mamá del Mumintroll.

Lo que quiere la Bu es su maleta, dijo el Hemul.

¡Qué bestia!, exclamó Mamá Mumin. ¡Fíjate! ¡Querer robarles sus pocas pertenencias a los pequeñines!

Sí, ¿verdad?, dijo el Hemul. Ahora, hay algo que complica bastante las cosas. Parece ser que la maleta era de la Bu.

Hum, dijo Mamá Mumin. Desde luego hace más espinoso el asunto, pero hablaremos con el Snork. Él siempre encuentra solución a todo.

El Snork se entusiasmó con el problema.

¡Es un caso singular!, dijo. Tenemos que convocar una reunión. Todo el mundo debe presentarse en donde las lilas a las tres en punto para tratar la cuestión.

Era una de esas maravillosas tardes calurosas, llenas de aromas y abejas. El jardín era bello como un ramo de novia con los intensos colores del verano tardío. La hamaca del Desmán estaba colgada entre los arbustos y llevaba un letrero que ponía FISCAL. El Snork estaba sentado sobre un cajón y se había puesto una peluca de virutas de madera.

Era obvio para todos que él era el juez. Enfrente de él y detrás de un palo que claramente demarcaba el banquillo de los acusados, estaban sentados Tofelán y Vifelán, comiendo cerezas.

Pido permiso para ser su acusador, dijo Snif, que no había olvidado que Tofelán y Vifelán le habían tratado de vieja rata calva.

En este caso me presento yo como su defensor, dijo el Hemul.

Y yo ¿qué seré?, preguntó la señorita Snork.

Eres la voz del pueblo, dijo su hermano. Y la familia Mumin serán los testigos. En cuanto al Snusmumrik le propongo como secretario judicial para que tome notas durante la vista. Pero notas que reflejen lo que se dice aquí en el juicio. ¡Nada de filosofía y comentarios personales!

¿Y por qué la Bu no tiene abogado defensor?, preguntó Snif.

No hace falta, dijo el Snork. La Bu tiene la razón. ¿Están todos preparados? Listos. Empezamos.

Dio tres golpes en el cajón con un martillo.

¿Tienendes tú algo?, preguntó Tofelán.

¡Ni poi!, dijo Vifelán, soplando un hueso de cereza en la cara del juez.

Sólo tienen que contestar cuando yo lo diga, les avisó el Snork. Sí o no. Nada más. ¿Pertenece dicha maleta a la Bu?

Ni, contestó Tofelán.

So, contestó Vifelán.

¡Toma nota!, chilló Snif. Se contradicen el uno al otro.

El Snork golpeó el cajón. ¡Silencio!, gritó. Formulo por última vez la pregunta: ¿De quién es la maleta?

¡Nuresta!, dijo Vifelán.

Dicen que es suya, tradujo el Hemul. Esta mañana dijeron lo contrario.

Muy bien, entonces no tenemos por qué dársela a la Bu, dijo aliviado el Snork. Pero es una lástima, después de todos mis preparativos.

Tofelán se estiró y susurró algo al Hemul.

Tofelán dice lo siguiente, dijo el Hemul. Sólo es el *Contenido* de la maleta lo que pertenece a la Bu.

Ahá, dijo Snif. Me lo creo. Pues, el caso está claro. Hay que devolver el Contenido a la Bu y los cabeza de arenque se pueden quedar con su vieja maleta.

¡De claro nada de nada!, gritó con arrojo el Hemul. La cuestión no es quién es el propietario del Contenido, sino quién tiene más derecho a él. ¡Cada cosa en su sitio! Todos visteis anoche a la Bu. Y ahora os pregunto: ¿Tenía cara la Bu de alguien con derecho al Contenido?

Ésa es una gran verdad, dijo asombrado Snif. ¡Eres muy perspicaz! Pero piensa en lo sola que está la Bu porque nadie la quiere y ella no quiere a nadie. Puede que el Contenido sea lo único que tenga. ¡Y ahora también queréis quitarle eso! ¡Excluida y sola en la noche!, continuó Snif con voz emocionada. ¡Despojada de su única posesión por Tofelán y Vifelán…!

Se sonó la nariz y no pudo continuar.

El Snork golpeó el cajón.

La Bu no necesita ningún discurso de defensa, dijo. Además tu punto de vista es muy apasionado y también lo es el del Hemul. ¡Que se acerquen los testigos! ¡Quiero vuestra opinión!

Sentimos gran aprecio por Tofelán y Vifelán, opinó la familia Mumin. Al contrario, la Bu no nos inspiró ninguna confianza desde el principio. Sería lamentable tener que devolverle el Contenido.

La justicia es la justicia, dijo solemnemente el Snork. ¡Tenéis que ser imparciales! Especialmente en este caso, ya que Tofelán y Vifelán son incapaces de distinguir el bien del mal. No hay remedio, nacieron así. El Fiscal tiene la palabra.

Pero el Desmán se había puesto a dormir en su hamaca.

¡Vaya!, dijo el Snork. Supongo que no le interesa. ¿Se ha alegado todo lo que había que alegar antes de que yo pronuncie el veredicto?

Disculpe, dijo la voz del pueblo, pero ¿no sería esclarecedor saber lo que es realmente el Contenido?

Tofelán volvió a susurrar algo. El Hemul asintió con la cabeza.

Es un secreto, dijo. Tofelán y Vifelán piensan que el Contenido es lo más bonito que existe, mientras que la Bu simplemente piensa que es lo más valioso.

El Snork asintió varias veces con la cabeza y frunció el ceño. Es un caso difícil, dijo. Tofelán y Vifelán tienen un argumento certero, pero han actuado mal. Y la justicia es la justicia. Necesito pensar. ¡Os ruego silencio!

Se hizo el silencio entre las lilas. Las abejas zumbaban, el jardín ardía bajo el sol.

De repente una corriente fría pasó sobre la hierba. El sol se escondió detrás de una nube y el jardín perdió todo su color y se volvió gris.

¿Qué ha sido eso?, preguntó el Snusmumrik, y levantó la pluma del acta.

¡Ha vuelto!, dijo la señorita Snork.

La Bu estaba sentada en la hierba helada mirándoles.

Lentamente dirigió su mirada hacia Tofelán y Vifelán. Empezó a gruñir y poco a poco iba arrastrándose hacia ellos.

¡Oscorro!, gritó Tofelán. ¡Vadsalnos!

¡Bu, párate!, ordenó el Snork. ¡Tengo algo que decirte!

La Bu se detuvo.

Ya he terminado de pensar, continuó el Snork. ¿Aceptarías que Tofelán y Vifelán compraran el Contenido de la maleta? ¿Cuál sería tu precio?

¡Alto!, dijo la Bu con una voz gélida.

¿Sería suficiente mi montaña de oro en la isla de los hatifnat?, preguntó el Snork.

La Bu dijo no con la cabeza.

¡Brrr… qué frío hace aquí!, dijo la mamá del Mumintroll. Voy a buscar un chal. Corrió hasta la veranda a través del jardín donde la escarcha iba apareciendo en las huellas de la Bu.

Mientras buscaba el chal, Mamá Mumin tuvo una excelente idea. Febril de entusiasmo cogió el sombrero del Mago, lo inspeccionó y rogó al cielo que la Bu supiera valorarlo.

Cuando regresó, la mamá del Mumintroll depositó el sombrero sobre la hierba y dijo:

¡Aquí está la cosa más valiosa de todo el Valle Mumin! ¿Sabe la Bu lo que hemos sacado de este sombrero? ¡Unas maravillosas nubecillas dirigibles, agua convertida en refresco de bayas rojas y árboles frutales! ¡Es el único sombrero mágico del mundo!

¡Demuéstrelo!, dijo la Bu con desdén.

Mamá Mumin echó un par de cerezas en el sombrero y todos aguardaron en un silencio sepulcral. ¡Ojalá no se conviertan en algo terrible!, susurró el Snusmumrik al Hemul. Pero tuvieron suerte.

Cuando la Bu miró lo que había en el sombrero encontró un puñado de rubíes rojos.

¡Ha visto!, dijo feliz Mamá Mumin. ¡Imagínese lo que tendría si pusiera por ejemplo una bomba de hinchar ruedas de bicicleta!

La Bu miró el sombrero. Luego miró a Tofelán y Vifelán. Volvió a mirar el sombrero. Era evidente que estaba pensando con todas sus fuerzas.

Al final la Bu arrebató el sombrero del Mago y, sin decir palabra, se eclipsó como una sombra helada y gris. Fue la última vez que la vieron en el Valle Mumin y la última vez que vieron el sombrero del Mago.

De pronto los colores recobraron su tonalidad cálida y el verano continuó, lleno de zumbidos y aromas estivales.

¡Menos mal que nos hemos deshecho de aquel sombrero!, dijo Mamá Mumin. Por primera vez ha servido para algo inteligente.

¡Pero nuestras nubes eran divertidísimas!, dijo Snif.

Y también jugar a Tarzán en la jungla, dijo el Mumintroll melancólico.

¡Qué bien ha odi doto!, dijo feliz Vifelán, y cogió la maleta que había estado todo el rato en el banquillo de los acusados.

¡Fonemenal!, dijo Tofelán cogiendo la mano de Vifelán. Y juntos volvieron a la Casa Mumin mientras los demás les contemplaban.

¿Qué es lo que acaban de decir?, preguntó Snif.

Buenas tardes, más o menos, contestó el Hemul.

ÚLTIMO CAPÍTULO

Que es muy largo y cuenta la partida del Snusmumrik y cómo se descubre el misterioso Contenido de la maleta. También cómo la mamá del Mumintroll recupera su bolso y hace una gran fiesta para celebrarlo, y para terminar, la llegada del Mago al Valle Mumin

Era finales de agosto. Los búhos ululaban por la noche y los murciélagos llegaban en grandes bandadas negras y planeaban en vuelo rasante sobre el jardín. El bosque, con la paleta de otoño, parecía estar en llamas y el mar se agitaba. En el aire había una mezcla de expectación y nostalgia, y la luna era enorme y rojiza. Al Mumintroll siempre le habían gustado especialmente las últimas semanas de verano, pero no sabía muy bien por qué.

El viento y el mar sonaban distinto, todo olía a cambio, hasta los árboles estaban esperando…

¡Sospecho que algo raro va a pasar!, pensó el Mumintroll.

Se había despertado y estaba tumbado mirando el techo.

Debe de ser muy temprano, será un día soleado, siguió pensando.

Al cabo de un rato volvió la cabeza y vio que la cama del Snusmumrik estaba vacía.

Al instante oyó la señal secreta debajo de la ventana, un silbido largo seguido de dos cortos que quería decir:

¿Qué planes tienes para hoy?

El Mumintroll saltó de la cama y se asomó a la ventana. Los rayos del sol todavía no habían alcanzado el jardín y el aire era fresco. Y allí estaba el Snusmumrik, esperándole.

¡Uh-hu!, gritó bajito para no despertar a nadie, y bajó por la escalera de cuerda.

Hola, dijo el Mumintroll.

Hola, hola, dijo el Snusmumrik.

Bajaron al río y se sentaron en el pretil del puente con las piernas colgando sobre el agua. El sol había salido por encima de las copas de los árboles y les daba directamente en la cara.

Precisamente estuvimos así sentados en primavera, dijo el Mumintroll. Acabábamos de salir del sueño de invierno y era el primer día. Todos los demás seguían durmiendo.

El Snusmumrik asintió con la cabeza. Se entretenía construyendo barquitas de caña que luego botaba en el río.

¿Adónde van?, preguntó el Mumintroll.

A lugares donde yo no estoy, contestó el Snusmumrik. Una tras otra las barquitas giraban en el recodo del río y desaparecían.

Cargadas de canela, dientes de tiburón y esmeraldas, dijo el Mumintroll.

El Snusmumrik suspiró.

Hablaste de planes, dijo el Mumintroll. ¿Y tú? ¿Tienes tú algún plan?

Sí, tengo un plan, contestó el Snusmumrik. Pero es de los solitarios, como te puedes imaginar.

El Mumintroll miró durante largo rato a su amigo. Luego dijo:

Piensas marcharte.

El Snusmumrik asintió con la cabeza.

Se quedaron sentados un rato sin hablar balanceando los pies sobre el río y dejando que sus ojos siguieran la corriente hacia esos lugares lejanos que añoraba el Snusmumrik y que estaba a punto de explorar en solitario.

¿Cuándo te vas?, preguntó el Mumintroll.

¡Ahora mismo!, dijo el Snusmumrik, lanzando al río las barquitas de caña que quedaban en el puente. Saltó del pretil y olió el aire de la mañana. Era un excelente día para emprender un viaje. El sol coloreaba de rojo la cresta de la montaña y el camino ascendía serpenteando hacia ella para desaparecer al otro lado. Allí había otro valle, y después otra montaña…

El Mumintroll observaba cómo el Snusmumrik guardaba su tienda de campaña.

¿Te quedarás mucho tiempo fuera?, preguntó.

No, dijo el Snusmumrik. Estaré de vuelta silbando debajo de la ventana el primer día de primavera. ¡Un año pasa rápidamente!

Sí, dijo el Mumintroll. Hasta entonces, pues.

¡Adiós! ¡Adiós!, dijo el Snusmumrik.

El Mumintroll se quedó en el puente. Veía cómo el Snusmumrik se hacía cada vez más pequeño para finalmente desaparecer entre abedules y manzanos. Pero al rato oyó la armónica. El Snusmumrik tocaba «A todos los animalitos se les enrosca la cola».

Ahora está feliz, pensó el Mumintroll.

La música se oía cada vez más débil y al final sólo quedó el silencio. Entonces el Mumintroll volvió a casa a través del frescor del rocío que cubría el jardín.

En la escalera encontró a Tofelán y Vifelán que estaban acurrucados al sol.

¡Hola!, ¿te kal?, dijo Tofelán.

¡Hola!, ¿qué tal vosotros?, dijo el Mumintroll que ahora entendía su idioma (aunque le costaba hablarlo).

¿Has rollado?, preguntó Vifelán.

¡Uf!, dijo afligido el Mumintroll. El Snusmumrik se ha marchado.

Qué nape, dijo Tofelán consolándole. ¿Te alegraría dar un sobe en la raniz a Tofelán?

El Mumintroll besó cariñosamente la nariz de Tofelán, pero no parecía mucho más feliz por ello.

Entonces Tofelán y Vifelán decidieron pensar algo juntos y cuchichearon largo rato. Cuando terminaron, Vifelán dijo solemnemente:

Hemos cidedido enñarsete el Contenido.

¿De la maleta?, preguntó el Mumintroll.

Tofelán y Vifelán asintieron enérgicamente con la cabeza. ¡Vente! ¡Guesinos!, susurraron, deslizándose apresuradamente debajo de los arbustos.

El Mumintroll se arrastró tras ellos y, entre el follaje más espeso, descubrió su escondrijo: una sala natural forrada con plumón y decorada con conchas y piedrecillas blancas colgadas de las ramas. Se encontraba en la oscuridad más completa y nadie que pasara al lado sospecharía que allí dentro había un lugar secreto. Encima de una estera de rafia estaba la maleta de Tofelán y Vifelán.

¡Ésa es la estera de la señorita Snork!, dijo el Mumintroll. Precisamente ayer la andaba buscando.

¡Roela!, dijo Vifelán. ¡No pidoa tener la más ímnima spechaso que la bahíamos gicodo osnotros!

Hum, dijo el Mumintroll. ¿Y no ibais a enseñarme lo que tenéis dentro de vuestra maleta?

Tofelán y Vifelán asintieron encantados con la cabeza, y poniéndose uno a cada lado de la maleta

empezaron, con caras muy serias, a contar: ¡Onu! ¡Sod! ¡TERS! Se oyó un chasquido y abrieron la tapa.

¡Rayos, truenos y centellas!, exclamó el Mumintroll.

Una luz suave y rojiza llenó el escondrijo. Delante del Mumintroll un rubí del tamaño de una cabeza de pantera ardía con la intensidad de la puesta del sol, vivo como el fuego y el brillo del mar.

¿Te gutsa?, preguntó Tofelán.

Sí, dijo el Mumintroll con una voz débil.

¿Ya no vas a vovler a rollar?, dijo Vifelán.

El Mumintroll dijo que no con la cabeza.

Suspirando aliviados, Tofelán y Vifelán se sentaron para admirar la joya. La contemplaron embelesados y en completo silencio.

Como el mar, el rubí cambiaba constantemente de aspecto. A veces era luz pura, luego se tiñó de una luz rosada como la nieve en la cima de una montaña al levantarse el sol, y de pronto llamas de color rojo oscuro surgieron de su interior. Podía parecer un tulipán negro con estambres hechos de pequeñas chispas.

El Mumintroll dio un grito ahogado.

¡Oh, si el Snusmumrik pudiera verlo!, dijo.

Se quedó delante del rubí mucho, mucho rato. El tiempo parecía ir más despacio y sus pensamientos no dejaban de crecer.

Al final dijo:

Ha sido estupendo. ¿Puedo volver a mirarlo otro día?

Pero Tofelán y Vifelán no le contestaron.

Se arrastró por debajo de los arbustos otra vez, y como se sentía un poco mareado en la blanca luz del día se sentó un rato en la hierba para recuperarse.

¡Rayos! Apostaría mi cola a que ése es el Rubí Rey que el Mago está buscando en la Luna. ¡Y pensar que los pequeños Tofelán y Vifelán lo han guardado en la maleta todo el tiempo! El Mumintroll se sumergió en pensamientos profundos. No se dio cuenta de que la señorita Snork había cruzado el jardín y se había sentado a su lado. Pasado un rato le acarició muy suavemente el pelo de la cola.

¡Oh, eres tú!, dijo con sorpresa.

La señorita Snork sonrió.

¿Has visto mi nuevo peinado?, dijo, girando la cabeza.

¡Qué bonito!, dijo el Mumintroll.

Estás pensando en otra cosa, dijo la hermana del Snork. ¿Se puede saber en qué?

Mi rosa de madrugada, no te lo puedo decir, dijo el Mumintroll. Pero mi corazón está triste porque se ha marchado el Snusmumrik.

¡No puede ser!, dijo la señorita Snork.

Sí. Pero antes me dijo adiós. Sólo me despertó a mí para despedirse, dijo el Mumintroll.

Se quedaron sentados en la hierba sintiendo cómo el sol los iba calentando a medida que éste se alzaba. Snif y el Snork salieron a la escalera.

Hola, dijo la señorita Snork. ¿Sabéis que el Snusmumrik se ha marchado rumbo al sur?

¡Se ha ido sin mí!, dijo indignado Snif.

A veces se necesita estar solo, dijo el Mumintroll. Todavía eres muy pequeño para entender eso. ¿Dónde están los otros?

El Hemul ha ido a buscar setas, dijo el Snork. Y el Desmán ha metido su hamaca dentro. Piensa que las noches empiezan a ser frías. ¡Por cierto, tu mamá está de muy mal humor esta mañana!

¿Enfadada o contrariada?, preguntó sorprendido el Mumintroll.

Más bien contrariada, creo, dijo el Snork.

Tendré que entrar enseguida a ver lo que pasa, dijo el Mumintroll, y se levantó. ¡Eso es terrible!

Mamá Mumin estaba sentada en el sofá con una expresión desesperada.

Pero ¿qué te pasa?, le preguntó el Mumintroll.

Mi querido niño, me ha pasado una cosa horrible, dijo su mamá. Mi bolso ha desaparecido. ¡No puedo vivir sin él! Lo he buscado por todas partes, pero no lo encuentro.

¡Eso es un desastre!, dijo el Mumintroll. ¡No te preocupes, nosotros lo buscaremos!

Se organizó una gran búsqueda. Sólo el Desmán se resistió a participar. ¡De todas las cosas innecesarias los bolsos son las cosas más innecesarias! ¡Pensáoslo! El tiempo pasa y los días se suceden independientemente de si la señora Mumin tiene su bolso o no lo tiene.

Hay una diferencia enorme, dijo Papá Mumin. No reconocería a la madre del Mumintroll sin su bolso. ¡Nunca la he visto sin él!

¿Había muchas cosas dentro?, preguntó el Snork.

No, dijo Mamá Mumin. Sólo cosas que puedes necesitar en un apuro. Calcetines secos, caramelos, alambre, bicarbonato y cosas por el estilo.

¿Cuál será la recompensa en caso de que lo encontremos?, quiso saber Snif.

¡Lo que sea!, dijo Mamá Mumin. Os haré una gran fiesta y sólo prepararé postres para cenar. ¡No tendréis que lavaros ni acostaros temprano!

La búsqueda siguió con fuerzas redobladas. Hicieron una batida por toda la casa. Miraron debajo de las camas y las alfombras, en la chimenea y en la cava, en el desván y en el tejado. Buscaron en todo el jardín, en el cobertizo y cerca del río. Pero ni rastro del bolso.

¿No habrás subido con el bolso a algún árbol, o habrás ido a nadar con él?, preguntó Snif.

No, dijo Mamá Mumin. ¡Oh, qué desgraciada me siento!

¡Enviaremos un telegrama al periódico con un anuncio de búsqueda!, propuso el Snork.

Así lo hicieron y el telegrama salió enseguida con dos grandísimas noticias:

¡EL SNUSMUMRIK DEJA VALLE MUMIN!

Salida misteriosa al amanecer.

Y con letras todavía más grandes:

DESAPARECE EL BOLSO DE MAMÁ MUMIN

¡No hay pistas! La búsqueda continúa.

¡Se ofrece gran fiesta de agosto como recompensa!

Nada más saberse la noticia empezó un tremendo pulular en el bosque, en el monte y a lo largo

del mar. Hasta el ratón de bosque más pequeño participó en la búsqueda. Tan sólo los enfermos y ancianos se quedaron en casa y todo el Valle Mumin retumbaba con los gritos y saltos.

¡Vaya! ¡Vaya! ¡La que he organizado!, dijo Mamá Mumin. Pero se la notaba bastante animada.

¿Qué nestá buksando?, preguntó Vifelán.

Mi bolso, hijito, claro, dijo Mamá Mumin.

¿El nogre?, preguntó Tofelán. ¿Con cuarto quepeños bilsollos y que es moco un epsejo en que te puedes ver?

¿Qué has dicho?, preguntó Mamá Mumin. Estaba demasiado inquieta como para prestar atención.

El nogre con cuarto bilsollos, repitió Tofelán.

Sí, sí, dijo la mamá. Andad, hijitos, ¡salid a jugar y no os preocupéis por mí!

¿Qué te repace?, dijo Vifelán cuando llegaron al jardín.

No puedo soprotar verla tan tistre, contestó Tofelán.

Se lo tendremos que devovler, pusongo, dijo Vifelán con un suspiro. ¡Pero era tan garadalbe dromir en esos quepeños bilsollos!

Así que Tofelán y Vifelán fueron a su lugar secreto que nadie había descubierto todavía y sacaron el bolso de Mamá Mumin de debajo de los rosales.

Eran las doce en punto cuando Tofelán y Vifelán pasaron a través del jardín arrastrando entre los dos el bolso. El halcón los vio enseguida y gritó la noticia sobre el Valle Mumin. Fueron enviados telegramas a todos los rincones:

¡HALLADO BOLSO DE MAMÁ MUMIN!
Tofelán y Vifelán lo encuentran.
¡Conmovedoras escenas en Casa Mumin!

¿Realmente? ¿Es verdad?, exclamó Mamá Mumin ¿Dónde lo encontrasteis?

En los abrustos, dijo Tofelán. Era tan garadalbe dromir…

Pero en este momento entraron en tromba por la puerta la multitud que quería felicitar a Mamá Mumin y nunca llegó a saber que su bolso había servido de dormitorio a Tofelán y Vifelán (y tal vez fuera mejor así).

De todas maneras, nadie pensaba ya en otra cosa que en la gran fiesta de agosto. Todo tenía que estar listo antes de que saliera la luna. ¡Qué maravilla preparar una fiesta cuando sabes que va a ser un éxito y que vendrá toda la gente a la que quieres ver!

Hasta el Desmán se interesó y vino.

Necesitáis muchas mesas, dijo. Pequeñas y grandes. En sitios sorprendentes. Nadie quiere quedarse en el mismo lugar durante una gran fiesta. Me temo que va a haber más movimiento que de costumbre. En principio tendréis que ofrecer lo mejor que tengáis. Luego dará lo mismo lo que les deis. Estarán felices de todas maneras. Y no los molestéis con espectáculos, canciones o cosas por el estilo, dejad que ellos mismos sean el programa.

Cuando el Desmán hubo terminado su sorprendente demostración de sabiduría sobre la vida, se retiró a su hamaca para seguir leyendo el libro *Sobre la inutilidad de las cosas*.

¿Qué me pondré?, preguntó nerviosa la señorita Snork. ¿El adorno azul de plumas o la diadema

de perlas?

Las plumas, dijo el Mumintroll. Ponte unas plumas detrás de las orejas y alrededor de los tobillos. Y quizá dos o tres en el pelo de la cola.

¡Gracias!, dijo la señorita Snork, y se fue corriendo. En la puerta se encontró con el Snork, que llevaba unos farolillos de papel de colores.

¡Mira por dónde vas!, dijo molesto. ¡Me vas a aplastar los farolillos! ¡No acabo de entender para qué sirven las hermanas! Y se marchó al jardín y empezó a colgar los farolillos.

Mientras tanto, el Hemul estaba colocando los fuegos artificiales en los lugares más adecuados. Había lluvia de estrellas azules, petardos buscapiés, bengalas de tormenta de nieve, cascadas de plata y cohetes que al explotar llenan de estrellas el cielo.

¡Estoy tan ilusionado!, dijo el Hemul. ¿No podríamos soltar uno para ensayar?

No se verá nada con la luz del día, dijo el papá del Mumintroll. Pero si quieres puedes coger un petardo y encenderlo en la cava de patatas.

Papá Mumin estaba ocupado en la terraza preparando ponche en un barril. Ponía pasas y almendras, loto en almíbar, jengibre, azúcar, nuez moscada, un limón o dos y un par de litros de licor de serba para darle un poco de chispa a la bebida.

De vez en cuando llenaba una copita para probar.

Estaba *muy* bueno.

Sólo hay una cosa que siento, dijo Snif. No habrá música. El Snusmumrik se ha ido.

Podemos amplificar nuestra vieja caja de música, dijo Papá Mumin. ¡Todo se solucionará! El segundo brindis será en honor del Snusmumrik.

¿Y el primero, en honor de quién?, preguntó Snif esperanzado.

De Tofelán y Vifelán, claro, dijo el papá.

Los preparativos tenían cada vez más alcance. Los habitantes de todo el valle, el bosque, el monte y la costa llegaban con comida y bebida que ponían en las mesas del jardín. Montones de frutas relucientes y fuentes gigantescas con rebanadas de pan negro con mantequilla y diferentes tipos de fiambre, preparados de arenque, y quesos en las mesas más grandes; y en las pequeñas, colocadas debajo de las lilas, había nueces, avellanas, ramilletes de hojas, brochetas de bayas rojas, remolachas y espigas de trigo. Mamá Mumin tuvo que preparar la masa de los panqueques en la bañera porque todas las ollas de su cocina no le bastaban. Después subió once enormes tarros de confitura de la cava (el que hacía el doce se agrietó desafortunadamente cuando el Hemul prendió fuego a su buscapiés, pero no tuvo gran importancia porque Tofelán y Vifelán lo lamieron casi todo).

¡Fájite!, dijo Tofelán. ¡Tonta alobroto en nuestro honor!

Sí, no lo netiendo, agregó Vifelán.

Tofelán y Vifelán ocuparon los asientos de honor en la mesa más grande.

Cuando hubo oscurecido lo suficiente para encender los farolillos, el Hemul dio un golpe de gong, lo que significaba: «Podemos empezar».

Al principio todo fue muy solemne.

Todos llevaban sus mejores galas y se sentían un poco incómodos. Se saludaba mucho, se hacían reverencias y se decía: ¡Qué suerte que no llueva!, ¡Qué bien que el bolso se encontró por fin!

Y nadie se atrevía a sentarse.

Papá Mumin pronunció un pequeño discurso de bienvenida en el que explicó por qué se hacía la fiesta y dio las gracias a Tofelán y Vifelán. Luego habló de la brevedad del verano nórdico y dijo que era su deseo que todos se divirtieran mucho, y después empezó a hablar de su juventud.

En aquel momento entró Mamá Mumin con una carretilla llena de panqueques y todos se pusieron a aplaudir.

Enseguida se relajaron las formas y se animó la fiesta. Todo el jardín, no, mejor dicho, todo el valle, estaba lleno de mesitas iluminadas y por todas partes se veían los destellos de luciérnagas y

gusanos luminosos. En los árboles los farolillos se mecían como grandes y bellas frutas en la suave brisa de la noche.

Los cohetes dibujaban elegantes arcos contra el cielo de agosto y explotaban muy, muy arriba en una lluvia de estrellas blancas que lentamente caía sobre el valle. Y todos los bichitos levantaban la nariz hacia la lluvia de estrellas gritando hurra. ¡Era maravilloso!

Luego se alzaba la cascada de plata y las bengalas de tormenta de nieve se desataron como torbellinos sobre las copas de los árboles.

Había llegado la hora de los brindis. Papá Mumin venía por el camino del jardín haciendo rodar delante de él el gran barril de ponche rojo. Todos acudieron corriendo con sus copas y Papá Mumin no daba abasto llenando cada vaso, taza, cuenco, concha, escudilla, cubilete de corteza de abedul y hasta los cucuruchos hechos de hojas.

¡Vivan Tofelán y Vifelán!, gritó el Valle Mumin entero. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

¡Rahu!, gritaron Tofelán y Vifelán, y brindaron chocando sus copas.

Luego el Mumintroll se puso de pie en una silla y dijo:

Ahora quiero brindar a la salud del Snusmumrik que esta noche está caminando rumbo al sur, solitario, pero sin duda tan feliz como nosotros. ¡Deseémosle un lugar propicio para poner su tienda y alegría en su corazón!

Y una vez más los habitantes del valle entero alzaron sus copas.

¡Has hablado muy bien!, dijo la señorita Snork cuando el Mumintroll volvió a sentarse.

Gracias, si tú lo dices, dijo el Mumintroll tímidamente. ¡Lo cierto es que lo tenía preparado de antemano!

Entonces el papá sacó la caja de música al jardín y la conectó a un altavoz enorme. Al instante, el valle se llenó de brincos, saltos, pisadas, piruetas y revoloteos. Las hadas de los árboles bailaban en el aire con su cabellera al viento y parejas de ratones de torpes piernas giraban y daban vueltas en plazas y glorietas.

¿Me concedes un baile?, preguntó el Mumintroll haciendo una reverencia a la señorita Snork.

Pero cuando levantó su mirada vio una franja brillante sobre las copas de los árboles.

Era la luna de agosto.

A medida que iba saliendo parecía más grande que nunca, anaranjada y un poco mellada en el borde como un albaricoque en conserva. Dejaba una luz misteriosa sobre el Valle Mumin, que se llenó de luces y sombras.

Esta noche se pueden ver incluso los cráteres de la luna, dijo la señorita Snork. ¡Mira!

Debe de ser un lugar terriblemente desolado, dijo meditativo el Mumintroll. ¡Pobre Mago allí arriba buscando!

Si tuviéramos un buen telescopio tal vez podríamos verle, dijo la señorita Snork.

Sí, dijo el Mumintroll. ¡Pero ahora vamos a bailar!

Y la fiesta continuó todavía más animada.

¿Estás candaso?, preguntó Vifelán.

No, dijo Tofelán. Setoy senpando. Todos son tan pimsáticos con nosotros. Derebíamos hacer agio rapa ellos.

Tofelán y Vifelán cuchichearon un rato. Luego movieron las cabezas dejando saber que estaban

de acuerdo y después cuchichearon algo más.

Al final se adentraron en su lugar secreto. Cuando volvieron a salir llevaban consigo la maleta.

Hacía rato ya que habían dado las doce cuando de repente el jardín se llenó de un esplendor rojizo. Todos dejaron de bailar pensando que era otro fuego artificial. Pero no. Era simple y llanamente que Tofelán y Vifelán habían abierto su maleta. El Rubí Rey brillaba sobre la hierba con una luz más bella que nunca. Los fuegos, los farolillos, incluso la luna palidecieron a su lado. Silenciosos y con un sentido de recogimiento, todos se congregaron en grupos cada vez más grandes y densos alrededor de la resplandeciente joya.

¡Pensar que algo tan precioso existe!, exclamó Mamá Mumin.

Snif suspiró profundamente y dijo:

¡Qué suerte han tenido Tofelán y Vifelán!

Pero el Rubí Rey brillaba como un ojo rojo en medio de la tierra oscura de la noche, y allí arriba en la luna el Mago lo vio. Había renunciado a seguir buscando, y exhausto y disgustado se había sentado en el borde de un cráter para descansar, mientras su pantera negra dormía un poco más allá.

Enseguida se dio cuenta el Mago del significado del puntito rojo abajo en la tierra. ¡Era el Rubí Rey, el rubí más grande del mundo, el que hacía cientos de años que él andaba buscando! Se levantó bruscamente y con ojos ardientes miró hacia la tierra mientras se ponía sus guantes blancos y se abrochaba la capa alrededor de los hombros. Arrojó por el suelo todas las joyas que había guardado en ella: al Mago sólo le importaba una única joya, la que dentro de menos de media hora tendría entre sus manos.

La pantera se lanzó al aire con su amo en el lomo. Más rápidos que la luz atravesaron el espacio. Meteoros cruzaron su camino con un silbido amenazador y polvo de estrellas se posó en la capa del Mago como nieve de una ventisca.

Debajo de él la chispa roja brillaba cada vez con más intensidad. Cabalgaban directamente hacia el Valle Mumin y, con un último salto, la pantera aterrizó suavemente en una cima de las Montañas de la Soledad.

Los habitantes del Valle Mumin estaban todavía sentados ante el Rubí Rey admirándolo silenciosamente. En sus llamas veían reflejados los momentos más felices, nobles y atrevidos que habían conocido y tenían ganas de volverlos a recordar y vivir. El Mumintroll recordó su paseo nocturno con el Snusmumrik y la señorita Snork pensaba en su triunfal conquista de la reina de madera. Mamá Mumin se imaginaba otra vez tumbada en la cálida arena bajo el sol viendo el cielo entre las cabezas de los claveles de mar que se balanceaban delicadamente en la brisa marina.

Todos y cada uno de ellos se hallaban lejos de allí, perdidos en sus recuerdos. No es de extrañar, pues, que se sobresaltaran cuando un ratoncito blanco con ojos encarnados salió de la sombra y se acercó al Rubí Rey. Detrás le seguía un gato negro negrísimo que fue a estirarse en la hierba un poco

más allá.

Nadie estaba al tanto de la existencia de un ratón blanco en el Valle Mumin y tampoco de un gato negro.

¡Miss, miss, miss!, le hizo el Hemul.

Pero el gato cerró los ojos y no se molestó siquiera en responderle.

¡Buenas tardes, primo!, dijo el ratón de bosque.

El ratón blanco le contestó al ratón de bosque con una larguísima mirada roja oscura.

Papá Mumin se adelantó con dos copas para ofrecer a los recién llegados un poco de ponche.

Una cierta aprensión se adueñó del Valle. Cuchicheos y rumores. Tofelán y Vifelán se pusieron un poco nerviosos y volvieron a poner el rubí en su maleta y cerraron la tapa. Pero cuando iban a llevársela el ratón blanco se puso sobre sus patas traseras y empezó a crecer.

Fue creciendo y creciendo hasta llegar a ser casi tan grande como la Casa Mumin. Creció hasta convertirse en el Mago con guantes blancos y ojos rojos, y cuando acabó de crecer se sentó en la hierba mirando a Tofelán y Vifelán.

¡Vete jievo feo!, dijo Vifelán.

¿Dónde habéis encontrado el Rubí Rey?, preguntó el Mago.

¡Y a ti qué te improta!, dijo Tofelán.

Nunca nadie había visto a Tofelán y Vifelán tan valientes.

Llevo trescientos años buscándolo, dijo el Mago. ¡Es lo único en el mundo que me interesa!

¡A osnotros nos sapa igual!, dijo Vifelán.

¡No puedes quitarles el Rubí Rey!, dijo el Mumintroll. ¡Lo compraron honradamente a la Bu!

Pero el Mumintroll no mencionó que lo habían conseguido a cambio del viejo sombrero del mismísimo Mago. (Por cierto, ¡llevaba uno nuevo!)

¡Necesito tomar algo!, dijo el Mago. ¡Esto me está sacando de quicio!

Mamá Mumin se adelantó y le dio un plato lleno de panqueques y confitura.

Mientras el Mago comía, todos se fueron acercando un poco. ¡Alguien que come panqueques y confitura no puede ser tan terriblemente peligroso! Se puede hablar con él.

¿Están boneus?, preguntó Tofelán.

Sí, gracias, dijo el Mago. ¡Hacía ochenta y cinco años que no comía panqueques!

Todos sintieron lástima por él y se acercaron aún más.

Cuando el Mago terminó de comer se limpió sus bigotes y dijo:

No os puedo arrebatar el Rubí Rey, porque lo que se ha comprado, o se ha de volver a comprar o se ha de regalar. ¿No me lo podríais vender por, digamos, dos montañas de diamantes y un valle lleno de joyas variadas?

¡De ninguna marena!, dijeron Tofelán y Vifelán a coro.

¿Y no me lo podéis regalar?, preguntó el Mago.

¡De ninguna marena!, repitieron Tofelán y Vifelán.

El Mago suspiró y se quedó pensando un rato con aspecto apenado.

Luego dijo:

¡Que siga la fiesta! Haré un poco de magia para vosotros. Por favor, ¡que cada uno piense un deseo! Cada cual verá cumplido el suyo. ¡Primero los señores Mumin!

La mamá del Mumintroll estaba dubitativa.

¿Tienen que ser cosas?, preguntó. O ¿pueden ser ideas? ¿Sabe el señor Mago lo que quiero decir?

¡Claro que sí!, dijo el Mago. Obviamente es más fácil con cosas, pero ideas también valen.

Entonces me gustaría mucho que el Mumintroll dejara de llorar la ausencia del Snusmumrik, dijo Mamá Mumin.

¡No sabía que se me notara tanto!, dijo el Mumintroll, sonrojándosele la nariz.

El Mago agitó una vez su capa y enseguida la melancolía voló del corazón del Mumintroll. Su añoranza se había convertido en esperanza, y se sintió mucho mejor.

¡Tengo una idea!, gritó el Mumintroll. Querido Mago, ¡haz que toda esta mesa con todo lo que hay encima vuele hasta donde esté en este momento el Snusmumrik!

Al instante la mesa ascendió en el aire entre las copas de los árboles y voló rumbo al sur con panqueques y confitura, con frutas y flores y ponche y caramelos, además del libro del Desmán que éste había dejado en una esquina.

¡Vamos, lo que faltaba!, dijo el Desmán. ¡Pido que se invierta la magia y que se me devuelva mi libro enseguida!

¡Lo hecho, hecho está!, dijo el Mago. Pero el señor tendrá un libro nuevo. Aquí lo tiene.

El Desmán leyó el título: *Sobre la utilidad de todas las cosas*.

¡Pero éste no es! ¡Él que yo tenía trataba de la inutilidad de todas las cosas!

Creo que ahora me toca a mí, dijo el papá del Mumintroll.

¡Pero es terriblemente difícil decidir qué elegir! He pensado en un montón de cosas, pero nada me termina de convencer. Un invernadero, es más divertido hacerlo uno mismo. Una barca también. ¡Por cierto, yo ya tengo de casi todo!

Tal vez no necesitas pedir ningún deseo. Déjame tu deseo y así pediré yo dos cosas, propuso Snif.

Quizá, dijo Papá Mumin. Pero sería una lástima no pedir nada cuando por una vez tienes la oportunidad…

¡Date prisa!, dijo Mamá Mumin. ¿Por qué no pides unas tapas bonitas para encuadernar tus memorias?

Sí, ¡qué buena idea!, dijo el papá feliz. Todos gritaron de admiración cuando el Mago le entregó unas tapas de cuero rojo repujado en oro e incrustaciones de perlas.

¡Ahora a mí!, chilló Snif. ¡Un barco para mí solito! ¡Un barco con forma de concha y con velas color púrpura! ¡Con mástil de jacarandá y todos los toletes de esmeraldas!

¡Menudo deseo!, dijo el Mago amablemente, y agitó su capa.

Todos contuvieron la respiración, pero el barco no aparecía.

¿No ha podido ser?, preguntó Snif decepcionado.

¡Claro que ha podido ser!, contestó el Mago. Pero lo he dejado en la playa, ¿comprendes? Lo encontrarás allí mañana.

¿*Con* toletes de esmeraldas?, preguntó Snif.

Desde luego. Cuatro y uno más de repuesto, dijo el Mago. ¡El siguiente!

Vamos a ver, empezó el Hemul. Para decir la verdad, he roto la pala de botánico que me dejó el Snork. De modo que voy a necesitar una igual.

Al recibir la nueva pala hizo educadamente una reverencia femenina, ya que con falda le pareció ridículo hacerla a la manera de los hombres.

¿No es cansado hacer magia?, preguntó la señorita Snork.

¡No cuando se trata de cosas tan fáciles!, dijo el Mago. ¿Y qué querrá la pequeña señorita?

Probablemente sea algo más difícil, dijo la señorita Snork. ¿Puedo susurrárselo al oído?

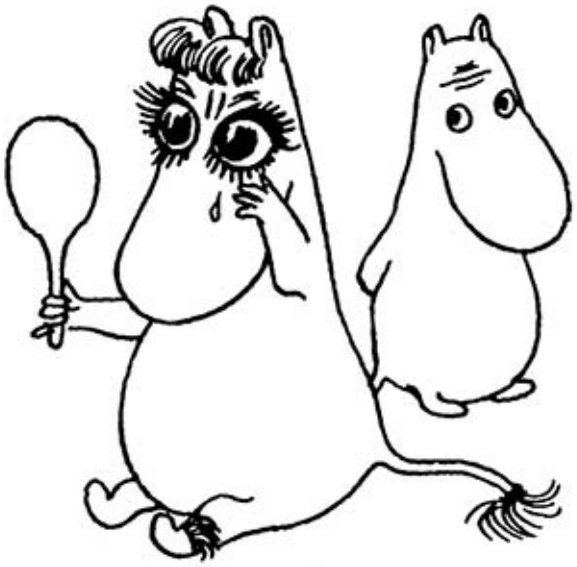
Cuando terminó de susurrar, el Mago tenía cara de sorpresa y preguntó:

¿Está la señorita segura de que le sentarán bien?

¡Sí, absolutamente segura!, insistió la señorita Snork.

Bueno, dijo el Mago. ¡Pues ahí va!

Al instante un grito de asombro salió de la multitud. La señorita Snork había cambiado totalmente de aspecto.



¡¿Pero qué te has hecho?!, exclamó el Mumintroll enfurecido. He pedido los ojos de la reina de madera, dijo la señorita Snork. Pensaste que era tan guapa, ¿no?

Sí, pero…, murmuró desesperado el Mumintroll.

¿No te parecen preciosos?, dijo la señorita Snork y empezó a llorar.

Vamos, vamos, no llore, dijo el Mago. Si no está contenta, el hermano de la señorita puede pedir que retornen sus ojos.

Sí, pero yo había pensado en algo totalmente distinto, protestó el Snork. ¡Si ella tiene deseos estúpidos no es mi culpa!

Y tú, ¿en qué habías pensado?, preguntó el Mago.

¡En una máquina calculadora!, contestó el Snork. Una máquina que puede calcular si las cosas son correctas o incorrectas, buenas o malas.

¡Eso es demasiado difícil!, dijo el Mago negando con la cabeza. Con eso no me atrevo.

Bueno, si no puede ser, una máquina que escriba, dijo el Snork. ¡Me imagino que mi hermana verá igual de bien con sus ojos nuevos!

Sí, pero no es igual de guapa, dijo el Mago.

¡Querido hermanito!, dijo entre sollozos la señorita Snork, que había encontrado un espejo. ¡Por favor, pide que vuelvan mis antiguos pequeños ojos! ¡Tengo un aspecto espantoso!

Bueno, sí, dijo magnánimo el Snork. Los tendrás por el honor de la familia. Pero espero que a partir de ahora seas un poco menos caprichosa.

La señorita Snork volvió a mirarse en el espejo y gritó emocionada. Sus antiguos y simpáticos ojos estaban otra vez en su sitio, pero, de hecho, ¡las pestañas eran un poco más largas! Abrazó feliz a su hermano y gritó:

¡Cariño, eres maravilloso! ¡Te regalaré una máquina que escriba como regalo de primavera!

¡Bof, no tiene importancia!, dijo el Snork que se sintió un poco abochornado. Pero no me beses en público. Simplemente no podía soportar verte con ese aspecto espantoso.

Ajá, ahora sólo quedan de la Casa Mumin Tofelán y Vifelán, dijo el Mago. ¡Tenéis que pedir un deseo entre los dos porque no se os puede distinguir el uno del otro!

¿No vas a depir algo rapa ti?, preguntó Tofelán.

No puedo, dijo triste el Mago. ¡Sólo puedo cumplir los deseos de los demás y convertirme en diferentes cosas!

Tofelán y Vifelán le miraron fijamente. Luego se pusieron a pensar juntos y cuchichearon durante largo rato.

Al final dijo Vifelán solemnemente:

Hemos cidedido depir un deseo para ti, porque eres muy pimsático. ¡Requemos un rubí tan dangre y bello como el nostreu!

Todos habían visto al Mago reír, pero nadie le creía capaz de sonreír. Y ahora toda su cara estaba iluminada por una gran sonrisa. Estaba tan contento que todo él irradiaba felicidad: las orejas, el sombrero, ¡incluso las botas! Sin decir palabra agitó su capa sobre la hierba. ¡Y mira! Una vez más el jardín se llenó de una luz rojiza. ¡En la hierba, ante ellos, apareció un gemelo del Rubí Rey: ¡Un Rubí Reina!

¿Por fin eres lefiz?, preguntó Tofelán.

¿Que si lo soy?, gritó el Mago, y cogió con mimo la luminosa joya en su capa. ¡Y ahora todos los que estáis aquí, ratoncillos, bichitos y criaturas diversas de todo el valle, podéis pedir lo queráis! Cumpliré vuestros deseos hasta al amanecer porque tengo que estar en casa antes de que salga el sol.

¡Y entonces sí que empezó la verdadera fiesta!

Delante del Mago se formó una cola interminable de criaturas del bosque que gorjeaban, reían, gruñían y gritaban esperando su turno para pedir un deseo. Si alguien pedía una tontería podía pedir otra vez, ya que el Mago estaba de un humor espléndido. El baile empezó de nuevo y salieron más carritos de panqueques que colocaron debajo de los árboles. El Hemul disparó fuegos artificiales sin parar y Papá Mumin sacó sus memorias con sus preciosas tapas para leer en voz alta sobre su niñez.

¡Nunca se había festejado tanto en el Valle Mumin!

Oh, ¡qué maravilla, cuando se ha comido todo, bebido todo, hablado de todo y bailado hasta agotar las piernas, volver a casa para dormir en la hora silenciosa antes de levantarse el sol!

El Mago vuela hasta el fin del mundo y la mamá ratón se enrosca en su nido debajo del árbol, tan feliz el uno como el otro.

Pero tal vez el más feliz de todos sea el Mumintroll que vuelve a casa con su madre a través del jardín en la hora del amanecer en que la luna se hace transparente y los árboles se mecen suavemente en la brisa del mar. Ahora llega la frescura del otoño al Valle Mumin. Ha de ser así para que vuelva la primavera.

TOVE JANSSON (Helsinki, 1914-2001) era la mayor de los tres hijos del escultor sueco-finés Viktor «Faffan» Jansson y de la dibujante sueca Signe Hammarsten-Jansson. En *La hija del escultor* (1968) describe su niñez en el mundo artístico bohemio-burgués de Helsinki. La familia pasaba los veranos en el *skárgård*, o sea los islotes que bordean la costa cerca de la capital, un lugar que sin duda inspiró a Tove Jansson a la hora de crear Valle Mumin.

Pronto quedó claro que Tove también sería artista. Dejó la escuela a los 15 años y estudió arte en Estocolmo, Helsinki y París. Viajó por toda Europa y participó en varias exposiciones. En los años 1930 y 1940 era ya una popular dibujante de tiras cómicas antifascistas para la revista *Garm*, y realizó una serie de atrevidas caricaturas políticas y acertadas imágenes de la vida cotidiana en la Finlandia en tiempos de guerra.

El primer libro sobre los mumin, *Smátrollen och den stora óversvamningen* [*El trollicito y el gran diluvio*] se publicó en 1945. En su estreno como novelista Tove Jansson dio el papel protagonista al personaje principal de su tebeo en *Garm*. En la revista, el personaje se llamaba «Snork», ahora lo rebautizaba como «el Mumintroll». «Al principio, para mí escribir era un mero juego», explicó en una ocasión Tove, «pero de alguna manera terminó siendo tan importante y tan difícil como pintar, dos actividades que tuvieron que convivir; una convivencia que tal vez se plasmara en las ilustraciones de los libros». Se publicarían ocho títulos más, escritos en sueco, sobre el mundo de los mumin. El segundo fue *Kometjakten* [*Caza al cometa*, primera versión de *La llegada del cometa*], de 1946, y el último *Sent i november* [*Finales de noviembre*], de 1970. A la familia de Valle Mumin, cuyo centro lógicamente era Mamá Mumin, se iría sumando un variopinto grupo de vecinos: la Señorita Snork y Snif, el Snusmumrik y Pequeña My, los filifjonkor, los hatifnat y los hemul, todos con su muy particular personalidad y modo de ver la vida. Con los mumin y sus amigos, Tove Jansson ha

logrado crear un universo autónomo que inspira y cautiva por igual a los niños y a los adultos.

Pero fue *Trollkarlens hatt* [*El sombrero del Mago*, 1948] el libro que realmente lanzó a Tove Jansson como autora de libros infantiles. Fue traducido al inglés y abrió el camino para la colección de los mumin en el contexto internacional. Los libros se han traducido a 35 idiomas y se han hecho adaptaciones de ellos tanto para teatro como para radio y televisión. Sin embargo, los libros sobre los mumin constituyen sólo parte de una producción artística mucho más extensa.

Tove Jansson también ha escrito novelas, relatos, piezas radiofónicas y obras teatrales, como *Den arliga bedragaren*, *Rent spel* y *Resa med latt bagage*. Uno de sus libros favoritos era *El libro del verano* (Siruela, 1996), que cuenta la historia de la joven Sofía y su octogenaria abuela, para quien Tove utilizó a su propia madre como modelo. Tove Jansson recibió una gran cantidad de distinciones y premios, entre ellos la Plaqueta Nils Holgersson 1953, el Nacional de Literatura 1963, 1971 y 1982, la Medalla Hans Christian Andersen 1966, el Premio Márbacka 1972, la Medalla Pro Finlandia 1976 y el Gran Premio de la Academia Sueca 1994.

Tove Jansson con algunos de sus personajes

Notas

[1] El Hemul siempre llevaba una prenda que había heredado de su tía materna. Sospecho que todos los hemul llevan vestido. Parece raro, pero así es. *(N. de la A.)*<<

[2] Los snork a menudo cambian de color cuando se emocionan. *(N. de la A.)*<<

[3] Si quieres saber en qué se convirtieron los dientes postizos del Desmán, se lo tendrás que preguntar a tu mamá. Ella seguramente lo sabe. *(N. de la A.)*<<

[4] Pregunta a tu mamá. ¡Ella sabrá cómo hacerte una! *(N. de la A.)*<<

Colección de Los Mumin

Los libros de *Los Mumin* (del sueco Mumintroll) son historias para niños protagonizadas por una familia de troles escandinavos cubiertos de suave pelo blanco, con aspecto redondo, grandes hocicos y una cola terminada en un mechón que les hacen asemejarse remotamente a hipopótamos.

Los Mumin son seres dulces y delicados caracterizados por sus buenas maneras y su lenguaje cortés y educado. Para ellos el menor gesto, el hecho más nimio, es un acontecimiento capaz de desencadenar la aventura, una aventura siempre ingenua y fantástica.

Habitan en el Valle Mumin, un lugar idílico y tranquilo, donde viven en armonía con la naturaleza. Su hogar está cerca del mar y rodeado de montañas. En invierno todo se cubre de nieve para estallar en colores cuando llega la primavera. Su casa es azul y redonda, con forma de chimenea y numerosas ampliaciones para alojar a las numerosas visitas.

Además de la familia Mumin, también hay varios amigos suyos que son diferentes en aspecto, algunos humanos: Los ordenados Hemulens, los intrépidos husmeones, los Snorks, el Enorme Edward, los pegapatas, los goumpers y muchas otras pequeñas criaturas como las musarañas invisibles o los homsa.

Aunque son dibujos y relatos hechos para niños, en el transfondo la autora refleja su propia filosofía de vida: La defensa de la convivencia pacífica, la amistad y la familia, la necesidad de pocas cosas materiales, la educación, el respeto y cuidado por el medio ambiente, por cualquier forma de vida, y dentro de la individualidad de cada uno, el respeto por las formas de ser por muy extrañas o extravagantes que en principio pudieran parecer.

El estilo de los libros de *Los Mumin* fue cambiando con el paso del tiempo. Así, los primeros son historias de aventuras con inundaciones, cometas y otros eventos sobrenaturales. Tienen un humor ligero y un tono amable. *La familia Mumin en invierno* (1957) marcó un giro importante: Las historias toman una trama más “realista” (en el contexto del universo Mumin, naturalmente) y los personajes empiezan a adquirir cierta profundidad psicológica. Las siguientes novelas son libros serios y con una psicología profunda.

Los títulos y la fecha de publicación en sueco que aparecen a continuación corresponden a las

historias en formato libro. Han sido publicados en más de 40 idiomas de todo el mundo. *Los Mumin* siguen viviendo aventuras en formato de tiras cómicas en prensa, libros ilustrados, cómic y manga, así como en varias series de dibujos animados.

1. Los mumin y la gran inundación (1945)
2. La llegada del cometa (1946)
3. El sombrero del mago (1948)
4. Memorias de Papá Mumin (1950)
5. Loca noche de San Juan (1954)
6. La familia Mumin en invierno (1957)
7. La niña invisible, y otras historias (1962)
8. Papá Mumin y el mar (1965)
9. Finales de noviembre (1970)

En el año 2014 se celebra el centenario del nacimiento de Tove Jansson (1914-2011), escritora e ilustradora finlandesa a quien debemos la serie de libros de *La Familia Mumin*. *Los Mumin* de Tove Jansson son unos seres que se pueden emparejar perfectamente con *Pippi Långstrump* de Astrid Lindgren en lo que podemos definir como el naïf nórdico en el que la principal característica es una inocencia arrebatadora que mueve a los personajes y en el que planea la idea de que la voluntad personal será aquella que nos permitirá cambiar las cosas a nuestro alrededor, es decir, nos hablan de esperanza, algo muy necesario en todos los tiempos.

Personajes de Los Mumin

Nota peliminar: Debido a las numerosas traducciones que se han realizado, los nombres de los personajes han ido variando con las ediciones y formatos. Esperamos haber sido capaces de recogerlos todos.

Mumintroll (también llamado el troll mumin) es un Mumin joven, amable y curioso, que se interesa por todo lo que le rodea. El mundo está lleno de cosas interesantes que investigar, pero lo que más le gusta es coleccionar piedras y conchas. Como a todos los Mumin le encanta el mar. Tiene una gran confianza en sus amigos y se preocupa si alguno de ellos es infeliz. Es muy sensible y nada rencoroso. Es un soñador y un pensador, y su mejor amigo es el vagabundo inconformista Snusmumrik.

Mumintroll piensa que el Valle Mumin es el lugar más interesante y más seguro del mundo. Por eso él es tan valiente y curioso. Puede llenar su deseo de entender las cosas excepcionales y las criaturas extrañas sin tenerles miedo. Lo único que le hace sentir mal es que le dejen solo. Cada noviembre, cuando Snusmumrik se va al sur durante el invierno, le deja una carta especial en la que le promete que volverá al Valle Mumin el primer día de primavera. Por su casa aparecen multitud de visitantes, lo cual le hace muy feliz.

Ama a su familia por encima de todo. No hay problema que Mamá Mumin no pueda resolver y cuando Papá Mumin inventa una buena excusa para ir de aventuras, él siempre está dispuesto a seguirle. Cuando la señorita Snork empezó a ser su novia aprende que el amor a veces puede hacerte sentir nostálgico e incluso francamente triste.

Mumintroll aparece desde el primer número de la colección “Los Mumin y la gran inundación”. No llega a la mayoría de edad en las historias de los Mumin, pero se hace muy mayor en el libro “Los Mumin en invierno”. Es fácilmente reconocible por su forma redondeada y suave, y el penacho en el extremo de su cola. Todos los Mumins tienen ojos grandes y orejas pequeñas.

Papá Mumin es un orgulloso padre de familia, aventurero y un tanto infantil. Le encanta filosofar y siempre quiere estar donde esté la acción. Se considera a sí mismo un erudito experto en muchas materias y siempre está dispuesto a aconsejar a los demás. También es un soñador al que le gusta el whisky y la compañía de amigos extravagantes. Disfruta reflexionando sobre grandes temas vitales y a menudo toma notas de sus observaciones, escribir es muy importante para él. Le encanta el mar y se considera un habilidoso marinero y pescador. Vivió en su juventud grandes aventuras y le deleita contarlas en cuanto tiene oportunidad.

Se le reconoce enseguida porque lleva sombrero de copa y bastón. Aparece desde el primer libro, “Los Mumin y la gran Inundación” y nos cuenta sus grandes hazañas de juventud en las “Memorias de Papá Mumin”.

Mamá Mumin es una madre tranquila y serena que nunca pierde los nervios por tonterías. Consigue que la casa Mumin sea siempre un lugar seguro y lleno de amor tanto para su familia como para los visitantes. Educa a su familia con tanta habilidad que apenas notan que están siendo educados. Desea

que todos sean felices y valora a cada uno por sí mismo, interviene siempre si alguien le hace daño a otro. No se preocupa por las payasadas de los demás porque cree que todos aprendemos mucho de nuestros errores. Siempre está dispuesta para ayudar y consolar, nadie puede estar triste si ella está a su lado. Los habitantes del valle de Mumin confían en ella porque nunca revela los secretos que le confían. Gracias a ella todo va como una seda en la casa de los Mumin. Consigue solucionar incluso los problemas más difíciles y siempre ve el lado bueno de las cosas.

Lleva un delantal y un enorme bolso negro lleno con todo tipo de cosas importantes para los casos de emergencia como alambre, pastillas para dolor de estómago y caramelos. Aparece en casi todos los libros de los Mumin.

La señorita Snork, (también llamada Esnorquita / la señorita Pocavoz) es la amiga y compañera de juegos de Mumintroll. Se gustan mucho y les encanta pasar el rato juntos. Tiene una personalidad alegre y está llena de energía aunque sus continuos cambios de opinión pueden irritar un poco a los demás. Es una soñadora y a menudo tiene fantasías romanticas.También es un poco coqueta y vanidosa, pero en las situaciones difíciles tiene ideas muy ingeniosas. En el libro “La llegada del cometa” se le ocurre una forma de librase de un pulpo que amenaza a Mumintroll. Su manía es que su flequillo tiene que estar siempre peinado. Lleva una tobillera dorada. Tiene un hermano, Snork. Ambos son Snorks, una especie que difiere ligeramente de los Mumins. Por ejemplo su piel cambia de color según su estado de ánimo. Cuando la señorira Snork se siente molesta se vuelve de color verde claro. Aparece en casi todos los libros de los Mumin.

Snusmumrik (también llamado Manrico / Husmealotodo / Snufkin) es un vagabundo filósofo que recorre el mundo pescando y tocando la armónica. Lleva todo lo que necesita en su mochila y cree que tener demasiadas cosas te complica la vida. Es tranquilo y confiado, le gusta reflexionar sobre las cosas. Va y viene como le place. Tiene un montón de admiradores en el Valle Mumin, especialmente entre los habitantes más pequeños y tímidos. Su mejor amigo es Mumintroll. Snusmumrik recibe cada acontecimiento y cada nueva persona que conoce cálidamente y con interés. Le gusta pasar tiempo con los Mumin en su valle pero en noviembre emigra al sur a pasar el invierno, volviendo en primavera. Es sociable, pero prefiere viajar solo. Explora lugares que no conoce y come lo que pesca. No le preocupan cómo se llaman esos lugares que recorre sino disfrutar del viaje en sí. Le encanta vagar por la noche iluminado sólo por la luz de la luna. Siempre lleva un sombrero de color verde oscuro de ala ancha y un abrigo maltrecho del mismo color. La Pequeña My es su medio hermana. Es hijo de Mimbla y Bártulos. Se une a los Mumin por primera vez en el libro “La llegada del cometa”.

La Pequeña My (también llamada Mia Diminuta / Pequeña May La-Mas-Pequeña-Que-Hay) vive en casa de los Mumin aunque no tiene vinculo familiar con ellos. Es muy valiente y no le teme a nada, siempre está dispuesta a unirse a cualquier aventura. Es positiva y sociable y aunque tiende a enfadarse por detalles nunca hace

cosas malas a propósito. A veces, cuando alguien se pone muy sentimental, ella le hace poner los pies en el suelo con sus razonamientos. Le gusta tomar sus propias decisiones. No le molestan en absoluto el desorden o incluso el caos, de hecho, considera que la vida es mucho más interesante de esa manera. Al ser tan pequeña, puede esconderse en una jarra de leche o entre cucharones y batidoras en una estantería de la cocina. A veces duerme en el bolsillo de Snusmumrik . Le encanta descubrir los secretos de la gente, pero nunca se los cuenta a nadie. A pesar de ser temeraria e imprudente, es totalmente honesta y de confianza, siempre está dispuesta para ayudar ante cualquier situación.

La Pequeña My nació una noche de verano. La familia Mumin la adoptó cuando aún era muy niña. La anciana Mymbla es su madre y Snusmumrik es su medio hermano. También es hermana de la joven Mymbla. Lleva su cabello pelirrojo recogido en un moño y un vestido rojo. Aparece por primera vez en el libro “Las memorias de Papá Mumin.”

Snif (también llamado Sniff) no es un Mumin, pero vive en su casa, como la Pequeña My. Le gusta apuntarse a cualquier aventura de los Mumin aunque su timidez le impide hacer nada peligroso. Tiene buen carácter y es un poco miedoso. Le gustan las cosas valiosas y se emociona cuando encuentra alguna, sobretodo los objetos brillantes. Idea muchos planes para hacerse rico que por lo general no tienen ningún éxito. Ser propietario de cosas es muy importante para él. Muchos de los residentes en el Valle Mumin no podrían vivir sin el mar, pero a él le aterroriza el agua, ni siquiera se atreve a subir al embarcadero. Le encanta investigar cosa nuevas con los demás pero se cansa pronto y es siempre el primero del grupo que quiere abandonar. Sniff es egoísta, perezoso y se aburre con facilidad, por lo que no se le puede pedir que se interese por nada durante mucho tiempo. Sus padres El Tolondrón y la Salsabicho lo perdieron cuando era pequeño y los Mumin lo encontraron mientras buscaban a Papá Mumin que había desaparecido en “Los Mumin y la gran inundación”. Desde entonces se ha quedado con ellos. Se puede reconocer a Snif por sus grandes orejas puntiagudas y su larga cola.

Tutiqui es una vieja amiga de la familia Mumin. Es una mujer sabia que sabe resolver todo tipo de dilemas de una manera sensata y práctica. Es como un torbellino, se lanza directamente a la acción y ayuda a los Mumin a que todo esté en su lugar. Es diferente de la mayoría de los que habitan el valle porque ella no hiberna. Pasa el invierno en la caseta de baños de la familia Mumin donde se instala de la forma más confortable posible y donde las musarañas invisibles le hacen compañía. Aunque Tutiqui es capaz de arreglar casi todo, cree que a veces hay que aceptar que hay algunas cosas que sencillamente no tienen arreglo. No le gusta decir a los demás cómo tienen que vivir ya que cree que todo el mundo tiene que aprender de sus propias experiencias (buenas o malas). Lleva un jersey a rayas y una gorra. La conocemos por primera vez en el libro “Los Mumin en invierno” en el que Mumintroll se despierta en medio de su ciclo de hibernación y aprende a comprender el invierno con su ayuda.

Los Hemulens (también llamados Jemulens / Melindrosos) se parecen físicamente a los Mumin, aunque son algo más grandes. Aman el orden y la jerarquía. Les gusta mandar y esperan que todos

cumplan las leyes al pie de la letra. No son muy dados a escuchar la opinión de los demás y carecen de sentido del humor. A menudo coleccionan cosas como distracción, pero se obsesionan y ya no tienen tiempo para pensar en nada más. En cuanto empiezan a coleccionar plantas o sellos tienen la necesidad de completar la colección lo antes posible. El Guardia que persigue a Stinky le gusta a todo el mundo, mientras que el botánico esta completamente obsesionado con coleccionar es un poco intratable. Los Hemulens aparecen ya en el primer libro “Los Mumin y la gran inundación”.

El Snork (también llamado Esnorque / el Pocavoz) es hermano de la señorita Snork. Es diligente e ingenioso, con un talento excepcional para inventar y construir máquinas nuevas. Los residentes del Valle Mumin le consultan a menudo y le piden ayuda para resolver problemas difíciles. Puede organizar con habilidad hasta el más exigente de los proyectos. También es bueno con las manos y a veces construye sus propias invenciones en su taller. Fue aquí donde construyó su extraño artilugio volador. La precisión es crucial para él. Investiga por su cuenta y luego transmite sus conocimientos y observaciones a los demás. También es un lector voraz. No duda en expresar cómo piensa que se pueden resolver los problemas y por eso los demás lo consideran un poco un sabelotodo. Snork lleva flequillo y gafas de montura de pasta cuadrada. Al igual que su hermana cambia de color según su estado de ánimo. Lo encontramos por primera vez en “La llegada del cometa”.

Mymla (también llamada Mymble / Mymlan) es hermana de Pequeña My y medio hermana de Snusmumrik. Su madre también se llama Mymbla. Es una hermana mayor atenta, responsable y cariñosa que se ocupa de cuidar de todos sus hermanos menores. A pesar de tener los mismos padres y parecerse, Mymbla y Pequeña My son muy diferentes. Mymbla es mucho más calmada y le gusta soñar con cómo será el amor de su vida. Lleva un vestido rosa y se recoge el pelo en un moño idéntico al de Pequeña My. Aparece por primera vez en el libro “Las memorias de Papá Mumin.”

Los Hatifnats (también llamados Jatifnatarnis / hatifnatas / Hattifatteners) son unos seres silenciosos que están siempre deambulando en grandes manadas. La única cosa que les interesa es alcanzar el horizonte. Son pálidos, sordos, mudos, no tienen cara y acumulan electricidad. No necesitan comer ni dormir. Se agrupan muy juntos en grandes manadas. Sólo les interesa vagar por ahí. Parecen setas delgadas con dos pequeñas manos a los lados. Sus grandes ojos cambian de color en función del paisaje que les rodea.

La Filifjonka (también llamada la Señora Fillyjonk): Para ella son vitales el orden y unos principios estrictos. No quiere que sus hijos aprendan malas costumbres y le disgusta que hagan demasiado ruido al jugar. Quiere que sus normas y principios se obedezcan al pie de la letra. Incluso la desgracia más insignificante puede deprimirla y pierde los nervios con facilidad. Aunque es obediente hasta extremos insospechables, en el fondo se siente un poco celosa de la libertad con la que viven los Mumin. Mantiene un nivel exhaustivo de limpieza y orden en su casa y jardín. Tiene un hocico largo y lleva

un vestido rojo a conjunto con la borla de su sombrero. Viste a todos sus hijos exactamente igual. Cuando la Filifjonka sale a pasear lleva un pequeño bolso. Vive con sus tres hijos en el valle Mumin en una casa rodeada por una valla muy cuidada. Aparece por primera vez en el libro “Loca noche de San Juan”.

La Bu (también llamada La Buka / La Moran) es una criatura oscura cuya mera presencia aterroriza a todos dondequiera que vaya. Aparece sin que la inviten y rara vez dice nada. Por lo general, simplemente se queda mirando amenazadoramente con sus ojos redondos y desaparece tan pronto como consigue lo que vino a buscar. La rodea un aura gélida y congela todo lo que toca. Se sabe poco de su vida. Aunque los Mumins la temen también les da mucha pena su soledad desesperada. Se encuentran con ella por primera vez en el libro “La llegada del cometa” y con más protagonismo en “El sombrero del mago”, cuando ella aparece buscando el Rubí del Rey que Tofelan y Vifelán habían robado. Se la puede reconocer por sus ojos fijos y la larga fila de dientes brillando bajo su gran nariz.

Tofelán y Vifelán son inseparables y casi siempre van cogidos de la mano. Hablan de forma extraña que al principio sólo Hemulen logra entender. A este pequeño y curioso dúo les gusta esconderse en lugares donde se acumulan cosas (como debajo de las alfombra o dentro de los cajones). Son muy amables el uno con el otro pero cuando tratan con los demás son muy reservados. En el libro “La Llegada del cometa” roban el bolso de Mamá Mumin para dormir en él, pero en cuanto se dan cuenta de lo mucho que lo necesita se lo devuelven. Sin embargo, no están tan dispuestos a renunciar a Rubí del Rey que le habían quitado a La Bu. Aunque son gemelos idénticos se les puede distinguir porque Tofelán lleva una gorra roja.

El Tolondrón (también llamado Saltacabrillo) es un coleccionista atolondrado y lleno de ansiedad que vive en una lata de café. Almacena todos los botones que encuentra pero es irremediablemente descuidado con su colección. Siempre está olvidando y perdiendo cosas. También es un poco tímido y lleva una cacerola en la cabeza. Es sobrino del inventor Fredikson y conoció a su esposa la Salsabicho en una aventura en la que acompañaba a Papá Mumin. Es el padre de Sniff.

Fredrikson (también llamado Hodgkins) es el primer gran amigo de Papá Mumin y el inventor del maravilloso barco volador-sumergible-todoterreno “Charanca Marina”. Tranquilo e ingenioso, tiene la habilidad de serenar y convencer a los le rodean. Es amigo de Bártulos y el tio de El Tolondrón. Tiene grandes orejas y lleva una bata de científico. Le conocemos en “La memorias de Papá Mumin”.

Stinky tiene una forma que recuerda a un erizo. Gasta bromas pesadas a los demás, es un poco bribón y se considera a sí mismo ladrón profesional. Tiene su propio código de conducta, y normalmente solo genera problemas, aunque afortunadamente tiende a fracasar. No tiene un lugar fijo de residencia, aunque normalmente vive en el bosque. Los Mumin lo alojan por temporadas.

Otros personajes:

- Enorme Edward (o Dronte Edward)
- Bártulos (o Joxar / el Joxter)
- La Salsabicho (o Salserilla / La Fuzzy)
- El Almizclero (o El desmán)
- El Homsa Toft
- La Misa
- La cripita Salomé y muchos más!!